

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Estudios Globales y Sociales

Maestría en Estudios Latinoamericanos

**Los *intelectuales-médicos* y el problema de la degeneración y
regeneración de la raza**

Un acercamiento a un proyecto de nación en Colombia (1900-1920)

Jeferson Orlando García Mazo

Tutor: Pablo Ospina Peralta

Quito, 2019



Cláusula de cesión de derecho de publicación de tesis/monografía

Yo, Jeferson Orlando García Mazo, autor/a de la tesis intitulada **Los intelectuales-médicos y el problema de la degeneración y regeneración de la raza: un acercamiento a un proyecto de nación en Colombia (1900-1920)**, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de magíster en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha: 18 de enero de 2019

Firma:

Resumen

El presente trabajo versa sobre la forma en que algunos *intelectuales-médicos* imaginaron la *nación* en el período de 1900 a 1920. Dicha imaginación estuvo permeada por la descripción de la población colombiana como una *raza* enferma y débil. Así, se busca relacionar los conceptos de *nación*, *raza* e *intelectuales-médicos* para presentar a estos últimos como uno de los grupos encargados de imaginar a la primera.

Para llevar a cabo el proyecto de imaginar la *nación*, estos intelectuales se valieron de saberes diferentes a los tradicionales y hegemónicos como la filología y filosofía, los cuales fueron considerados como positivistas. De esta forma, la aparición de la medicina, la biología y la higiene anunció una ruptura epistemológica que propició una nueva mirada a los problemas sociales y políticos del país.

Desde esta nueva perspectiva, los *intelectuales-médicos* encontraron que los habitantes de la *nación* eran racialmente degenerados planteando así dos posibilidades de regeneración. La primera fue la inmigración de europeos; la segunda buscaba la educación del cuerpo, la cual abarcaba la educación física, la gimnasia, la cultura física, y la higiene, entre otras.

La conclusión es que la forma como los *intelectuales-médicos* imaginaron la *nación* estuvo atravesada por la noción de *raza* como un concepto ambiguo y polisémico pero que encajó con la vieja aspiración de la modernización de la *nación* y la posibilidad de que Colombia ingresara al “concierto de las naciones” modernas.

Palabras claves: Colombia, nación, intelectuales-médicos, degeneración, raza, gubernamentalidad, campo intelectual, positivismo, higiene, herencia, alcoholismo, enfermedades venéreas, ciencia, inmigración, regeneración, educación del cuerpo.

El mal del siglo

El paciente:

Doctor, un desaliento de la vida
que en lo íntimo de mí se arraiga y

nace,

el mal del siglo... el mismo mal de

Werther,

de Rolla, de Manfredo y de

Leopardi.

Un cansancio de todo, un absoluto

desprecio por lo humano... un

incesante

renegar de lo vil de la existencia

digno de mi maestro

Schopenhauer;

un malestar profundo que se

aumenta

con todas las torturas del

análisis...

El médico:

Eso es cuestión de régimen:

camine

de mañanita; duerma largo,

báñese;

beba bien; coma bien; cuídese

mucho,

¡Lo que usted tiene es hambre!...

José Asunción Silva (1865-1896)

Dedicatoria

A mí, por ser capaz de conjurar los demonios de mi infancia e invitarlos a jugar.

*A mí, por haber sido capaz de crear rupturas y discontinuidades, y no quedarme
a vivir en ellas.*

A mí, simplemente por creer.

Agradecimientos

A la Universidad Andina Simón Bolívar, por haberme dado la beca. A Pablo Ospina, mi asesor, por acompañarme en el camino de la realización de la tesis. A mi familia, por soportarme. A mi sobrina, quien entendió que este proceso implicaba que me alejara. A Deiman León, Diego Muñoz y Alex García, por sus respectivos apoyos y nunca haber dudado de mis capacidades. A la bella Sandra Tobón y sus asistentes, quienes me abrieron las puertas del archivo histórico de Luis López de Mesa sin ningún tipo de inconveniente; también extendiendo este agradecimiento a las mujeres encargadas del archivo histórico de medicina de la Universidad de Antioquia, ya que me permitieron encontrar documentos inéditos.

A todas las personas que hicieron parte de este proceso, mil gracias.

Todo el proceso que viví en la maestría, el cual concluye con la presente tesis, me mostró que “hay ausencias que representan un verdadero triunfo”. Por esto, también tengo que agradecerle a usted.

Tabla de contenido

Introducción	8
Capítulo uno: Estado del arte, marco conceptual, contexto histórico... ..	11
1. Estado del arte.....	11
2. Marco conceptual.....	19
2.1 El concepto de <i>nación</i>	19
2.2 El concepto de <i>intelectuales-médicos</i> y campo intelectual	20
2.3 El concepto de <i>raza</i> y gubernamentalidad	22
3. Contexto histórico... ..	23
Capítulo dos: Los <i>intelectuales-médicos</i> y el positivismo como giro epistemológico..	26
1. Breve recuento del positivismo en América Latina.....	27
2. Los <i>intelectuales-médicos</i> colombianos y su adopción del positivismo	30
Capítulo tres: Los intelectuales médicos y el problema de la <i>raza</i> y la <i>nación</i> en	
Colombia.....	42
1. Degeneración de la <i>raza</i>	43
2. Herencia.....	47
3. Lucha contra las enfermedades venéreas.....	50
4. La lucha contra las bebidas fermentadas.....	55
Capítulo cuatro: Los <i>intelectuales-médicos</i> y la regeneración de la <i>raza</i> y la <i>nación</i>	
.....	62
1. Contexto de la educación colombiana.....	63
2. La educación física como ruptura epistemológica.....	64
3. La regeneración de la <i>raza</i> : educación o inmigración.....	66
4. La regeneración de la <i>raza</i> : higiene.....	77
5. El resultado: regeneración de la <i>raza</i> y cuerpos bellos.....	81
A modo de conclusión.....	86
Lista de referencias.....	92

Introducción

Este trabajo se propone analizar los aportes académicos de algunos intelectuales colombianos vinculados especialmente a áreas del conocimiento relacionadas con la medicina, la biología, la higiene y, en algunas ocasiones, con la pedagogía¹, en la construcción de la *nación*. La propuesta es mostrarlos como pensadores sumergidos en el dilema de imaginar la *nación*; pero también presentarlos como intelectuales que al utilizar los saberes antes descritos y al convertirlos en modelo, aspiración y anhelo, buscaron principalmente tomar como ejemplo a Europa por su legado racial y su modernidad. Al hacerlo, esta tesis pretende vincular los conceptos de *raza*, *nación* e *intelectuales* para entender uno de los proyectos de *nación* en la Colombia de inicios del siglo XX.

El período de tiempo seleccionado es de 1900 a 1920. Este fragmento temporal estuvo marcado por tres características: 1) El interés casi obsesivo sobre lo nacional, el cual se despertó gracias a las consecuencias de la Constitución de 1886, la Guerra de los Mil Días (1899-1902), la pérdida de Panamá (1904), y la búsqueda de la modernidad (Henderson 2001). También hay que tener en cuenta que este interés se trató de enlazar con el orden global, debido a las revoluciones mexicana y rusa, así como al papel que empezó a ocupar Estados Unidos en el mundo (Villegas 2008). 2) Colombia inicia su incorporación a la economía mundial, gracias al crecimiento de las exportaciones de café (Cataño 2012). 3) Se empieza a valorar el saber médico y biológico como un área indispensable para el desarrollo de la *nación* (Castro-Gómez 2007, p. 45), creando, así, un grupo de intelectuales vinculados a este saber, los cuales serán llamados en este trabajo *intelectuales-médicos*.

Las preguntas que guiarán esta investigación serán: ¿Cómo imaginaron la *nación* los *intelectuales-médicos* en el período seleccionado? ¿Cómo contribuyó la *raza*, y sus variantes, degeneración-regeneración, en esta imaginación? ¿Qué diagnóstico y qué remedios propusieron para los desafíos que estos intelectuales médicos imaginaron en la construcción de la *nación* colombiana? Para responderlas, se tendrán en cuenta escritos de médicos, higienistas, y de algunos pedagogos, que reflexionaron sobre la *nación*; así

¹ Según Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1997), la apropiación del saber médico, biológico e higiénico, por parte de la educación, implicó la caracterización, clasificación, medición y evaluación de los estudiantes, previniendo así deformaciones físicas típicas de los niños y adolescentes de la *nación* para aquel entonces: debilidad en los brazos, piernas, espalda y reparar los cuerpos enclenques.

mismo, algunos artículos expuestos en la revista “*Cultura*” entre los años de 1915 a 1918 y, finalmente, algunas reflexiones sobre el debate conocido como la degeneración de la *raza* de 1920².

En todos estos trabajos se observa un interés común: imaginar la *nación* desde la idea de *raza*, ya fuese concibiéndola como degenerada o regenerada, pero secundada por los saberes médicos, bilógicos, higiénicos o simplemente positivistas. Por lo tanto, en el análisis de todos estos escritos se buscará identificar las particularidades del proyecto de *nación* y su relación con su postura sobre la *raza*.

El primer objetivo del presente trabajo es examinar los escritos menos conocidos (y algunos más conocidos) de los intelectuales que desde su conocimiento de la medicina, biología e higiene reflexionaron sobre la *nación* en estos años. El segundo objetivo es identificar los argumentos más relevantes sobre la *nación* en el pensamiento de los intelectuales antes señalados. Por último, sacar conclusiones sobre el papel de los *intelectuales-médicos* en la construcción de la *nación*, tal como ellos mismos se la imaginaron en sus escritos.

La hipótesis que guiará mi investigación será la siguiente: de la ruptura epistemológica acaecida a principios del siglo XX, se desprendió y se consolidó la reflexión sobre la degeneración de la *raza*, la cual, basándose en “saberes modernos y prácticos”, dictó parámetros que enjuiciaban a la población, pero también la encaminaban, mediante una serie de remedios pragmáticos, por la senda de la modernidad, la misma por la cual debía dirigirse la *nación*.

La tesis está dividida en cuatro capítulos. En el primer capítulo se presentarán los estudios anteriores que se han hecho sobre el tema propuesto o sobre temas cercanos. El capítulo intentará hacer una aproximación a los conceptos fundamentales que se manejarán a lo largo de la tesis, con su respectivo significado y esquematización. Finalmente, el capítulo describirá los rasgos generales que caracterizó el contexto

² Los estudios que han reseñado y mostrado interés por lo expuesto en el debate han sido variados; entre ellos se encuentran Helg (1989), Castro-Gómez (2007), Pedraza (1996), Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1997), Vega (2013) y Villegas (2007).

Sin embargo, es importante mencionar que este evento fue llevado a cabo en el Teatro Municipal de Bogotá y convocado por la Asamblea de Estudiantes de Bogotá, entre el 21 de mayo y el 23 de julio de 1920 (Herrera 2013; Muñoz 2011; Noguera 2003, Ruíz 2010). El objetivo era muy claro: discutir sobre “el gran problema del estado actual de nuestras razas, que con justicia preocupa hoy la atención nacional” (Jiménez 1920b, p. 43).

histórico de la construcción de la *nación* en los años 1900-1920, teniendo en cuenta, en dicha construcción, el papel de los intelectuales como impulsores del proyecto de *nación*.

El segundo capítulo versará sobre las ideas positivistas tanto en América Latina como en Colombia; se busca así, determinar de dónde y cómo surgió la idea de una ruptura epistemológica. Para ello, el capítulo partirá de la noción de *campo intelectual*, desde donde partieron los *intelectuales-médicos* para apropiarse de las nociones del positivismo; teniendo en cuenta que esta especie de ideología estaba en auge en todo América Latina. Mostrando de esta forma que las áreas médicas, biológicas, higiénicas y hasta pedagógicas pertenecieron, en esencia, al positivismo, ya que éstas construyeron un imaginario de *nación* como organismo.

El tercer capítulo mostrará cómo la forma de imaginar la *nación* a principios del siglo XX estuvo permeada por los “saberes modernos”. Con ayuda de dichos saberes, los *intelectuales-médicos* diagnosticaron los problemas nacionales: degeneración, alcoholismo, chichismo, enfermedades venéreas, sífilis, etc. La intención de este capítulo es relacionar la medicina, biología e higiene con una “nueva” forma de imaginar la *nación*. Esta forma difiere de la Regeneración, que la imaginó a partir del idioma, la moral y la religión. Se devela así la ruptura epistémica acaecida a principios del siglo XX en Colombia, en donde la reflexión centrada en “saberes modernos” sustituyó a los saberes tradicionales o humanísticos representados en la filosofía, la lingüística, la filología y la teología.

Por último, el cuarto capítulo planteará las soluciones al problema de la degeneración de la *raza* que idearon algunos *intelectuales-médicos*: inmigración, pedagogía e higiene; enfatizando en la educación del cuerpo como regeneradora de la *raza*. Esta solución parte de un hecho importante: la reflexión de los *intelectuales-médicos* respecto a la educación física venía desde fines del siglo XIX, pero no se la había aplicado con severidad y estos intelectuales ofrecieron una nueva justificación a esa política que venía desde antes.

Capítulo Uno

Estado del arte, marco conceptual y contexto histórico

“La experiencia irrefutable de un siglo nos dice que la acción política no conducirá a Colombia al alto nivel de civilización que pide desinteresadamente el patriotismo; y la hora presente nos anuncia que la raza está enferma ya y enervada en un pensamiento confuso” (López de Mesa 1915, p. 68).

Introducción

Este capítulo está dividido en tres partes. En la primera se presentarán los estudios anteriores más destacados que han abordado el tema. Luego se desarrollarán los tres conceptos claves de este trabajo: *nación*, *intelectuales-médicos* y *raza*³. Finalmente, se esbozará un breve contexto histórico del período en el cual nos hemos concentrado para tratar la problemática, es decir, los sucesos políticos, sociales y económicos más relevantes del período a trabajar.

1. Estado del arte

La relación entre *nación*, *intelectuales* y *raza* ha sido abordada por diferentes trabajos y desde diferentes ópticas. Tocaremos solo los más relevantes. El primero de ellos, que se considera como pionero, canónico y clave para entender esta relación es el artículo de Aline Helg (1989). En él, la autora se encarga de analizar la relación que existió entre los intelectuales que se propusieron pensar la degeneración de la *raza* en Colombia con los que lo hicieron en Argentina y México.

El texto maneja la hipótesis de que algunos intelectuales que debatieron el problema de la *degeneración racial* en Colombia, a principios del siglo XX, se situaron desde dos paradigmas o proyectos de *nación*. En el primer paradigma se hallaban Miguel

³La búsqueda de los trabajos que conforman el estado del arte, se realizó de tal manera que los textos trataran de vincular los tres conceptos ya mencionados.

Jiménez López⁴ y Luis López de Mesa⁵ que tenían simpatía por el modelo que implantó Argentina. Según su lectura, defendieron la inmigración de blancos de Europa, la misma que promovió el progreso de este país suramericano. Mientras tanto, en el segundo paradigma se encuentran Alfonso Castro⁶, Jorge Bejarano⁷ y Armando Solana⁸, quienes estuvieron cerca del modelo mexicano, el cual propugnaba el mestizaje. Este trabajo se diferencia de los demás textos llamados clásicos respecto al tema porque no coloca a la intelectualidad colombiana de principios del siglo XX como una simple hija de las ideas médicas, biológicas y sociales de Europa, sino que también la ubica como heredera de los planteamientos argentinos y mexicanos.

Según Helg, Miguel Jiménez López postula que en Colombia hay una “degeneración progresiva” en tres campos: 1. Degeneración física. 2. Degeneración psíquica. 3. Degeneración moral. El segundo intelectual analizado por Helg es Alfonso Castro, un intelectual opositor de la propuesta de inmigración, es decir, se enfrentó “a las ideas de Jiménez mostrando que la metodología que este médico utilizó no era veraz”. Lastimosamente, la autora no dice nada más de este autor que, según ella, se encarga de refutar a Jiménez punto por punto. El tercer autor analizado es López de Mesa. Éste ve al “indígena” como un “animal” que siempre actúa como si estuviera bajo “sumisión”. Estas ideas también tocan al “negro”, quien por haber llegado a integrarse al continente es un ser sin historia y solo dispuesto a ejercer labores físicas; “el negro” es un peligro, especialmente porque su sangre es resistente al mestizaje, lo que hace que tenga “efectos negativos sobre el grado de civilización de Colombia” (Helg 1989, p. 47). Este médico encuentra, igual que su colega Jiménez, que la única solución es la inmigración. Para

⁴ Miguel Jiménez López (1875-1955) fue médico, político conservador, educador y diplomático. Su figura fue emblemática, ya que participó en dos guerras civiles, la de 1895 y la de los Mil Días. Como médico ejerció especialmente la psiquiatría, llegando a ocupar el cargo de director de manicomios del país.

⁵ Luis López de Mesa (1884-1967) fue médico, político liberal, profesor universitario, ministro de educación, diplomático, entre otros. Estos cargos hicieron que se convirtiera en uno de los intelectuales más destacados del siglo XX en Colombia.

⁶ Alfonso Castro (1878-1943) fue médico, periodista y cuentista. En el campo científico de Colombia se le recuerda por sus aportes al estudio de los quistes de ovarios, así como por sus reflexiones sobre la higiene en la escuela.

⁷ Jorge Bejarano (1888-1966) fue médico y desempeñó un sin número de cargos públicos, entre los cuales se encuentra la dirección de la Cruz Roja Nacional y el ministerio de higiene. Se asocia su nombre con el del partido liberal por su filiación y la adopción de sus ideas; la gran mayoría de su trabajo consistió en temas relacionados con la higiene.

⁸ Armando Solano (1887-1953) fue catedrático y ministro de relaciones exteriores. Sus aportes académicos siempre estuvieron relacionados con la modernización del país. Se reconoce su labor como intelectual de la “generación del centenario”.

Helg, tanto Bejarano como Castro y Solano representan el modelo mexicano. Esto se debe, según la autora, a su concepción sobre el mestizaje, lo cual tiene repercusiones en la concepción que estos pensadores tuvieron sobre la democracia.

El trabajo de Helg abusa a veces del uso de adjetivos: “Los textos de Miguel Jiménez López irritan por su mediocridad científica” (Helg 1989, p. 43). La autora también se asombra por el éxito que tuvo este tipo de discursos que favorecían la migración entre la élite intelectual y política de Colombia (Helg 1989, p. 43-44). Ella misma ofrece una respuesta a ese asombro (aunque parece no percatarse): “[...] la tesis de Jiménez actúa como fulminante de las inquietudes de los intelectuales frente al porvenir de Colombia” (Helg 1989, p. 44).

Como conclusión, el trabajo de Helg muestra a algunos miembros de la élite colombiana como incapaces de realizar las reformas políticas y sociales más convenientes para el país, por eso piensan en traer gente de Europa para que ayude en esta labor (Helg 1989, p. 48). Para la autora, el problema racial en Colombia no se solucionó porque, precisamente, la intelectualidad colombiana estuvo en medio de estas dos visiones y propuestas sobre la degeneración de la *raza*. Según ella, para que el debate racial hubiese llegado a un final, los intelectuales involucrados tenían que haber tomado partido por una de las dos ideas sin ningún tipo de ambigüedad.

Otro de los estudios clásicos es el libro de Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1997); éste se ubica por su contenido en un grupo de trabajos que relacionaron *raza* y pedagogía a principios del siglo XX en Colombia. El trabajo sobresale por el uso de fuentes primarias y el argumento que relacionó el concepto de *raza* con los procesos de las prácticas pedagógicas que vivió el país desde principios hasta mediados del siglo XX, abordando el contexto social, político y moral. En este período de tiempo se buscó la formación de ciudadanos idóneos moral, espiritual, física, y psicológicamente para la *nación*. De esta forma se optó por prestar atención a la educación, ya que en ésta se encontraba el germen de la “nueva” *nación* y, por lo tanto, la formación del material humano que se estaba buscando.

El texto está atravesado por la recepción y apropiación de lo considerado como moderno (Sáenz, Saldarriaga y Ospina 1997, p. 7). Lo moderno no es aquello que se acerca a la ciencia por oposición a lo religioso, sino más bien las teorías que venían de Europa (psicología, medicina, fisiología, psiquiatría, sociología, biología, higiene y

antropología). Los autores mostraron a médicos y pedagogos interesados en analizar los problemas sociales desde la teoría de la evolución y defendiendo la idea de la intervención de la educación en el país como la solución a estos problemas.

Por su parte, el escrito de Sandra Pedraza (1996-1997) es uno de los pioneros en la temática sobre la raza y *nación* desde la óptica de los estudios decoloniales en Colombia. La autora maneja una hipótesis basada especialmente en las ponencias que Miguel Jiménez López y Luis López de Mesa presentaron en torno al debate de la degeneración de la *raza* en un debate del año 1920, que resulta interesante y no trabajada hasta entonces. Pedraza sugiere que lo moderno empieza a configurarse en Colombia con las reflexiones que propuso dicho debate. Con esta hipótesis, la autora pretende trazar un antes, caracterizado por la Regeneración, y un después, marcado por dicho debate.

Para entender mejor esta hipótesis, primero hay que comprender qué entiende la autora por “lo moderno”. Pues bien, para Pedraza lo moderno se constituye en la capacidad de cuestionar, imaginar, actuar y transformar contextos sociales. Para ella, estas transformaciones pasan por el cuerpo (1996-1996, p. 117). De allí que toda la semántica que introdujo el debate se centre en la preocupación por el cuerpo como algo que está atravesado por la enfermedad, la debilidad y la degeneración. La autora muestra a Jiménez López y Luis López de Mesa como médicos que introdujeron la preocupación por lo somático y lo corporal con el fin de cuestionar las capacidades de los ciudadanos para poder edificar un nuevo orden social y político (Pedraza 1996-1997, p. 118).

Otro texto sobre el tema es el de Castro-Gómez (2007), que analiza los argumentos de un grupo de intelectuales colombianos (Jiménez López, López de Mesa y Laurentino Muñoz) en los debates sobre la degeneración de la *raza* (1904-1934). Este autor tomó este período de tiempo porque en él se empezó a vivir un proceso de modernización que buscó fortalecer los lazos económicos con el mundo, especialmente con Europa. En este contexto, plantea Castro-Gómez, se da la aparición de las “ciencias de la vida” (medicina y biología), que están ligadas a este proceso de modernización. Estas ciencias intervienen en la manera de diagnosticar las enfermedades que agobian a la población. Quienes hacen estos diagnósticos se convierten en los intelectuales encargados “de señalar a la nación el camino del *progreso bio-social*, ya que éste requería de un pueblo sano” (Castro-Gómez 2007, p. 45).

El autor sostiene la hipótesis de que hubo dos interpretaciones por parte de la intelectualidad sobre la degeneración de la *raza*. Primero, aquellos que sostenían la tesis de que ésta se solucionaba a través de sangre nueva, es decir, traer personal de Europa para *poblar*. Segundo, quienes veían que la solución la tenía el Estado promoviendo políticas de higiene, lo cual conllevaría a medidas *disciplinarias* para la solución del problema. Castro-Gómez ve en la primera interpretación un determinismo biológico: el pensamiento de Miguel Jiménez López y Luis López de Mesa pasa por la influencia del clima y la geografía en la constitución física, mental y moral de los habitantes de Colombia, lo cual interviene enormemente en la degeneración de la población. Desde este punto de vista, la degeneración de la *raza* puede ser entendida como las falencias físicas y mentales de los colombianos derivadas de vivir en el trópico. Los otros médicos, Alfonso Castro y Laurentino Muñoz, proponen que la degeneración se origina por variables sociales e higiénicas en donde el Estado juega un papel fundamental. Se da entonces, para Castro Gómez, un debate sobre la manera más idónea y eficaz de solucionar la degeneración de la *raza*, el cual tiene de fondo la idea de progreso, así como la pretensión de imaginar a un ciudadano ideal para ese progreso.

Un tercer estudio es el texto de Álvaro Villegas (2007). Éste se plantea las siguientes preguntas durante el período 1906-1937: “¿Cuál fue el papel de las representaciones sobre la diferencia racial y de género en los proyectos de construcción nacional en Colombia? ¿Cuáles fueron sus objetivos, sus ambigüedades y sus límites? ¿Cómo se transformó en el período y qué planteamientos estuvieron en pugna?” (2007, p. 9). El autor abordará tres relaciones: *nación*-degeneración de la *raza*, *nación*-territorio y *nación*-género; estas tres relaciones tienen una variable que las atraviesa, a saber, los intelectuales, que a su vez provienen de áreas prácticas como la medicina y la biología. Villegas muestra que la primera relación se promovió por el “médico y siquiatra conservador” Miguel Jiménez López, quien además fue el primer intelectual en debatir sobre *nación*-degeneración; esto permitió que recalcará en sus escritos “la necesidad de controlar los excesos y pasiones enfermizas de las razas colombianas para formar ciudadanos útiles” (Villegas 2007, p. 11). Para Villegas no hay ninguna duda en que este médico afirmó que “[...] Colombia y los países similares, es decir, tropicales y racialmente heterogéneos, estaban degenerados, tanto física como intelectual y moralmente” (Villegas 2007, p. 11).

La segunda relación, entre territorio-*nación*, fue tratada por Rafael Uribe Uribe, un intelectual y político que pensó el territorio como un obstáculo para el progreso de la *nación*; sugiriendo que éste contribuye enormemente a la degeneración de la *raza*, ya que la zona en donde se encuentra Colombia es tropical, selvática, con climas adversos y carente de civilización. Este político no fue el único en dar semejante dictamen sobre el territorio. Miguel Jiménez López aparece con su aporte, en el cual no solo culpó al territorio como uno de los causantes de degeneración de la *raza* (Villegas 2007, p. 12-13) por razones muy similares a las ya señaladas, sino que dio una solución: “sangre nueva”. En efecto, Jiménez formuló la idea de re-poblar el territorio para que éste no fuera más hostil, y por el contrario diera los frutos que la *nación* se merecía: “Inmigrantes de raza blanca, talla y peso superior al promedio colombiano, dolicocefalos, armónicos en sus proporciones corporales, con un ángulo facial de 82° aproximadamente, de temperamento sanguíneo-nervioso, sanos, fuertes, disciplinados moralmente, laboriosos, con una sólida organización familiar, sobrios, constantes y aptos para el trabajo manual y agrícola” (Villegas 2007, p. 12).

La última relación, *nación*-género, tiene su raíz en la concepción que estos intelectuales tuvieron de la mujer: ella era el sustento de la sociedad. De allí que todos los elementos señalados que producían degeneración las afectara directamente, porque impedían que cumplieran su rol en la sociedad, el cual consistía en cuidar el hogar y educar la primera infancia (puericultura). Para Villegas, las mujeres fueron imaginadas por estos intelectuales única y exclusivamente como madres; y en ellas, y su labor, recayó la supervivencia de la *nación*.

Dentro de los textos del “estado del arte”, se encontraron dos libros que hacen referencia exclusivamente al hilo conductor del tercer capítulo, la educación el cuerpo como regeneradora de la *raza*. El primero de ellos es el libro de Jorge Ruíz (2010), que está dividido en cuatro capítulos, de los cuales son de nuestro interés el segundo y tercero. Se excluye el primero porque hace referencia al marco teórico y el cuarto trabaja lo deportivo, pero después de 1920, lo que implica que se sale del rango temporal elegido para esta tesis. Por lo tanto, no serán tenidos en cuenta para la construcción del estado del arte.

En lo que respecta al segundo capítulo, “Prácticas físicas y discurso”, éste trata de mostrar cómo se dio la apropiación por parte de la pedagogía católica del discurso

deportivo. Ruíz parte de la hipótesis, que, por cierto, abarca y sustenta todo el libro, los deportes (equitación, natación, bicicleta, juegos de pelota, boxeo, gimnasia, cricket, tenis, carreras, golf, polo y marchas) fueron un proyecto de *nación* impulsado por la burguesía capitalina con la intención de incluir, pero también excluir, gobernar y controlar a la población (Ruíz 2010 p.57; p. 91).

Lo interesante de esta propuesta es que está sustentada en los argumentos de Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1997), quienes, como vimos anteriormente, analizaron cómo los “saberes modernos” incursionaron en el quehacer de la *nación*. Esto quiere decir que la hipótesis de Ruíz está sustentada en que los deportes están ubicados en los “saberes modernos”, lo que implica que aquéllos se pudieron consolidar gracias a la disputa de dichos saberes con los “tradicionales”, caracterizados por ser religiosos y poco prácticos.

El tercer capítulo reseña el debate sobre la degeneración de la *raza*. El autor califica este debate como la “[...] expresión que reforzó la unidad simbólica necesaria para llevar a cabo el proyecto modernizador, es decir, para denotar la necesidad de un proyecto nacional en lo cual no hubo disenso entre la clase dominante” (Ruíz 2010, p.

97). Para Ruíz, el debate se dio a partir de dos enfoques diferentes: “la genética mendeliana y las ideas evolucionistas de Spencer en primera instancia, y las teorías neolamarckianas en segunda” (Ruíz 2010, p. 97). Esta referencia es importante, porque desde aquí se situaron los intelectuales que participaron en el debate para dar sus opiniones sobre la *raza*. Por ejemplo, Miguel Jiménez López se ubicó en el primer enfoque mientras que en el segundo estuvieron Bejarano y López de Mesa. El primero privilegió la inmigración, los segundos la higiene y la educación.

El segundo libro es el de Zandra Pedraza (2011a). De este extenso libro, el cual cuenta con casi quinientas páginas y aborda el período de 1830-1990, nos interesa la forma como la autora conceptualiza el cuerpo en la época de 1916 a 1920. Para esta autora el cuerpo fue el vehículo de reflexión tanto de la educación como del estado de la *nación* y de su población.

La autora toma el cuerpo desde la perspectiva de los médicos de la época, es decir, como algo degenerado; lo que implica que el trabajo de Pedraza se sumergió en la idea de una población degenerada sin posible solución. Es precisamente esta idea la que va a atravesar su investigación sobre la cultura física, es decir, “[...] a las prácticas que se proponen cultivar el cuerpo mediante la ejecución de movimientos sistemáticos

orientados a lograr alguna forma de perfeccionamiento personal” (Pedraza 2011a, p. 222); mostrando que a ella “[...] le imputaron todas las flaquezas que parecían aquejar, más que a los individuos, al país, puesto que sin adiestrar el cuerpo siguiendo criterios científicos no habría progreso alguno” (Pedraza 2011a, p. 220).

Por último, el libro de Mauro Vega (2013) introducirá otro elemento a las consideraciones de Villegas: cómo se pensó al indígena y a los *otros* en el período de 1880 a 1930. Su obra estudia los discursos que existieron en Colombia sobre la relación entre *raza* y *nación*. El período de tiempo que él toma es especial para la historia política de Colombia, ya que aborda desde el inicio de la Regeneración, pasando por el final de la guerra de los mil días, la separación de Panamá, algunas de las fases de la primera industrialización, la consolidación de la Hegemonía Conservadora y su final, hasta el inicio de la “República Liberal”. El texto podría ser dividido en dos partes. En la primera muestra la relación entre *raza* y *nación* bajo los dictámenes de la “nación católica”; en la segunda, y la que más interesa para este trabajo, analiza la relación entre *raza* y *nación*, pero a través de las categorías científicas que postularon algunos médicos.

Para Vega, entre la regeneración religiosa y la degeneración de la *raza* hay una continuidad, a saber, la forma como concibieron a los grupos subalternos, especialmente a los indígenas. Esta concepción estuvo marcada por la evangelización, la mezcla de razas y la idea de traer colonos europeos al país. Vega asevera que la degeneración de la *raza* fue un discurso científico propio de la ideología liberal, porque ésta buscó y compartió “el ideal del mejoramiento de las condiciones de vida de la humanidad, ya fuera en su dimensión institucional, política, material, moral o biológica” (Vega 2013, p. 175). El autor analiza decretos y leyes, así como a los autores clásicos de este período, Luis López de Mesa y Miguel Jiménez López, mostrándolos como intelectuales que contribuyeron a la formación de un discurso sobre los *otros* que los proclamó como sujetos inferiores especialmente por su *raza*. El argumento de Vega es que los discursos religiosos y biológicos que contribuyeron a definir la *nación* (1880-1930) encontraron como obstáculo a los grupos subalternos que impedían la modernización del país; de allí que, tanto en la vertiente moral como en la científica, el objetivo fue el mismo: homogeneizar, superando las diferencias culturales y raciales.

2. Marco conceptual

Los conceptos centrales de este trabajo serán el de la *nación*, elaborado por Anderson (2001), integrada con el de *intelectual* expuesto por Altamirano (2010) y Myers (2008). Un tercer concepto es el de *raza*, que se trabajará desde el análisis de Mauro Vega (2013).

2.1 El concepto de *nación*

“Todas las naciones consideran como esencial factor de prosperidad el aumento de la población. Para obtenerlo abren sus puertas a los inmigrantes, buscan los medios de aumentar la natalidad, mediante el bienestar nacional, y de disminuir la mortalidad, poniendo en planta las reglas de la higiene. Conviene advertir que mientras más crezca el grupo étnico, menos peligro tendrá de ser ahogado y supeditado por la inmigración. De ahí viene la importancia de esta obra en que estamos empeñados. Es aún mayor en países como el nuestros, de grande extensión territorial, de inmensas riquezas naturales y con enemigos territoriales, de inmensas riquezas naturales y con enemigos más o menos velados” (Lobo 1914, p. 410).

Se ha dicho que, debido al neoliberalismo, los límites que han caracterizado a la *nación* se han vuelto borrosos (Keucheyan 2013, p. 108-109). Sin embargo, esta interpretación ha sido desmentida por diversos estudios que han asumido la tarea de investigar los procesos de formación de las naciones. Uno de esos trabajos es el de Benedict Anderson (2011), en el cual se concibe a la *nación* como “una comunidad política imaginada” (2011, p. 23).

Así, en esta tesis se tomará el concepto de *nación* que propuso Anderson (2011), para quien la *nación* es una “comunidad política imaginada” porque la mayoría de sus miembros nunca llegarán a conocerse o encontrarse (2011, p. 23); empero, ellos tienen elementos en común, como el idioma o la religión, que hacen que en “la mente de cada uno de ellos viva la imagen de su comunión” (2011, p. 23).

La pregunta crítica que se le puede hacer al texto de Anderson (2011) es la siguiente: ¿Qué pasa con las “comunidades políticas imaginadas” en donde quienes imaginan la *nación* lo hacen desde la exclusión racial? Pues bien, el concepto de *nación*

que acuño para esta tesis no solo parte de la definición que dio Anderson (2011), también parte del hecho de que una *nación* se puede imaginar desde la exclusión que realizan los que la imaginan.

2.2 El concepto de *intelectuales-médicos* y campo intelectual

“El médico será el Director de la higiene urbana; dará su concepto autorizado sobre los casos mórbidos de la ciudad; se ocupará en desinfecciones rigurosas y científicas, y no ilusorias como las que vemos practicar actualmente en las ciudades; vigilará la potabilidad de las aguas, la depuración de las materias usadas, y reglamentará la higiene de los transportes en comunidad.

No olvidéis el papel del médico en las compañías de seguros, en los hospitales, en las instituciones de previsión, en las ligas, en las sociedades.

En la familia, el médico será el encargado de dirigir la higiene de la casa; y no sé por qué no se le pide su concepto para escoger el lugar de la morada familiar según las reglas de la climatología médica; sobre la educación de los hijos, sobre su matrimonio.

[...] En una palabra, el médico debe dar su opinión sobre cada caso importante de la vida de la familia” (Robledo 1907, p. 63-64).

Como anota Jorge Myers (2008), los intelectuales fueron elementales en la configuración de las naciones latinoamericanas. Resulta indispensable hablar de ellos, porque en muchas ocasiones pensaron e imaginaron la *nación* o adelantaron proyectos para consolidarla (Altamirano 2008). Entenderemos por intelectuales, siguiendo a Villegas (2006), a los especialistas en realizar “representaciones sociales”. Estas representaciones están estrechamente vinculadas a los saberes que cultivaron y desarrollaron en sus trabajos académicos; así como a la relación de dichos trabajos con la imaginación de la *nación* (Altamirano 2010; Myers 2008).

En este trabajo se acuña el concepto de *intelectuales-médicos* porque en medio de la construcción e imaginación de la *nación*, así como de la distribución de dicho imaginario en la sociedad, ellos jugaron un papel importante en Colombia al inicio del

siglo XX. Entonces, por *intelectuales-médicos* entenderemos, en este trabajo, a los académicos que, además de hacer parte de las áreas de la medicina, biología e higiene, se encargaron de construir “representaciones sociales” e imaginar la *nación*; haciéndolo desde sus áreas de conocimiento y persiguiendo un objetivo fundamental: el progreso y modernidad de Colombia.

El campo de saber de estos *intelectuales-médicos* estuvo regido por la construcción y problematización de un tejido social y poblacional, los cuales también fueron imaginados con un sin número de problemas, pero con la esperanza de poder dejarlos atrás y eliminarlos. Estos *intelectuales-médicos* colombianos no soslayaron ni la tarea de imaginar la *nación* ni mucho menos de comunicar sus opiniones e ideas socialmente; de allí que aparecieran algunas revistas encargadas no solo de transmitir estas ideas y de generar opinión sino de construir un imaginario que vinculó a la *nación* con su población⁹.

El concepto de *intelectual-médico* enfatiza que estos se apartaron epistemológicamente de las disciplinas clásicas (filosofía, filología y gramática) para introducir en Colombia los considerados “saberes modernos”. Ayudados por estos saberes, esta categoría de intelectuales criticó las funciones del Estado, de los partidos políticos y sus dirigentes; así como la ausencia de políticas de inmigración, salubridad e higiene. En esta medida, los *intelectuales-médicos* se convirtieron en los defensores de “formas de visión y división legítimas del mundo, y de los grupos sociales y sus territorios” (Villegas 2010, p. 300).

No obstante, los *intelectuales-médicos* estuvieron sumergidos en lo que Bourdieu llamó *campo intelectual*¹⁰, lo que quiere decir que estuvieron en constante lucha y tensión con otra serie de intelectuales a quienes querían sustituir o entre ellos mismos. Es por esto que este concepto acompañará al de *intelectuales-médicos* para enfatizar, precisamente, el conjunto de tensiones y debates en la que estos intelectuales estuvieron inmersos durante esta época. La producción intelectual no es una introspección sino un diálogo y una controversia con *otros*.

⁹ Revistas como *El Gráfico*, *Claridad* y *Cultura* son una muestra de la forma como éstas son un vehículo de opinión.

¹⁰ “[...] el campo intelectual, a la manera de un campo magnético, constituye un sistema de líneas de fuerza: esto es los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura específica en un momento dado del tiempo” (Bourdieu 2002 p. 9)

2.3 El concepto de *raza* y gubernamentalidad

“¿Cómo, pues, tomar en conjunto el problema de nuestra raza, si tantas hay y tan variadas, y en tan variada proporción entremezcladas y reunidas? ¿Cómo considerar nuestros problemas ecuación de primer grado, si esta multiplicidad de razas y de mestizos se asocian y vegetan en aquella confusa profusión de climas que anoté antes? Milagro fue y sigue siendo que Colombia se constituyese en república unitaria y que viva hoy en paz. La anarquía debió de ser la resultante de tanta heterogeneidad en su naturaleza y población” (López de Mesa 1920, p. 86).

El concepto de *raza* ha estado presente en lo que hoy es Colombia desde la época colonial. Así lo hizo ver Santiago Castro-Gómez en la *Hybris del punto cero*, en donde expone que la élite criolla asumió un poder simbólico por ser diferente racialmente a los “indígenas” y “negros” (Castro-Gómez 2005). Sin embargo, este trabajo se permite utilizar dicho término entre los años de 1900-1920, ya que, para este período, la construcción del archivo me mostró que los *intelectuales-médicos* empiezan a analizar la *nación* desde áreas como la biología y la higiene; extrapolando de éstas, referencias y metáforas para interpretar y solucionar los problemas sociales de la *nación*.

El concepto de *raza* fue fundamental en los trabajos académicos de los *intelectuales-médicos* que difundieron “representaciones sociales” e imaginaron la *nación*, entre 1900-1920, con “las estrategias de *otrerización* que clasifican y determinan los rasgos distintivos de los grupos (status, fenotipos, tradiciones, lugares, valores, etc.)” (Vega 2013, p. 142). Desde la perspectiva de este autor, la “otrerización” estuvo atravesada por rasgos fenotípicos, diferencias culturales y espaciales (Vega 2013).

Así, por el término *raza* se entenderá una clasificación de la población que tiene como elemento central ciertas diferencias biológicas, a las que se asocian diferencias culturales, económicas y sociales. Propongo que el concepto de *raza* sea entendido como una forma de clasificar a la población partiendo desde un espacio geográfico-regional, el cual estuvo marcado por algún tipo de “enfermedad” o “virtud” que, a su vez, imposibilitaba o posibilitaba el progreso y modernidad de la *nación* imaginada.

En esta misma medida, el concepto de *gubernamentalidad*¹¹ acompañará al de *raza*. La gubernamentalidad enfatiza la importancia de un conjunto de “tecnologías” para la administración de una población determinada. Este concepto subyace a la preocupación por la educación, por la escuela, que es una institución central y uno de los elementos clave para que una *raza*, que estaba “degenerada” pudiera, mediante una forma de gobernarse apropiada, regenerarse a pesar de los obstáculos biológicos que se interponían.

3. Contexto histórico colombiano

“¿Ha logrado enaltecer el catolicismo colombiano nuestra instrucción, depurar nuestras costumbres, ampliar la tolerancia en nuestras luchas? No. Defiende sus fueros, y ello es justo; pero no impone más altos derroteros a nuestra cultura, y ello es injusto. También así el liberalismo se satisface con pláticas imaginadas sin buscar una acción precisa, tenaz y serena que eleve el nivel intelectual y moral de las masas, viviendo a las veces, como hoy, para el sostenimiento de tres o cuatro posiciones políticas en esta cicuta almibarada de la ley de minorías” (López de Mesa 1915, p. 70).

Colombia inició el siglo XX con una preocupación que trastornó a políticos e intelectuales, a saber, en qué condiciones se encontraba el país y sus habitantes para afrontar la misión ineludible del progreso y la modernización (Palacio 2001, p. 251). Esta preocupación permitió que se formulara la pregunta por la *nación* y el interés por consolidarla e imaginarla; así como la indagación por las razones que obstaculizaban su construcción.

En efecto, saliendo del siglo XIX y entrando al XX, Colombia vivió un inquietante panorama institucional, económico, político y geográfico. En el cambio de siglo emergieron preocupaciones por el porvenir del país, los cuales pasaban por el complejo contexto social y político de principios del siglo XX: la finalización de la Guerra de los

¹¹ “[...] la población va a aparecer como el fin último por excelencia del gobierno: porque, en el fondo, ¿cuál puede ser su meta? [...] mejorar el destino de las poblaciones, aumentar sus riquezas, la duración de su vida, su salud; y los instrumentos que el gobierno se otorgará para obtener estos fines son, de algún modo, immanentes al campo de la población, ya que esencialmente sobre ella obrará directamente mediante campañas, o más aún, indirectamente mediante técnicas que permitirán, por ejemplo, estimular, sin que las gentes se den cuenta de ello, la tasa de natalidad, o dirigiendo hacia tal o cual región, hacia la actividad, los flujos de población” (Foucault 2007, p. 209)

Mil Días (1899-1902), la cual fue consolidada en el acuerdo de Winsconsin; la separación de Panamá (1903) que redujo el territorio; la continuidad de la hegemonía conservadora (1886-1930), la cual era vista por un sector de la población como retrograda; la preponderancia en la región de Estados Unidos, lo cual se demostró en su influencia en la separación de los panameños; la incertidumbre por el papel de Colombia en la economía mundial. Estas preocupaciones generaron una serie de interrogantes que involucraban el porvenir del país.

Este panorama estuvo caracterizado por la intervención de la religión católica en los procesos políticos y sociales del país. El papel de la religión fue defendido por dos intelectuales que ejercieron la presidencia en dicho período; estos no solo promovieron este proyecto, sino que lo defendieron incluso con sus escritos, Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez. Estas presidencias se caracterizaron por su oposición a una *nación* de corte federalista; lo que implicó que la Regeneración formulara una *nación* unitaria, que entró en vigencia con la Constitución de 1886. Este unitarismo se dio, sin lugar a dudas, gracias al estrecho vínculo que generó esta Constitución con la Iglesia. Vínculo que fue considerado por ciertos intérpretes como “[...] una dictadura de tipo retardatario [que] convirtió a la jerarquía eclesiástica en poder indiscutible con capacidad de ejercer una verdadera tiranía no solo teológica y moral, sino hasta política” (Palacios, 1944).

La Iglesia permeó hasta los aspectos económicos, los cuales tenían que complementar el catolicismo y no contradecirlo: “[...] había que adueñarse de la tecnología y de los instrumentos del capitalismo sin afectar el alma católica y campesina de una Colombia que los Conservadores temían perder” (Palacios 1944, p. 105). Abrirse paso por el mundo capitalista implicaba modernizarse, lo cual era visto por la Iglesia como algo negativo, ya que esto contradecía algunos postulados “conservadores” que se profesaban en Colombia.

Así, el período que transcurre entre 1900 a 1920 es el más apropiado para ubicar este trabajo porque

fue el escenario de una intensa reflexión sobre lo nacional por parte de los intelectuales, la cual estuvo profundamente influida por la reciente pérdida de Panamá, la aceleración y auge del modernismo, sumado a la discusión sobre la revolución bolchevique y mexicana y el papel hegemónico de Estados Unidos, país con un pasado colonial al igual que Colombia (Villegas 2008, p. 82).

Además, Colombia inicia en ese período una nueva fase de su incorporación a la economía mundial gracias al café; éste se consolida como un producto de exportación, con el cual se trata de entretejer lazos más estrechos con el mundo y también se empieza a consolidar uno de los procesos más sólidos de industrialización que tuvo el país.

Finalmente, entre los años 1900-1920 se empieza a valorar el saber médico y biológico como un área indispensable para el desarrollo de la *nación* (Castro-Gómez 2007, p. 45), creando, de esta forma, un grupo de nuevos intelectuales vinculados a este saber, los *intelectuales-médicos*. Se evidenció el inicio de una ruptura con el pasado regenerador, el cual se había caracterizado por ser bélico, intelectualmente oscuro, hispanista, extremadamente religioso y preocupado por los saberes literarios, gramaticales, filosóficos y filológicos.

Se traza, entonces, uno de los momentos propicios para la reflexión sobre la degeneración y regeneración de la *raza* y su respectiva contribución en la imaginación de la *nación*. No es de extrañar, entonces, que *raza* y *nación* en este período de la historia de Colombia estuvieran entrelazadas o, por lo menos, mantuviesen una fuerte correlación.

Capítulo dos

Los intelectuales-médicos y el positivismo como giro epistemológico

“Se hace indispensable orientar la inteligencia de nuestra juventud hacia el estudio de las ciencias experimentales: hacia la física y la química, *iniciadoras del progreso industrial*, fuente de los descubrimientos más útiles al hombre. No será aumentando el número de los colegios donde se enseñen literatura y derecho, como se serviría bien a Colombia. Necesitamos institutos de bacteriología, cátedras de física, de química y de agronomía; es indispensable multiplicar los laboratorios como los alemanes; abrir amplio campo al estudio de las ciencias experimentales, y probar en su aprendizaje las facultades de los jóvenes colombianos” (Grillo 1915, p. 280).

Introducción

La propuesta de este capítulo es mostrar un contexto general (el positivismo en América Latina) y otro particular (las ideas positivistas en Colombia) con el fin de ubicar el lugar desde donde los *intelectuales-médicos* colombianos hicieron su “trabajo” y el *campo intelectual* al que pertenecieron. Recordemos que estos intelectuales se caracterizaron por enunciar los problemas de la *nación*, pero también por buscar posibles soluciones a estos problemas.

Por esto, la hipótesis de este capítulo es que la adopción del positivismo por parte de los *intelectuales-médicos* en el período 1900-1920, implicó que estos entraran en un *campo intelectual* dominado por el positivismo, pero en constante lucha y conflicto interno. Es en el seno de esta orientación intelectual general, que domina el campo, que se dará la ruptura epistemológica con los saberes clásicos.

1. Breve recuento del positivismo en América Latina

“La independencia granadina no fue iniciada por caudillos militares, sino por hombres de ciencia” (Grillo 195, p. 279).

Finalizando el siglo XIX e iniciando el XX, América Latina buscó la tan anhelada modernidad política. Una de las formas como trató de hacerlo fue apropiándose de los saberes modernos que circulaban en Europa y Estados Unidos. Por ello no es de extrañar que áreas del conocimiento como la medicina, la biología y la higiene hicieran parte de la reflexión sobre la inalcanzada modernidad política en América Latina.

En este contexto aparece el pensamiento positivista¹² en la región, cuyo influjo fue explicado por Leopoldo Zea de la siguiente forma:

La filosofía de la historia del positivismo, en sus diversas expresiones, presenta la historia de la humanidad dentro de un movimiento dialéctico [...], lo cual le permite rebasar situaciones que resultan ser transitorias aunque necesarias, para el logro de la situación en la que se cumplan los más altos designios de esa humanidad [...]; se pasa de la anarquía al orden y del orden a la auténtica libertad (Zea, p. XXVI-XXVII).

El positivismo exhibe una preocupación por la relación entre el orden y la libertad, la cual ya había sido expuesta por Simón Bolívar en su “Carta de Jamaica”. Esa problemática conectaba inmediatamente al positivismo con el estado (social, político y económico) en que se encontraban las Repúblicas en la región. Si bien la llegada del positivismo a América Latina tuvo un sin número de características, la élite intelectual de la región utilizó esta teoría para hacer un balance de las nacientes naciones, pero también para expresar la aspiración de re-organizarlas con presupuestos científicos. A partir de ellos, criticó todo aquello que era sinónimo de atraso. Uno de los elementos de atraso era

¹² El término positivismo es atribuido a Saint-Simon (1760-1825), y con éste trató de designar el método exacto de las ciencias; más tarde, su discípulo y secretario, Auguste Comte (1798-1857), le dio amplitud al concepto positivismo (Jiménez 2008, p. 92-93), llevándolo a que fuera la interpretación por antonomasia de las ciencias sociales. De allí que sea importante delimitar qué se debe entender por positivismo. Éste se ha considerado como un estilo de pensamiento que busca la científicidad (Perelstein 1952); y no es para menos, ya que el mismo Comte dijo que un “espíritu positivista” se dedica a estudiar el nacimiento de los fenómenos, utilizando el cálculo y la observación (Comte 1980).

En sí, podemos decir que el positivismo, con gran aceptación después de la segunda mitad del siglo XIX, fue una forma de interpretar la filosofía, la religión, la educación y los problemas sociales planteando una regeneración de la sociedad: “el positivismo es [...] un programa de educación, una forma de religión, una escuela de filosofía y una fase del socialismo” (Stromberg 1988, p. 166).

la tradición, la cual estaba basada en la religión católica y la mentalidad colonial (Jiménez 2008).

El atraso y la tradición terminaron siendo, precisamente, los problemas de los positivistas latinoamericanos. Problemas que implicaron un dilema: por una parte, descolonizar a América Latina del dominio español; por otro, el camino a seguir para llevar a cabo este cometido era emular a Europa y a Estados Unidos.

Esta búsqueda de la modernidad, propia del positivismo, fue emprendida por parte de la élite intelectual latinoamericana que había viajado o estudiado en Europa, donde se familiarizaron con las ideas positivistas y las sociedades modernas. Dos pensadores marcaron el pensamiento positivista, Auguste Comte y Herbert Spencer.

Comte suponía la existencia de tres estadios que tiene que recorrer la humanidad: “todas nuestras especulaciones, cualesquiera que sean, tienen que pasar sucesiva e inevitablemente, lo mismo en el individuo que en la especie, por tres estadios teóricos diferentes [...] teológico, metafísico y positivo” (Comte 1980, p. 105). Cada una de estas etapas tiene una característica distintiva; en la primera los seres humanos buscan de forma ávida el origen de las cosas, lo que los lleva a elaborar pensamientos y conocimientos absolutos. Esta etapa habla propiamente de la religión y en sus dos formas, politeísta y monoteísta. Para este pensador, la religión monoteísta es uno de los primeros triunfos, ya que permitió que los vínculos sociales se solidificaran porque estableció vínculos comunes y limitó la imaginación, que, por el contrario, era la base de la religión politeísta (Comte 1980).

En la segunda etapa, la metafísica, se discute con la historia de la filosofía, en especial con el movimiento ilustrado. Esta etapa solo representa un paso hacia el positivismo. Se caracteriza por seguir buscando conocimientos absolutos, pero ya no desde un plano religioso, sino con abstracciones, razonamientos y especulaciones que confunden el “espíritu positivista” (Comte 1980).

Por último, estaría el final del proceso que la humanidad tiene que recorrer: la etapa positiva. Aquí, después de los dos preámbulos, se accede a la ciencia, la cual está acompañada de la observación:

La revolución fundamental que caracteriza la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, por la simple averiguación de las leyes, o sea de las relaciones entre los fenómenos observados (Comte 1980, p. 113).

Esta doctrina asume que las dos etapas anteriores al positivismo tienen importancia solo como preámbulos, ya que solo la observación y la socialización de dichas observaciones caracterizan el espíritu científico (Comte 1980). Es por esto, que para Comte las ciencias por excelencia son la física, la biología y la sociología. Después de ordenar las ciencias jerárquicamente (de forma decreciente, según su grado de complejidad), llega a la conclusión de que el positivismo es una especie de física social que utiliza el mismo método de las ciencias naturales (Comte 1980).

Por su parte, la obra de Herbert Spencer representa una segunda fase dentro de las ideas positivistas y, desde su perspectiva, sería su síntesis, que algunos intérpretes consideran una reconciliación entre ciencia y religión (Perelstein 1952). Resulta particularmente importante esta reconciliación, en la medida en que con ayuda de ella Spencer formula su idea de progreso. Este pensador se reconoce por ser el iniciador del evolucionismo social (Muñoz 2005). Su propuesta supone la evolución de los organismos que conforman la sociedad; la evolución social es un “progreso”, cuyos modelos y cuyos parámetros vienen de la biología. Spencer ve la evolución de la sociedad en dos niveles: el biológico y el social (Muñoz 2005). Según esto, la sociedad estaría organizada de la misma forma que lo está un organismo biológico:

- Tanto la sociedad como los organismos se diferencian de la materia inorgánica por un crecimiento visible durante la mayor parte de su existencia.
- Así como las sociedades y los organismos crecen de tamaño, así también aumentan en complejidad y estructura. Los organismos primitivos son simples mientras los organismos superiores son complejos.
- En las sociedades y en los organismos, la diferenciación progresiva de estructuras va acompañada de una diferenciación progresiva de funciones.
- La evolución crea para las sociedades y para los organismos diferencias de estructura y de función que se hacen posibles unas a otras.
- Así como un organismo viviente puede ser considerado como una nación de unidades que viven individualmente, así una nación de seres humanos puede ser considerada como un organismo. (Muñoz 2005, p. 133)

Spencer y Comte brindan algo así como la “infraestructura” de la interpretación de la sociedad por parte de la élite intelectual de América Latina entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Cabe resaltar, entonces, que en Colombia también estas ideas tuvieron influjo.

2. Los *intelectuales-médicos* colombianos y su adopción del positivismo

“Los médicos son los guías naturales de la higiene social” (Robledo 1907, p. 63).

El positivismo llegó a Colombia después de la primera mitad del siglo XIX, pero es realmente a principios del XX que esta teoría se consolida gracias a la recepción que tuvo en áreas como la medicina, la biología y la higiene. El positivismo sirvió para explicar los problemas de la *nación*. Sin embargo, como anota Diego Muñoz, esta teoría no solo fue útil para describir los problemas de la *nación*, sino también para buscar las soluciones que se consideraron pertinentes a dichos problemas (Muñoz 2005, p. 140). Veremos luego que el positivismo de corte spenceriano fue utilizado para describir la degeneración racial, pero también su posible regeneración. El positivismo de Spencer fue la base teórica de los *intelectuales-médicos* a la hora de hablar de *raza* (Sáenz, Saldarriaga y Ospina 1997, p. 19).

No es fortuito, entonces, que Colombia recibiera este influjo y, a su vez, que los intelectuales que aquí se trabajan estuvieran sumergidos en esta doctrina. El positivismo que se gestó en Colombia facilitó que emergiera un campo académico donde había conflictos y lucha permanente, pero que estuviera al mismo tiempo dotado de una cierta unidad filosófica subyacente que hizo posible el giro epistemológico hacia los saberes positivos. Esta filosofía y este giro epistémico tenía una relación ambivalente con el catolicismo, que estaba tanto en el “exterior” como en el “interior” del campo académico. El peso del catolicismo influye en el hecho de que el positivismo no fue sistemático en el país, por el contrario, fue fragmentario y diverso. Así lo hace notar el investigador Jaime Jaramillo Uribe: “[...] en general la influencia directa [...] [del positivismo] no originó en Colombia ni una producción filosófica ni un movimiento semejantes a los que se produjeron en el Brasil, México, Argentina o Chile” (Jaramillo 1996, p. 484).

Los intelectuales relacionados con el saber médico y moderno se vincularon de forma más estrecha con la reflexión positivista. A pesar de no existir estudios específicos sobre esta vinculación y, aún más, sobre la profesionalización de la medicina en el país, una intérprete de la cuestión plantea que lo primero que se hizo fue pensar en “[l]a unificación como gremio, la defensa de sus derechos y la lucha por el reconocimiento

social se convertían, para los médicos, en tareas urgentes” (Obregón 1992, p. 63). En otro momento, esta misma intérprete (Obregón 1992; 2002) y Jorge Márquez (2005) plantearon que esta urgencia pasó a ser una preocupación de Estado; así, por lo menos, queda registrado al ubicar el proceso de profesionalización de la medicina con la creación de la Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá en 1873 y la Academia de Medicina de Medellín en 1887. Estas “sociedades científicas” se constituyeron como “un órgano consultivo del gobierno”; y éste “comenzó a solicitar consejo de las sociedades médicas [...], como un reconocimiento de la experticia médica” (Obregón 2002, p. 161-162).

La profesionalización de la medicina no solo pasó por dar consejos al gobierno. Ésta también se las tuvo que ver con los menesterosos, necesitados y enfermos, aunque esto era un poco problemático, ya que Colombia era un país con una población fragmentada en pueblos y caseríos lejanos de la capital y de las ciudades importantes. La Iglesia dio su contribución, pues la creación de hospitales, orfanatos y centros de salud, así como su manutención, dependía de ella (Obregón 2002, p. 163-165).

Lo importante es que la profesionalización de la medicina permitió que a través de su estudio y de sus áreas afines, se pudiera conocer de forma más directa a la población y sus padecimientos, así como a la misma *nación*:

los estudios médicos y biológicos no solamente nos enseñan medicina obiólogía, sino que [...] ellos nos conducen [...] del estudio del individuo al de la agrupación de individuos, del estudio del hombre al del conjunto de los hombres; ellos nos sacan [...] del museo al anfiteatro anatómico, de éste a la sala del hospital, de aquí a la choza infecta y de ésta a los palacios, y de todas esas partes al conjunto de las agrupaciones sociales que forman la nación, al estudio de las necesidades y padecimientos de unas clases, de los grandes deberes de otras (Revista de medicina de Bogotá. Año XXVII, N. 316, 1906, p. 12. Citado por Obregón 1992, p. 85).

Un breve estudio sobre el lugar que ocupaba el médico a principios del siglo XX en la sociedad colombiana, elaborado por Emilio Robledo, distinguido doctor y eminente intelectual, describió la función que estos debían realizar, lo cual refuerza lo planteado anteriormente:

El médico será el Director de la higiene urbana; dará su concepto autorizado sobre los casos mórbidos de la ciudad; se ocupará en desinfecciones rigurosas y científicas, y no ilusorias como las que vemos practicar actualmente en las ciudades; vigilará la

potabilidad de las aguas, la depuración de las materias usadas, y reglamentará la higiene de los transportes en comunidad.

No olvidéis el papel del médico en las compañías de seguros, en los hospitales, en las instituciones de previsión, en las ligas, en las sociedades [...], el médico será el encargado de dirigir la higiene (Robledo 1907a, p. 63-64).

Este nuevo grupo de intelectuales tomó a su cargo la tarea de proteger la salubridad y trajo algunos cambios importantes y convenientes de señalar, ya que no fue fortuito que hubiesen sido los médicos e higienistas, y no los literatos y gramatólogos, los encargados de esta tarea. Hay un giro epistémico plenamente relacionado con el pensamiento positivista. Así lo hace notar el célebre médico Alfonso Castro en su estudio:

El médico moderno ha perdido mucho, por fortuna, del esoterismo sacerdotal de los tiempos antiguos. Hoy es un trabajador paciente, un investigador de conciencia, un escogedor de pequeñas verdades científicas basadas en hechos, que lentamente contribuye, con su esfuerzo diario, al acrecentamiento de eso ilimitado y vago, ideal grandioso de los altos espíritus, que se llama la ciencia. Para cumplir misión semejante necesita volver los ojos a la tierra, vinculándose íntimamente con la multitud (Castro 1920, p. 3-4).

De ahora en adelante, el médico tiene la obligación de ocuparse del hombre. Tanto Alfonso Castro como Emilio Robledo comparten la idea de que el intelectual de la medicina tiene funciones que lo llaman a cambiar paradigmas sociales basados en el conocimiento positivo. Además, el saber médico empieza a interesarse por lo social, tal como enseña Auguste Comte. Es muy probable que ésta sea la idea de Castro al decir que

[d]ebe abarcar lo que en una u otra forma dice relación con los hombres: el hogar, la escuela, el taller, la fábrica, el campo, la cárcel, el manicomio, todos aquellos sitios, en una palabra, donde se ejercen las actividades humanas, donde una célula alienta. [...] El papel del médico no puede circunscribirse, por lo tanto, como quieren los espíritus estancados, a recetar purgantes, sellos e inyecciones, ni tampoco a asumir actitudes herméticas ante el humano sufrimiento (Castro 1920, p. 4).

La nueva postura de los médicos no solo significó un quiebre con el papel tradicional del médico, que se dedicaba a “recetar purgantes, sellos e inyecciones”; también fue una ruptura entre los saberes de la filosofía-filología-gramática con los de la medicina-biología-higiene; entre el pensamiento metafísico y los saberes positivos. Un

ejemplo de esta ruptura se encuentra en algunos postulados de la *Revista Cultura*¹³ de Bogotá, la cual fue uno de los órganos de difusión de las “ideas modernas” y de las reflexiones de los *intelectuales-médicos*, a principios del siglo XX en el país:

Alejados los escritores de *CULTURA*, a juzgar por la edición que tengo a la vista, del campo meramente literario, donde la imaginación se desarrolla frondosa, se observa en ellos el propósito de espigar en dominios científicos o a lo menos aledaños de las ciencias modernas.

Las generaciones anteriores a la que ustedes tan hermosamente representan han dado preferencia a las bellas letras, descuidando los conocimientos propios de una cultura más completa (Grillo 1915, p. 277).

El esfuerzo por ubicarse en el lugar de las “ciencias modernas”, es decir, de las ciencias positivas, facilitó una nueva tarea: imaginar la *nación* con elementos “modernos” para la época como la medicina, la ingeniería, la higiene, entre otras. Así, en el estudio de Sáenz, Saldarriaga y Ospina, sobre los años que van de 1903 a 1946, se plantea que los conocimientos “modernos” tienen un método propio: el práctico (Sáenz, Saldarriaga y Ospina 1997, p. 8-9). Ese método “práctico” podría llamarse también, siguiendo a Comte, el método “positivo”. Se concibe “moderna” toda aquella ciencia que tiene un método experimental, que cumple con la función de romper con los saberes interpretados como puramente especulativos y teóricos.

El pronunciamiento sobre la disputa de saberes, conlleva, en sí, la propuesta de darle un nuevo enfoque a las ciencias: “Tan grande es Hugo como Pasteur; pero será siempre más benéfico para un pueblo poseer a Pasteur que a Hugo” (Grillo 1915, p. 280). Si los saberes que sustentaron a la Regeneración fueron considerados viejos por ser especulativos, entonces la propuesta de estos intelectuales era adoptar una nueva serie de saberes positivos que permitieran percibir la verdadera causa del progreso:

Se hace indispensable orientar la inteligencia de nuestra juventud hacia el estudio de las ciencias experimentales: hacia la física y la química, *iniciadoras del progreso industrial*, fuente de los descubrimientos más útiles al hombre. No será aumentando el número de los colegios donde se enseñen literatura y derecho, como se serviría bien a Colombia. Necesitamos institutos de bacteriología, cátedras de física, de química y de agronomía; es indispensable multiplicar los laboratorios como los alemanes; abrir amplio campo al estudio de las ciencias experimentales, y probar en su aprendizaje las facultades de los jóvenes colombianos (Grillo 1915, p. 280. Énfasis agregado).

¹³ Este órgano de difusión semanal, fue creado, entre otros, por un *intelectual-médico*, Luis López de Mesa; en ella misma participaron otros intelectuales de la talla de Miguel Jiménez López, Agustín Nieto Caballero, Alfonso Castro, Enrique Pérez, Julio Enrique Blanco, entre otros.

Desde 1910, año de la celebración del centenario de la gesta independentista, esta preocupación enfatizó que los nuevos saberes positivos fueran vistos incluso como una nueva hazaña de independencia porque, así como la de hacía un siglo, ésta comenzaba con la labor científica y no militar o bélica, ya que “la independencia granadina no fue iniciada por caudillos militares, sino por hombres de ciencia” (Grillo 1915, p. 279).

Formular una ruptura “epistemológica” en términos de una nueva independencia implicaba, a grandes rasgos, re-imaginar el papel de las ciencias en la *nación*, la cual planteaba la superioridad de los saberes positivos, prácticos y experimentales. Se reivindicaba así un debate de corte médico y biológico en el análisis de la sociedad y sus problemas:

La observación del luminoso mecanismo de la vida celular -esbozo y prototipo de toda otra vida- no hace sino comprobar esta ley: la célula vive o perece según la *potencialidad interna* con que se adapta al medio y se lo asimila.

Ahora bien: esta ley, que la Biología ha declarado, como otras muchas, inmanente de la vida celular y del individuo -gigantesca comunidad de células- se traslada a lo social -gigantesca comunidad de individuos- como una disposición a afirmarse, buscando la continuidad y progreso de las formas adquiridas, la integridad del territorio, el sagrado de sus derechos, el triunfo de su cultura, el éxito nacional (Coradine 1915, p. 76).

En síntesis, la medicina y la biología se consideran el paradigma de las ciencias positivas, un modelo subyacente del saber positivo, tal como pensaba Spencer, y por lo tanto, la égida teórica y conceptual del debate, desplazando al saber tradicional centrado en las “ciencias humanas”, la gramática, la filología y la filosofía, representadas por los ideólogos de la Regeneración: Miguel Antonio Caro¹⁴, Rafael Núñez¹⁵, José María Samper¹⁶ y Sergio Arboleda¹⁷.

¹⁴ Miguel Antonio José Zolio Cayetano Andrés Avelino de las Mercedes Caro Tobar (1843-1909) fue un político, filólogo, escritor y humanista colombiano. Su formación siempre fue autodidacta, la cual inició en el periódico *El Tradicionista*; desde allí, se perfiló como un enemigo acérrimo del liberalismo político y un defensor ultranza del catolicismo. Entre los logros políticos se encuentran la creación de la Constitución de 1886, la cual rigió a Colombia hasta 1991, fue presidente de la República entre los años de 1882 a 1898.

¹⁵ Rafael Núñez (1825-1894) fue un político y escritor que ejerció la presidencia de Colombia durante tres periodos: 1880-1882, 1884-1886 y 1886-1888. Núñez se recuerda por haber sido un liberal que defendió el período conservador denominado la Regeneración.

¹⁶ José María Samper (1831-1888), escritor y político colombiano; fue un destacado intelectual que primero hizo parte del partido liberal para luego desempeñar una defensa del régimen conservador llamado la Regeneración. Entre sus logros se encuentra haber integrado las Sociedades de Geografía Americana y de París, la Academia de Bellas Letras de Chile (de la que fue miembro honorario), la Real Academia Española y el Instituto de Ciencias Morales y Políticas de Caracas.

¹⁷ Sergio Arboleda (1822-1888) fue un político, escritor y activista de Colombia. Se distinguió como profesor de Derecho Romano y Español, Ciencia Constitucional y Administrativa, Legislación, Geografía,

La pregunta que cabe formular es ¿qué permitió que la medicina y los saberes que la acompañaron (biología e higiene) se impusieran sobre el conocimiento humanístico? La amplia aceptación e influencia del positivismo es una posible respuesta: siguiendo los pasos de Spencer, la sociedad y la nación podían pensarse como un “organismo vivo”, que estaba, incluso, “sometida a leyes que no eran jurídicas, sino naturales” (Blanco 1918, p. 311), y éstas mismas hacían que se tendiera al progreso.

En efecto, desde finales del siglo XIX en Colombia, la medicina y con ella los médicos empezaron a ser relevantes a la hora de hacer apreciaciones y reflexiones sobre la cuestión social y política del país. De allí que el prototipo del intelectual de principios del siglo XX, en el país tuviera conocimientos en esta área, haciendo de éste, entonces, una figura que, por su formación, pudiera solucionar los problemas (enfermedades) considerados incurables para la *nación*. Siguiendo esta última parte, se puede, así, realizar un símil: la *nación* es como el cuerpo humano, es decir, a ésta le acaecen enfermedades e infecciones.

Las asociaciones positivistas entre organismo humano y social se multiplicaron con la fuerza que provenía de la influencia de estas ideas entre las elites colombianas. El médico es, pues, no solo el encargado de curar y hacer paliativos para el cuerpo humano, también los hace para el “cuerpo” de la *nación*. “Cuerpo” que fue considerado a principios del siglo XX como enfermo, carente del desarrollo de uno plenamente adulto, a pesar de que se cumplían cien años de la independencia.

La *nación* fue imaginada como un organismo con vida, y tenía que someterse a un debido examen (Abellán 2005, p. 16), el cual constaba de un diagnóstico y una cura. El diagnóstico central era el siguiente:

Esta es una verdad reconocida por cuantos en América Latina se han ocupado de estudios sociológicos. No pensemos que con solo higienizar nuestra vida, con expedir leyes que protejan al proletariado, con abrir caminos y tender rieles por dondequiera y con establecer sabios sistemas educativos podemos desandar la pendiente pavorosa que nuestros países siguen desde tiempo inmemorial. El mal es más hondo: no es solamente económico, psicológico y educacional; es biológico. Se trata simplemente de razas agotadas, que es preciso rejuvenecer con sangre fresca (Jiménez 1920b, p. 37).

Cronología e Historia, pero también por su gran producción en periódicos del país en donde condensó su apoyo ideológico a la Regeneración.

El diagnóstico dictaminó que la población de la *nación* estaba agotada biológicamente; lo que dio origen a que se pensara en la degeneración de la *raza*. Pensar en la degeneración de la *raza* obligó a los *intelectuales-médicos* a reflexionar sobre el progreso de la *nación*. La línea de continuidad entre estas ideas y las doctrinas de Spencer son evidentes.

Más influencia tuvo en Colombia el positivismo de Spencer. Hacia 1870 Spencer y Mill pasaban a ocupar el puesto de cabecera intelectual que antes habían ocupado Bentham y Tracy. Como lo observara Carlos Arturo Torres, el espíritu y los principios mismos de la filosofía spenceriana, “su concepción de la relatividad, su afirmación de lo incognoscible, la amplitud de su criterio político y su concepto de que la ciencia y la religión no son inconciliables, serenaban los espíritus fatigados de la esterilidad de una lucha sin tregua y sin piedad entre dos extremos igualmente dogmáticos”.

Por otra parte, había en el pensamiento de Spencer, todavía más que en el de Bentham, un elemento social que no estaba presente, al menos en forma directa, en la obra de Auguste Comte, y era su entusiasmo industrialista, su admiración por el tipo de industria moderno en el cual veía algo así como la culminación del proceso de perfección del hombre. Comte era en gran medida un espíritu conservador y romántico, y Bentham un jurista burgués de ideas humanitarias, pero Spencer era el apologista del industrial y del comerciante en la época heroica de la expansión del capitalismo moderno. Era, pues, natural que reuniendo sus obras todos estos rasgos fueran acogidas con entusiasmo por aquellos espíritus que veían en la industria moderna una solución óptima para los problemas políticos, económicos y sociales de Colombia” (Jaramillo 1996, p. 484). Pero las

las ideas de Spencer que más amplia acogida hallaron fueron aquellas que tenían alguna relación con la política y con las ciencias sociales, por ejemplo, la idea de evolución y el intento de hacer de la sociología una ciencia, si no exacta, por lo menos experimental, cuyas conclusiones sirvieran para fundar la política sobre bases científicas (Jaramillo 1996, p. 486).

Siguiendo la interpretación del académico Jaime Jaramillo, podemos decir que las ideas de Spencer fueron conocidas en Colombia como “evolucionismo social”, ya que respondió, para el contexto del continente, preguntas relacionadas con la llamada inferioridad del país y la *nación*, dejando en las “conciencias colectivas ciertas

sugestiones o creencias que permitían la apuesta política y educativa por estrategias de intervención cuya finalidad era [...] la evolución y el progreso de los sujetos y sociedades infantiles” (Muñoz 2005, p. 132).

Este discurso fue apropiado por los *intelectuales-médicos* colombianos. La explicación de esta entusiasta recepción estriba en la conexión entre el positivismo con las ideas de evolución y progreso. Si ambos se relacionan con leyes biológicas y mecánicas, la medicina y la sociología pueden ser investigadas con los mismos métodos.

La sociedad se consideraba un órgano con vida. Por esto los *intelectuales-médicos*, más allá de las tensiones propias del “campo” compartían, gracias al positivismo, una comprensión del mundo social asociada a la metáfora biológica: “[1]o primero que ha de tenerse en cuenta es el *medio*, o medio ambiente en que uno vive, cuyo *medio* lo constituye la atmósfera que nos rodea [...]” (“Sección pedagogía” 1905, p. 157).

Por esto, era tan importante entender cómo se había construido el entorno en que habitaban los pobladores de Colombia, y especificar cómo influía éste en la calidad de vida de aquellos:

La reunión de habitaciones es causa de insalubridad; por eso en las poblaciones está más expuesto el hombre a enfermar que en el campo. Resulta aquella insalubridad de que el aire que circula en las calles y en las casas no es puro; de la falta de agua suficiente y de los defectos en los desagües; de las malas condiciones de los excusados privados; de la falta de excusados públicos, etc.

Las calles, las plazas, los paseos tienen una estrecha relación con las casas de habitación, que reciben la mayor parte del aire de esas vías públicas.

Las calles deben tener una amplitud que esté en relación con las alturas de las casas y con los climas. Por regla general, las cosas no deben tener una altura mayor que el ancho de la calle, y esto es más importante en climas cálidos.

Es necesario conservar el piso de las calles y de las plazas en el mayor aseo y arreglar el suelo y los desagües de manera que nunca quede estancada ni la más pequeña cantidad de agua, ni haya cañerías descubiertas, pues allí crecerán y se multiplicarán insectos propagadores de enfermedades (García 1917, p. 41).

Si bien, el medio se convirtió en fuente de preocupación, ésta se extendió hasta la geografía de la *nación*, imaginada como uno de los elementos que configuraban el problema nacional. Se volvió una idea aceptada que la *nación* colombiana tenía otro gran obstáculo que ya no tenía que ver con elementos propiamente hereditarios sino con la dificultad de manejar política, económica y socialmente el “vasto territorio” (Arias 2005; Bushnel 2007; García 2011). Habría que sumar a esta dificultad, la variedad de pobladores de cada región:

En tan vasto territorio y tan variados climas vegetan no menos variados grupos de población: blancos, indios y mestizos en esta Cordillera oriental; mulatos, blancos y negros en la Central y en la Occidental, con pequeños grupos aborígenes, así como en los litorales y hoyas hidrográficas de nuestros grandes ríos, aunque más cargados de color ciertamente (López de Mesa 1920, p. 85).

Desde estas perspectivas positivas, entonces, el territorio y la población fueron el óbice que impedía la consolidación de la *nación*. No obstante, Álvaro Villegas (2005) resalta que en lugar de un “obstáculo” fue precisamente la variedad regional y poblacional la que posibilitó la creación de la *nación*.

La imaginación del obstáculo geográfico como el “medio” en el que la sociedad, ese “organismo biológico”, encontraba sus limitaciones, pero también sus principales explicaciones, era claramente una herencia positivista.

La forma como los *intelectuales-médicos* imaginaron la *nación* estuvo claramente atravesada por la descripción del espacio geográfico, en especial bajo la forma de obstáculos naturales. La importancia de la geografía estuvo presente desde la época colonial y se plasmó, por ejemplo, en las investigaciones que los científicos de Europa hicieron sobre América¹⁸:

El fenómeno ha sido enunciado por todos los que nos han estudiado a fondo. Boussingault reconoció un estado degenerativo en las diversas razas nativas de la América y atribuyó el hecho a las influencias climáticas diversas y en especial a intoxicaciones alimenticias; Humboldt escribe en la introducción a su “Viaje a las regiones equinocciales”: “Durante mi expedición preparé varias memorias sobre las castas de hombres de la América Meridional, sobre los obstáculos que el clima y la fuerza de la vegetación oponen a los progresos de la civilización en la zona tórrida, etc.”; y más adelante en el tomo III de su gran obra, agrega: “A la sombra de los bananeros y del árbol del pan, las facultades intelectuales se desarrollan menos rápidamente” (Jiménez 1920c, 346).

Los *intelectuales-médicos* de principios del siglo XX, se propusieron continuar con esta labor, lo que los situó en el plano de entender “las condiciones materiales concretas” (Noguera 2003, p. 117) que sustentaban a la *nación*. De allí que su sustento, los nuevos saberes positivos, no solo cumplieran con la función de desplazar lo que los *intelectuales-médicos* habían considerado como viejo en el campo del conocimiento, sino que también cumplieran con la función de fomentar la investigación del espacio

¹⁸ También da cuenta de ello las numerosas expediciones realizadas durante el siglo XX, con el objetivo de conocer la fauna, flora y límites del país.

geográfico, ya que “[l]a mayor parte de nuestro territorio permanece inexplorado, y siglos pasarán antes de que tal suceda” (Castro 1915, p. 99).

La consigna era simple: hay que apropiarse del territorio colombiano, no solo para descubrirlo sino para conocer las riquezas que tiene:

A las dificultades originadas por los hombres justo es agregar las que surgen del suelo. Colombia es inmensamente rica -se nos enseña desde los bancos de la escuela- pero nada se nos dice de los titánicos trabajos que es menester cumplir para adueñarse siquiera en ínfima parte de las riquezas que tan avaramente guardan las selvas y la tierra. El clima, la malaria, la anemia tropical, la fauna agresiva, son como reductos invencibles que impiden al hombre la conquista del terreno (Castro 1915, p. 99).

Algo parecido afirmó Luis López de Mesa:

Todas estas infinitas diferencias imponen una fauna y una flora desemejantes que tiene el hombre que reconocer para dominar y beneficiar debidamente; imponen diversas actividades industriales, diversa psicología individual, diversa constitución de la familia y de la sociedad toda, como ha ocurrido entre nosotros, según os lo diré más luego (1920a, p. 83).

En la descripción de los médicos Alfonso Castro y Luis López de Mesa había un obstáculo que hacía difícil su consolidación y conocimiento: el carácter tropical y enfermo del territorio que era necesario afrontar y dominar¹⁹. De igual parecer fue Miguel Jiménez López:

La zona de nuestro planeta situada entre los Trópicos es, de consiguiente, impropicia al producto humano: lo deforma y lo aminora en todas sus manifestaciones vitales, así sean las de orden orgánico o las mentales. ¿Hemos de ser nosotros una afortunada excepción? No se hallará, para asegurarle así, fundamento alguno en la Biología ni en la Historia; y el estudio que me he atrevido a proponer a la meditación de mis compatriotas intenta demostrar que la observación común y corriente confirma ampliamente el hecho de que nosotros no hemos escapado a tan implacable ley de regresión (1920b, p. 47).

Para este intelectual es indudable el vestigio indeleble que deja el medio ambiente en la *nación*, así como el medio natural ejerce influencia en el organismo biológico: “[l]os climas adversos; los ardores del Trópico y las inclemencias del Polo [...] hé aquí algunas

¹⁹ Esta descripción hecha por estos dos *intelectuales-médicos* no es compartida por Villegas, para quien esta forma de imaginar el espacio geográfico, así como el óbice tropical que se encontró, fue posibilidad de civilización y *nación* (2006, p. 49-50).

de las principales condiciones adversas que, obrando sobre los pueblos en edades sucesivas, los debilitan, los degeneran y los extinguen” (Jiménez 1920b, p. 46). No cabe duda entonces que este tipo de argumentos muestran preocupación por otras cuestiones diferentes al idioma o la religión, que fueron en su momento la base con que se imaginó la *nación* durante las primeras etapas de la Regeneración.

La ubicación de Colombia fue imaginada como uno de los elementos que hacen *nación*, solo que aquí la concibieron de forma pesimista. Es importante aclarar que no todos los intelectuales médicos imaginaron a la *nación* como si frente al territorio y al clima poco se pudiera hacer. Un ejemplo claro fue López de Mesa, quien con una actitud *meliorista*, para utilizar un término de su colega Alfonso Castro (1915), imaginó el territorio nacional como algo que por su variedad podía despertar curiosidad: “El clima en que vegetamos es variado hasta la máxima oposición, y así vemos cómo cada kilómetro de la superficie de nuestro suelo nos ofrece peculiaridades cuya suma desconcierta al investigador que busque leyes generales” (1920a, p. 81). El positivismo no es una rendición ante las fuerzas de lo inevitable: el conocimiento positivo puede servir como herramienta para impulsar algunos cambios en el mundo social.

Por eso, el desconcierto no hacía que el investigador se convirtiera en un ser pesimista, por el contrario, lo motivaba a que siguiera sus investigaciones, a que reconociera nuevos saberes para apropiarse del territorio, y contribuir así al progreso de la *nación*, lo cual permitía que ésta se concientizara de su labor:

En el esfuerzo de orientación industrial por que atraviesa la república ya he visto no pocas tentativas para esclarecer estos conocimientos fundamentales: estudios geológicos, estudios mineralógicos, floras y faunas regionales, geografía médica de apartadas soledades, incógnitas enantes. Tal como si la nación despertase a la consciencia de sus propios destinos (López de Mesa 1920, p. 83).

Pero si el territorio, el medio ambiente, etc. dejan sus huellas en la *nación*; entonces ¿no es probable que lo hagan también en la población? Esta fue precisamente la pregunta que se planteó Jiménez: “¿En qué forma se ha hecho sentir la influencia de esta zona sobre las razas que hoy la pueblan?” (1920c, p. 336). Este autor concluyó que:

Una influencia nociva que obre permanentemente sobre un ser organizado hiere, de consiguiente, a un tiempo mismo, al individuo y a la especie; compromete la integridad y la perfección de la vida en quien la sufre y en toda su descendencia. Y, si esas

condiciones adversas ejercen su acción sin cambio ni reposo sobre muchas generaciones sucesivas y por muchos años y siglos sin cesar, se tendrá una intensificación creciente, una especie de progresión geométrica en sentido negativo, que irá acabando con el vigor y con la existencia de los más robustos organismos (Jiménez 1920a, p. 46).

Esa influencia nociva, el medio, fue imaginada como un elemento causante de enfermedades; la influencia del medio en la población era una de las responsables de la mala salud. Al respecto, Luis López de Mesa dirá:

La mala calidad de las aguas [...] la sujetan [a la población] a todas las variedades del tifo conocidas, que la diezman con tenacidad desoladora. La mugre, la aglomeración y la miseria [...] la sujetan también a la tuberculosis, a la disentería, a la viruela y no pocas más endemias letales (López de Mesa 1920, p. 89).

En síntesis, la influencia del positivismo creó un campo intelectual marcado por una cierta unidad subyacente, la unidad de las asociaciones entre organismo biológico y organismo social, ambos comandados por leyes de progreso y evolución. El conocimiento positivo era el modo privilegiado en que podíamos entender esas leyes y tratar de acomodar la sociedad colombiana para aprovecharlas. En ese marco de unidad de un campo relativamente común, se desataban controversias sobre factores específicos del diagnóstico y medios específicos de cura. Los debates apasionados sobre ambos serán reseñados en los siguientes capítulos.

Capítulo tres

Los *intelectuales-médicos* y el problema de la *raza* y la *nación* en Colombia

“He formulado, ante todo, la opinión de que, observando en su conjunto nuestro país, como las otras nacionalidades situadas en la misma zona, presenta signos de una degeneración colectiva” (Jiménez 1920, p. 45).

Introducción

En el capítulo anterior me permití establecer conexiones entre los trabajos que han tocado el tema de la *nación*, los intelectuales y la *raza* con mi propuesta conceptual. También hice una breve ubicación del contexto histórico que vivió la *nación* finalizando el siglo XIX e iniciando el XX, y cómo los intelectuales actuaron en este contexto.

Ahora mi interés es mostrar el nexo que se dio, a principios del siglo XX en Colombia, entre la preocupación por el porvenir de la *nación* y los saberes que sustituyeron a la gramática y la filosofía. La guía de este capítulo será la siguiente pregunta: ¿cómo la *nación* y su población empezaron a ser descritas en términos biológicos y médicos? Probablemente una explicación a esta pregunta, así como al desplazamiento disciplinario, reside en la tradición de la “limpieza de sangre” que viene desde la época colonial, ya que para “los criollos ilustrados, la *blancura* era su capital cultural más valioso y apreciado, pues ella les garantizaba el acceso al conocimiento científico y literario de la época, así como la distancia social frente al “otro colonial” que sirvió como objeto de sus investigaciones” (Castro-Gómez 2005, p. 15).

Más allá de este argumento, que puede tener coherencia y validez, este trabajo parte de otra hipótesis: los términos biológicos y médicos en que se envolvió la *nación* respondieron a que los nuevos intelectuales, los *intelectuales-médicos*, consideraron como algo del pasado los saberes que hasta entonces habían prevalecido. Esta consideración evidencia una ruptura epistemológica²⁰ que permitió que apareciera el

²⁰ El concepto *episteme*, el cual es relevante para la tesis, será acuñado tal y como lo entendió Mauro Vega en su texto *Discursos sobre “raza” y nación en Colombia, 1880-1930* (2013). Con él, el autor quiere

concepto de “degeneración”, el cual sirvió para describir a la población, pero también para enunciar prácticas y costumbres de ésta, así como los problemas de la *nación*.

1. Degeneración de la raza

“De tiempo en tiempo se ha escrito en Hispanoamérica sobre una posible decadencia de la especie humana en nuestra zona. Hechos de orden moral y económico, observados con ánimo desprevenido, han servido a algunos sociólogos americanos para abrigar ese temor, y en verdad, que ciertas reacciones de carácter colectivo propias a nuestro medio han justificado ampliamente la manera de ver de aquellos que admiten una depresión del producto humano en la América equinoccial” (Jiménez 1920, p. 3).

El siglo XX comenzó con el intenso cuestionamiento sobre la relación que había entre las enfermedades que sufría la *nación* y el progreso y modernización de ésta. Este problema ya se había puesto en discusión desde finales del siglo XIX con una presentación hecha por el político liberal Rafael Uribe Uribe sobre la *nación*: “Este es un pueblo enfermo, y si hubiese refugio para las naciones, Colombia debería ser enviada a un hospital” (1979 (1898), p. 232). El pesimismo de Uribe Uribe llegó a su cúspide unos años más tarde, y se hizo visible en un escrito en donde enunciaba cómo este problema, propio de la *nación*, estaba relacionado con la degeneración de la *raza*:

[...] lo primero es existir, que haya más gente y menos desiertos. Lo segundo es que los hombres no sean de raza débil o degenerada; porque si viven sujetos a enfermedades, padecen hambre y tienen prole limitada o enclenque, y la que crece no sabemos educarla convenientemente para la clase de brega que debe sostener, entonces el esfuerzo civilizador acaba por ahogarse entre el monte; lo envuelven los bejucos y se lo comen los tigres o lo matan las culebras (1979 (1910), p. 236).

Estos argumentos expuestos por Uribe Uribe señalan el debilitamiento humano, las constantes enfermedades a que se estaba expuesto y el peligro que representaban para “la misma existencia de la nación” (Villegas 2007, p. 11).

Esta forma de imaginar a la *nación* y a su población fue compartida por un grupo numeroso de intelectuales asociados a la medicina. Ellos concibieron que su misión era bipartita, por una parte, tenían que enunciar los problemas que sucedían en la *nación*; por

significar la organización del conocimiento en discursos, los cuales fueron la base para imaginar la *nación* en Colombia entre el siglo XIX y el XX.

otra, “impartir un nuevo orden a la sociedad desde su fundamento: el ciudadano. Imaginarlo de nuevo y reemprender la labor desde el comienzo, tallando el árbol” (Pedraza 1996-1997, p. 118). Si se aseguraba el buen funcionamiento del sustento de la *nación*, se garantizaba el progreso y estabilidad de ésta.

Es notorio que la pregunta por la *nación* dejara de estar atravesada por la religión y el idioma. En su lugar, la medicina, la biología, la higiene, así como los aspectos raciales se convirtieron en la nueva metodología para responderla; es decir, se empieza a imaginar a la *nación* en términos médicos, biológicos e higiénicos. Se puede plantear incluso que hubo la necesidad de “re-imaginar” la *nación* (Villegas 2007) desde un ángulo distinto a los postulados de la Regeneración, es decir, desde la religión el idioma; y señalar así una distinción crucial entre los ciudadanos, estableciendo diferencias raciales. Respecto al hecho de “re-imaginar” la *nación* de forma diferente a la Regeneración, encontramos que la idea de modernización, con cierto estilo europeo, se convirtió en la quimera, anhelo y lucha de estos intelectuales²¹:

Habría solo un medio, el único que por ahora me parece posible, para procurar el vigor que hace falta al espíritu no solo del colombiano, sino del americano en general. Ese medio sería el de desprenderse de todo prejuicio local; *fijar tenazmente la mirada en el espectáculo que ofrece el desenvolvimiento de la cultura europea*, desde sus clásicos orígenes helénicos hasta nuestros días, como reflejo de los principios de las cosas y sus evoluciones; saturarse de su esencia, como de la esencia misma del ser que se produce en todo. Solo entonces se concebirán cosas grandes. Se olvidará, cierto es, por algún tiempo, la pequeñez propia. Pero, cuando se vuelva sobre sí mismo, se encontrará que la pequeñez propia ya deja de ser tan insignificante cuando se puede concebir lo grande.

[...] Cuando haya en Colombia hombres que representen una verdadera cultura, habrá símbolos en derredor de los cuales podrán reunirse los elementos más diversos, las personalidades más heterogéneas (Blanco 1918, p. 310. Énfasis agregado).

No es raro, entonces, que el debate a inicios del siglo XX, girara en torno a las condiciones físicas, psíquicas y fenotípicas de los colombianos y si éstas eran la causa de los males políticos, sociales y económicos que vivía la *nación*. Este debate, que duró hasta mediados del siglo XX, expuso las opiniones y estudios de varios intelectuales sobre la degeneración de la *raza* y la propia *nación*. La reflexión dejó un juicio radical sobre la

²¹ Es importante aclarar que la idea de una modernización con lineamientos europeos también estuvo en la propuesta regeneracionista, pero ésta tuvo como guía a España (hispanismo), desdeñando en muchas ocasiones otras versiones de modernización por ser consideradas laicas o anticatólicas.

relación entre *raza* y *nación*, porque consideró a los colombianos como portadores de los males que sufría Colombia por no ser una *raza* fuerte y vigorosa.

Los estudios de los *intelectuales-médicos* que expresaron esta ruptura epistemológica, social y política, aprobaron una concepción nueva del ser humano, la cual estaba ubicada en el ámbito médico; haciendo importar casi que una sola cosa: la vida (Castro-Gómez 2007). Este proyecto sugiere la idea de una *nación* que no estuviera ni “contaminada” ni mucho menos obstaculizada por poblaciones que no estuviesen en condiciones de entrar en el proceso de modernización.

En el marco de este saber médico y biológico, se empezó a dar un giro en Colombia con el cual la preocupación fue el material humano con que contaba la *nación*. Es importante resaltar, entonces, que esto no quiere decir que la *nación* católica haya perdido vigor o validez, así como los saberes gramaticales (Villegas 2006; 2007). Más bien, este giro consistió en preguntar o indagar por las capacidades y condiciones humanas con que contaba el país, ya que el estado en que se podía encontrar la población era uno de los requisitos indispensables para pensar el progreso.

No caben dudas que modernizar la *nación* o por lo menos pensar en ello, implicaba reflexionar que los ciudadanos tenían un rol crucial en dicha tarea. Labor que solo se lograría con el desarrollo óptimo de sus fuerzas, habilidades, salud e inteligencia. De acuerdo con esta idea, se puede concluir que esta forma de imaginar la *nación* buscó incluir a los “otros” en ésta, pero a través de ciertos requisitos o exigencias. El diagnóstico de los *intelectuales-médicos* puede resumirse en un término con el cual se caracterizó a la Colombia de esta época y a sus habitantes: *degeneración*. La medicina y la biología fueron invocadas para confirmar la *degeneración* de la *nación* y su población (Pedraza 1996-1997, p. 139-140).

Debido a esta clase de razonamientos, la medicina, como el nuevo saber predominante y, con ella, los *intelectuales-médicos*, se consideraban a sí mismos útiles para resolver los problemas de la *nación*. El objetivo de sus aportes era claro: imaginar una *nación* racial y físicamente fuerte²². No es de extrañar, por lo tanto, que estos intelectuales pensarán que para alcanzar tal ideal “se debería propender por el desarrollo económico e intelectual del pueblo y por el mejoramiento de sus particularidades raciales.

²² La reflexión sobre la educación del cuerpo expuesta en el capítulo tres, mostrará qué entendieron los *intelectuales-médicos* por hombres físicamente fuertes.

Y es en el marco de estas consideraciones y demandas ‘nacionales’, donde surgió la lucha disciplinar abierta por el control del *saber que crea nación*” (Castañeda 2003, p. 191).

La idea generalizada entre los *intelectuales-médicos* a principios del siglo XX en Colombia era que la causa de los problemas radicaba en la propia población: “El pueblo ha sido entre nosotros, en el pasado, el sostén y el escudo de la República; mas hoy, por sus precarias condiciones, ha venido a ser la impedimenta en nuestra marcha hacia el progreso” (Jiménez 1920c, p. 363). Considerar a la población como un obstáculo llevó a indagar por el estado físico y psíquico de sus habitantes y si este estado era uno de los causantes de los “problemas” que vivía la *nación*. En esta indagación se empezó a utilizar el término *degeneración* para describir tanto características malas de la población como los males que acaecían en el país.

El concepto de degeneración fue utilizado de forma polisémica (Muñoz 2001) por los médicos, biólogos e higienistas. Sirvió para explicar la “debilidad” racial, el alcoholismo, la delincuencia, las enfermedades de transmisión sexual y la ausencia de desarrollo y progreso. Fue Miguel Jiménez López quien le dio más fuerza y vigor a esta penosa y nefasta labor descriptiva, haciéndose una serie de cuestionamientos:

¿Existe hoy en nuestro país un estado de degeneración colectiva? ¿Somos, en otros términos, un agregado social en que los atributos de las razas originarias hayan marchado hacia un desarrollo progresivo, o bien ellos se han mantenido estacionarios o, por el contrario, la capacidad vital y productora de los progenitores ha sufrido una regresión en el decurso de nuestra existencia colectiva? ¿Desde un punto de vista estrictamente biológico, nuestro país y los países similares, analizados en el actual momento de su historia avanzan, se estacionan o retroceden? (Jiménez 1920a, p. 8).

El término *degeneración* sirvió para diagnosticar al pueblo con deformaciones y enfermedades físicas; este mismo término también fue asociado con la herencia, ya que ésta “significa que el padre y la madre transmiten al hijo las cualidades de la raza y sus cualidades personales” (López 1981 (1910), p. 30). Tanto las deformaciones y las enfermedades físicas como la transmisión de cualidades de padres a hijos evidencian que la degeneración implicaba contradecir el optimismo, porque estos científicos veían que todo estaba inscrito en el proceso de la evolución, es decir, todo tendía hacia adelante, pero con el término *degeneración* se sugiere un retroceso (Gorbach 2014, p. 186).

En esta clase de razonamientos no había neutralidad o puntos medios, como lo expresó Miguel Jiménez López al preguntar si la degeneración de la *raza* nos hacía retroceder o avanzar:

O ascendemos o declinamos; no hay término medio. El estancamiento de que a veces se habla en la historia de los pueblos es una simple noción teórica que en la realidad corresponde a un retroceso, pues que la posición histórica de una colectividad es siempre relativa a la evolución de las demás, y, en esta concurrencia universal, guardar quietud cuando los émulos avanzan es abrir una distancia que crece con el crecer indetenible de los tiempos.

Es justo, pues, es natural, es imperioso saber si nosotros, pueblo que aspira a la grandeza, estamos hoy subiendo con paso firme la colina de nuestro desarrollo vital, o si estamos errando el camino y tomando al azar por atajos que pueden llevarnos, hacia un declive preñado de peligros (1920a, p. 44).

El problema de la degeneración de la *raza* enunció cuatro problemas que involucraban a la población y su degeneración: la herencia, la geografía, las enfermedades venéreas y las bebidas alcohólicas.

2. Herencia

“No así el pueblo japonés que atrajo la civilización occidental, no por la introducción de reformas meramente políticas, sino por la infiltración que hizo en sus distintas capas sociales: que a la vez que depuraba sus formas de gobierno, enviaba a su juventud a recoger la industria y el saber europeos” (López de Mesa 1915, p. 69).

Los *intelectuales-médicos* que demandaban una *nación* con una *raza* mejorada, despreciaban la genealogía española, indígena y afro:

La altivez irreflexiva, el individualismo a ultranza, el fanatismo político y religioso, el amor al vocabulario, la riqueza de imaginación, los vanos sueños, la falta de habilidad para el manejo de la cosa pública, la envidia y el chisme, las dos grandes toxinas de la raza, nos advierten a cada paso que hemos mamado leche española. Pero también el indio habla en nosotros con su desidia, su ineptitud, su desconfianza y el amor a lo brillante y falso; lo mismo que su adhesión a las tiranías unitarias, con tal que el cacique ostente en el espíritu y en la indumentaria los colores chillones y la estridencia de las guacamayas. El negro no se queda atrás. Presentamos cada actitud o pensamiento, que recuerdan al esclavo traído desde el fondo del África, y embrutecido y encanallado a fuerza de golpes y privaciones (Castro 1915, p. 97-98).

El razonamiento de este intelectual muestra que se heredaron elementos negativos que permitieron la construcción de un cierto tipo de carácter, templanza e incluso *modus operandi* que gobernó en su momento la personalidad de los colombianos. La mezcla de estas tres diferentes razas, la española, la indígena y la afro, era la causa de los problemas de los colombianos. De ahí que se tenga como “génesis de nuestros males, como enemigos a quienes hay que jurar guerra a muerte: la herencia española, india y negra; la turbulencia de la nación” (Castro 1915, p. 100).

Incluso, algunos de estos *intelectuales-médicos* plantearon que existen cruces raciales que se tienen que evitar. Al respecto, López de Mesa nos dirá:

Pero la civilización europea y americana impone criterio pesimista para un futuro lejano en que el influjo de la sangre oscura predomine, como en las regiones antillanas y aun en Panamá. Si, como parece, ese predominio acaecerá en la continuidad de las circunstancias actuales, esto puede ser grave mal, y a preverlo os convido con máxima discreción (1920b, p. 130. Énfasis agregado).

Opinión similar tenía Jiménez López:

[...] una ola de sangre de color oscurece de día en día nuestra población, imprimiéndole a la vez sus rasgos morfológicos y sus reacciones morales [...]. Apenas tengo para qué agregar que los países donde el elemento de color va siendo preponderante han marchado lenta pero seguramente hacia el estado de tutela y de protectorado por otras razas mejor dotadas (1920c, p. 352-353).

Se deja ver un aspecto importante de la problemática, el cual acaparó la opinión de la gran mayoría de los intelectuales relacionados con el saber médico. Esta opinión consistía en que entre los colombianos había factores biológicos (de otras razas) que determinan su comportamiento, y esto afecta no solo al individuo y la especie, sino también a su descendencia. Esto llevó a que los *intelectuales-médicos* se inquietaran por este tema y lo estudiaran, llamándolo herencia²³.

Entre los factores que explicaban la degeneración de la *raza* no solo había elementos exteriores o geográficos, sino también los que venían del interior, es decir, propios de los pobladores de Colombia. Se empieza a hablar así de la herencia como la causa de las “desgracias” raciales, pero también de algunos procesos sociales y políticos

²³ Se debe entender por herencia, la teoría científica que considera que las características mentales, física y morales de los seres humanos se transmiten de forma hereditaria (Galton 1869). De allí que se considere el estudio de la herencia como el de las causas de la degeneración de la *raza*.

que la *nación* había vivido. Así opinó uno de los primeros *intelectuales-médicos* que se pronunció sobre el tema:

No busquéis las desgracias de la Patria sino en la herencia [...] y en las pasiones que cultivan el fanatismo religioso y el fanatismo despótico y político, que son los hijos legítimos de nosotros. Las revueltas y los golpes de Estado son contracciones morbosas de un protoplasma estéril, que no se nutre sino con toxinas y en un medio inadecuado para la evolución (Zuleta 1904, p. 14).

Algunos *intelectuales-médicos* creyeron en la transmisión hereditaria de conductas, actitudes, costumbres o para seguir a Alfonso Castro, quien pensó que los problemas se heredaban en el mismo momento que había vida, esto es, “en el momento preciso en que el espermatozoide fecunda el óvulo para constituir un nuevo ser” (Castro 1912, p. 5).

Sustentados en esta concepción, estos intelectuales elaboraron un conjunto de medidas que conducían a mitigar los inevitables e implacables vestigios de la herencia; no sin antes enfatizar los peligros de la mala alimentación, lo perjudicial del consumo en exceso de las bebidas fermentadas y la gran cantidad de enfermedades propias del trópico.

¿Qué llevó a que estos dos *intelectuales-médicos* pensarán así la “sangre oscura” o de “color”? Uno de los participantes de la *Revista Cultura* adujo que era el anhelo de asemejarse a Europa y censuró el razonamiento de estos intelectuales:

Desgraciadamente, el corrosivo de una crítica ácida en materias sociales parece haber sido el pan ordinario de las generaciones jóvenes de la América Latina, y en Colombia, como en otras latitudes andinas, es un gusto displicente de escepticismo y menosprecio, el que ofrece todo lo vernáculo, todo lo indígena, todo lo que *la tierruca*, al paladar estagado de todas las medianías cultas.

Ni más ni menos que como si nos sintiésemos, aristocrática y dolorosamente, al modo de tristes burgueses europeos desterrados en el continente del Amazonas y de las Guayanas. Sufrimos el mal de europeización (Coradine 1915, p. 78).

A pesar de la crítica de Coradine, predominaron los argumentos de los *intelectuales-médicos* que pusieron claramente en el centro de la explicación de los problemas de la *nación* a sus pobladores. Pero también se formula un posible remedio: los dictámenes de la medicina y la biología; estas nuevas áreas que sustituyeron a la filosofía, la filología, la literatura y la gramática y que, a su vez se convirtieron en las ciencias por excelencia, ya que se basaban en análisis puramente empíricos.

3. La lucha contra las enfermedades venéreas

“[...] la única higiene verdadera del sistema nervioso, es la moral” (Berthelot 1907, p. 105)

A principios del siglo XX, Colombia experimentó el crecimiento de algunas urbes y de la economía. Esto gracias al auge del café y de la industria textil; de allí, que se impulsara la migración a diferentes zonas del país. Las preferidas fueron Bogotá, por ser la capital y el eje de la modernización de la *nación*, Antioquia por sus territorios cafeteros, pero también por la ascendente industria de los textiles (Henderson 2001).

Este hecho, aunque podría resultar algo positivo para la industrialización y modernización del país, no fue visto de la mejor manera por algunos *intelectuales-médicos*, ya que traía consigo problemas como el alcoholismo y la propagación de enfermedades. En efecto, las principales enfermedades que preocuparon a estos intelectuales fueron la lepra, la tuberculosis, la gripe y las llamadas enfermedades venéreas²⁴. Estas últimas fueron analizadas por su impacto en la sociedad desde dos interpretaciones o miradas. La primera fue la moral-religiosa; precisamente esta visión encaró a estas enfermedades como una afrenta a las buenas costumbres de los católicos. La segunda fue la mirada científica, la cual dio su propio veredicto: estas enfermedades eran un problema de salubridad que, por estar tan difundido, podía expandirse y convertirse en “un verdadero peligro, peligro aterrador, para el porvenir de la colectividad” (Castro 1912, p. 3). Es decir, afectaba a toda la *nación*.

Esto llevó a que esta clase de enfermedades fueran concebidas e imaginadas como un “peligro social”, ya que afectaban “[l]a conservación y el perfeccionamiento de la especie, cimientos esenciales sobre los cuales han de levantarse los enormes edificios que la civilización impone, se ven hoy, como ayer en la Edad Media, atacados por enfermedades que hieren de muerte a las masas humanas” (Mejía 1920, p. 9). Además, existían cuatro argumentos que mostraban por qué eran temibles: “1. Por los daños *individuales*; 2. Por los daños *colectivos* con que hiera a la familia; 3. Por sus consecuencias *hereditarias*, que producen una enorme letalidad infantil; 4. Por el bastardeamiento y la degeneración con que amenaza la especie” (Robledo 1907b, p. 85).

²⁴ Algunos textos de la *Revista de Higiene* de Bogotá, la más importante en esta temática del país, dado los *intelectuales-médicos* que escribían allí, formuló esta aporía en algunos de sus números como las del año 1916.

Las enfermedades venéreas afectaban no solo al cuerpo del individuo sino también al cuerpo colectivo. No obstante, de estas enfermedades, la más representativa fue la sífilis, considerada como “llaga social de primera magnitud, que despeña la colectividad y la sume a la nada” (Mejía 1920, p. 10). Esta importancia fue mostrada por un sin número de estudios que buscaron describirla y alertar sobre ella. Uno de estos estudios fue el de Emilio Robledo: “*La Sífilis*. -Ésta es la más terrible de las afecciones venéreas. Con razón se le ha llamado *lepra, peste moderna*. Bien merece estos calificativos por el inmenso tributo de males, de sufrimientos, de miserias y de muertes que paga a la humanidad” (1907c, p. 11).

La lucha contra estas enfermedades se concentró, pues, en la sífilis, porque “la degeneración (racial) en general es otra de las consecuencias nefastas de la sífilis” (Robledo 1907b, p. 96). La secuencia es transparente: los enfermos con sífilis procrean infantes débiles somática y moralmente. La sífilis se convirtió en un tema que involucró lo científico con lo moral-religioso sin dejar claro cuál era su frontera:

El temor de la sífilis es el principio de la sabiduría”. ¡Sea en hora buena! Pero no se llega a la sabiduría solo por la vía del temor; a ella se llega por sentimientos de orden más elevados, que de seguro serán los vuestros, a saber: los principios de moral y de religión que habéis recibido en vuestras familias, el respeto de sí mismo, si no fuera prematuro quizá, el respeto debido de antemano a la que será vuestra compañera, a vuestros hijos y a vuestro futuro hogar (Robledo 1907b, p. 98-99).

No era solo temor, también era un asunto de tratamiento, prevención y control, pero en especial de preocupación, y esto lo demuestran numerosos estudios realizados en la época. Esta enfermedad, se pensaba entonces, que podía transmitirse sin necesidad del contacto sexual²⁵, lo que indicaba que la población colombiana estaba en riesgo:

Los vasos y copas de las cantinas; los peines, cepillos y tijeras de las peluquerías; los instrumentos de cirugía, no desinfectados; los platos, tenedores, cuchillos y cucharas de los hoteles, y en general, toda clase de utensilios usados por un individuo sifilítico [...] son medios apropiados para transmitir la enfermedad (Castro 1912, p. 5-6).

²⁵ A esto se refiere precisamente la historia que relata el texto “La sífilis en el matrimonio” (1907), de J. Laumonier, la cual consiste en mostrar a una familia de clase alta bogotana, compuesta por un hombre y una mujer con sus respectivos hijos. En ella, la mujer tiene una relación extramatrimonial y es infectada por la terrible enfermedad, la sífilis. Luego, obviamente, el hombre es infectado. Lo que quiere enseñar el texto es que uno de sus hijos, por el solo hecho de haber utilizado una peinilla de sus padres, también se contagió de la enfermedad.

No era de extrañar, entonces, que los intelectuales adscritos a la biología y la medicina se propusieran rastrear su causa, porque afectaba al núcleo de la sociedad: la familia. Para ellos esa causa era la prostitución, ya que era “el cultivo o almácigo de donde se provee de sífilis y afecciones venéreas la humanidad” (Parra 1910, p. 630). Un par de años más tarde, Alfonso Castro, uno de los *intelectuales-médicos* más influyentes en esta discusión, quiso quitarle la carga moral a la prostitución por encontrarla poco útil y práctica, compartiendo claro está, la hipótesis de Parra:

Réstame hablar de las enfermedades venéreas desde el punto de vista social, o mejor dicho, afrontar el problema de la prostitución tan íntimamente unido a la difusión de aquellas enfermedades, pues como bien se sabe, son las prostitutas las encargadas de lanzar el contagio a los cuatro vientos.

El asunto hay que verlo con ojos humanos, sin entrar en los lindes de un ascetismo y de una moral, muy bellos como ideal, pero sin realidad en la vida (Castro 1912, p. 21-22).

Para este intelectual, como para otros, la carga moral en las discusiones que afectaban los problemas sociales de la *nación* conllevaba religiosidad, lo cual hacía que no se solucionaran los problemas, sino que por el contrario surgieran otros que promovían odios y rencores:

El Gobierno [...] está en el deber de enfrentarse con el problema venéreo y de luchar en todos los campos para el conjuro de sus peligros. Solo conociendo [...] se puede sanear la sociedad. Pero si nos encastillamos en una falsa virtud y dedicamos nuestra energía, única y exclusivamente, a perseguir pecadores, como aquí ha sucedido, solo habremos ejecutado una labor cobarde de odio, sin ningún resultado benéfico (Castro 1912, p. 15).

Ahora bien, encontrada la causa, lo que correspondía era iniciar una lucha por tomar los correctivos que la disminuyera, que regenerara la moral y las costumbres. La prostitución, que propaga la sífilis, se convirtió en un enemigo que debilitaba la estructura social y la ciudadanía; era prioritaria la defensa de la sociedad.

¿Cómo se efectuó esta defensa? La primera medida era la “higiene social”, la cual contribuiría a “disminuir los riesgos de la prostitución, fuente principal de los males venéreos” (Castro 1912, p. 20). Desde la óptica de Castro, la “higiene social” era un asunto preventivo, el cual buscaba reducir el impacto de esta enfermedad. La “higiene social” disminuiría la sífilis con la reglamentación de la prostitución y de las prostitutas:

Las prostitutas, cuando están enfermas, son una amenaza pública, una fuente de peligros sin cuento, luego la sociedad y el Gobierno pueden y deben defenderse de aquéllas, reglamentando la prostitución, con la misma lógica e idéntico derecho con que se prohíben la venta de carnes dañadas o de alcoholes de mala calidad (Castro 1912, p. 22).

En la perspectiva de Alfonso Castro había una solución social al problema de la sífilis, y en general de las enfermedades venéreas:

Para resolver el problema venéreo desde el punto de vista social, creo deben dictarse las siguientes medidas:

1. Crear un cuerpo de policía, que se denominará *Policía de las Costumbres*, compuesto hasta de diez individuos, serios y educados, los cuales estarán obligados a llevar un registro riguroso de todas las prostitutas; a visitarlas una por una cada ocho días, para exigirles la tarjeta de sanidad y a conducir al Hospital a quienes no la presenten.
2. Establecer en el Hospital un servicio especial para mujeres, compuesto de una sala de examen y de otra para enfermas, dotadas con los aparatos y medicamentos necesarios y asistidas por dos médicos, un practicante y las sirvientas indispensables.
3. Nombrar dos médicos, bien remunerados, para el servicio hospitalario, que se obliguen a practicar un examen muy cuidadoso a toda mujer que se presente o lleve la policía; a expedir tarjeta de sanidad a las que estén completamente sanas -tarjeta que no será válida sino por ocho días-; a intentar a las que estén enfermas y ordenar el tratamiento del caso, que debe ser seguido escrupulosamente; a no dar de baja a ninguna enferma si no hay seguridad completa de su curación, y por último, a instruir, hasta donde sea posible, a las prostitutas consultantes sobre el peligro venéreo, enseñándoles al propio tiempo algunos medios para evitar el contagio (Castro 1912, p. 23-24).

El estudio de Manuel José Luque (1919), basado en la vida y costumbres de 150 prostitutas, planteó que desde su primer día de trabajo varias de ellas habían adquirido la enfermedad. Con esas evidencias, se sugirió utilizar medicamentos: “Así, pues, los medicamentos utilizados para la terapia de la sífilis, para la década de 1920, eran el mercurio, el yoduro de potasio, los arcenobencenos (salvarsán, neosalvarsán, sulfarnesol, galil), las preparaciones de bismuto, especialmente el tartro-bismutato de potasio y sodio o trepol” (Giraldo 2013, p. 17). Antes de esto, el intelectual Florencio Álvarez ya había planteado la posibilidad de emplear un tratamiento medicado, sin referirse específicamente a cuáles serían esos medicamentos. Sin embargo, estos debían combinarse con una adecuada “profilaxis”²⁶:

²⁶ Es importante aclarar que Álvarez propuso la siguiente definición de la palabra: “El término *profilaxis* sugiere naturalmente la intervención de cuantos medios sean necesarios para conservar la salud pública, para impedir la penetración del mal en la familia y en la raza” (1905, p. 15).

La pronta esterilización de las fuentes de contagio, mediante un tratamiento eficaz, sería otra medida profiláctica para evitar la propagación de las enfermedades venéreas. Consistirá esta medida en promulgar libre y gratuitamente el tratamiento de las enfermedades venéreas, no tanto por interés personal del paciente mismo, cuanto por evitar el peligro a los demás (Álvarez 1905, p. 19).

Empero, para muchos intelectuales de las áreas médicas y biológicas, estas maneras de afrontar el problema eran incompletas. Éste es precisamente el argumento que subyace en el texto del médico Ricardo Parra, para quien la prostitución es inevitable, lo que la convierte en un mal necesario²⁷. Lo que habría que hacer es concientizar a las prostitutas de no propagar la enfermedad:

Acceptada como mal necesario, siendo imposible suprimirla, no podremos hacer otra cosa que mitigar los males que trae consigo la prostitución; y al someter a las mujeres públicas a una reglamentación que trate de evitar la propagación de enfermedades, se han de emplear medios tales, que logren llevar al ánimo de las prostitutas la convicción de la utilidad y conveniencia que para ellas hay en esa reglamentación; que las haga comprender que se las tolera, siempre que no comprometan la moral y la salubridad pública (Parra 1910, p. 633).

Esta reglamentación que él propone es diferente a la expuesta más arriba por Alfonso Castro, y está basada en la educación. No obstante, Castro también vio en la educación²⁸ uno de los medios para mitigar el problema: “La educación no tiene otro objeto que hacer hombres dignos, fuertes y útiles; por consiguiente, nada mejor que enseñarlos desde pequeños a mirar con respeto la vida y la salud, dos bienes supremos, que encauzados debidamente son fuente de alegría” (Castro 1912, p. 16). En efecto, tanto para Parra como para otros intelectuales²⁹, la educación terminó siendo

²⁷ Esta idea la compartieron muchos *intelectuales-médicos*. Resalto aquí dos posturas, la de Alfonso Castro, para quien “[l]a prostitución es un mal necesario o por lo menos indestructible” (1912, p. 22); y la del órgano de opinión de los *intelectuales-médicos* del país, la *Revista de Higiene*: “Pero sea de todo ello lo que fuere, la *prostitución es un hecho que nada ni nadie puede suprimir*, y por consiguiente hay necesidad de emplear toda clase de medios para restringir su perniciosa influencia sobre la salubridad pública” (1916, p. 42).

²⁸ En la reflexión sobre degeneración de la *raza*, hubo algunos *intelectuales-médicos* que percibieron el problema no solo desde lo biológico, sino también desde la educación. Si bien este aporte se explica en el Capítulo tres, es importante aclarar que cuando se plantea la educación como solución a la degeneración de la *raza* no se hace como la educación fuera la panacea, lo que se formula es que estos *intelectuales-médicos* pensaron en una solución a largo plazo; de allí que “miraran la infancia”.

²⁹ El caso más llamativo es el de Alejandro Vásquez (1904), quien en su tesis de doctorado se propuso realizar un trabajo médico-pedagógico de las enfermedades sexuales con las prostitutas y los hombres proclives a sus servicios.

[...] el medio por excelencia para llegar a la mejor solución de los problemas del orden social. Educar es formar hábitos, enseñar costumbres; es disciplinar la voluntad, que es la suprema facultad del hombre, para que se someta a la voz de la razón y siga los dictados del espíritu en esta lucha perpetua que libra con los instintos ciegos de la carne (Ángel 1920, p. 431-432).

4. La lucha contra las bebidas fermentadas

“La diferencia fundamental es que los antiguos se embriagaban y los modernos se alcoholizaban” (López de Mesa 1915, p. 244).

La preocupación por el porvenir del país y la manera de imaginar la *nación* enfatizó adicionalmente el tratamiento de dos aspectos del problema denominado *degeneración racial*: “la existencia de bebidas alcohólicas al alcance de todos; [...] la transmisión por herencia similar y desemejante, y por contagio [de enfermedades venéreas]” (López de Mesa 1915 p. 243-244). En lo que atañe a la lucha contra las bebidas alcohólicas, Luis López de Mesa expone cuatro posibles causas del alcoholismo capaces de afectar la marcha hacia adelante de la *nación*:

Tenemos, pues, varias causas del alcoholismo, que para precisar mejor podemos reunir las bajo denominaciones sintéticas: *causas antropológicas*, como dicen los tratadistas de Derecho Penal moderno, a saber: las perturbaciones orgánicas que conducen a una depresión, toxicomaniacos, abúlicos, desadaptados por debilidad o perversión. *Causas sociales*: la industria de bebidas alcohólicas, la deficiencia económica que posterga la elevación moral, la deficiencia de educación que deja inculta la voluntad reactiva, la falta de distracciones sanas que den el tónico de la alegría a las multitudes. La influencia de los climas enervantes, *causa mesológica*. Y, por último, el ejemplo, causa moral. Hay también *causas familiares* que por reducirse fácilmente a las anteriores no hay para qué diferenciarlas.

[Todo esto] *ha conducido a la raza a una degeneración alarmante a pesar de tener mucha sangre española, a una postración moral intelectual y física que es serísima amenaza futura y ya triste presente* (López de Mesa 1915, p. 253-254. Énfasis agregado).

Estas cuatro causas, la antropológica, la social, la mesológica y la familiar, fueron vistas con enorme preocupación porque dejaban advertir el deterioro tanto de la *nación* como de los habitantes que la conformaban.

Los *intelectuales-médicos* trataron de enfocar sus esfuerzos para luchar contra ellas, construyendo un imaginario negativo de las bebidas alcohólicas y del significado del alcoholismo, convirtiéndolas en una de las causas de la degeneración de la *raza*. Liborio Zerda, en su estudio sobre las bebidas alcohólicas, considerado por sus colegas

médicos como pionero en la temática, hizo un meticuloso análisis sobre el porvenir de la *nación*, amenazado por el consumo excesivo: “[...] con la continuación de su uso tal como se produce hoy, los tiempos nos traerán funestas consecuencias, que se señalarán por la degeneración de la raza y por su degradación moral e intelectual” (Zerda 1889, p. 36).

La asociación entre alcoholismo y degeneración de la *raza* se realizó, al igual que con las enfermedades venéreas, por medio del concepto de herencia³⁰, ya que entre los factores que explicaban la degeneración no solo había elementos exógenos, sino también los que venían del interior, es decir, propios de los pobladores de Colombia. La herencia fue un determinante a la hora de pensar el alcoholismo y los problemas sociales del país. Era fácil prever que para los *intelectuales-médicos* de inicios del siglo XX, el consumo habitual de estas bebidas afectaría tanto a las nuevas como a las futuras generaciones:

Por consiguiente, el ebrio engendra al ebrio, el bebedor engendra al bebedor, y esto no os admire: es la herencia con sus caracteres, sus leyes fatales, inexorables, a las cuales nadie puede escapar.

Parecería que uno puede sustraerse a ella; pero, no, ella queda en los pliegues de la persona, y si no se la descubre a simple vista, aparece en los vástagos, en los niños; de suerte que el ebrio es tronco de ebrios; el primero es un árbol genealógico que se extiende a dos, tres o cuatro generaciones y después se extingue (García y Santos 1902, p. 372).

Así, la lucha contra estos “venenos” se asoció desde sus inicios con la degeneración de la *raza*, ya que como “el alcohol es el principal, el formidable enemigo de la raza” (García y Santos 1904, p. 378). El alcohol se extendía por el cuerpo de los que consumían, pero también por todo el “cuerpo social” (Calvo; Saade 2002, p. 209). Un ejemplo claro de esta opinión fue la voz del dirigente liberal Rafael Uribe Uribe, uno de los primeros políticos en enunciar la problemática:

El alcoholismo es el cáncer social que nos devora y que está haciendo degenerar con vertiginosa rapidez la raza, no solo en sus cualidades físicas, como mentales y morales. [...]

El pueblo tira en las cantinas y chicherías el pan corporal y el espiritual de los hijos, pues lo que no le alcanza para alimentarlos y vestirlos bien y mandarlos a la escuela,

³⁰ Los *intelectuales-médicos* tenidos en cuenta a lo largo de la tesis consideraron como un factor determinante la herencia, la cual, y según estos mismo, era importante para entender sucesos políticos y sociales. La noción de herencia implicaba dos cosas: 1. Los individuos tienen que enfrentarse al medio que los rodea, el cual afecta, positiva o negativamente, al individuo, pero ésta también puede modificar este medio. 2. Esta forma de afectar y modificar es transmitida a otras generaciones. Pues bien, estos *intelectuales-médicos* se propusieron consolidar soluciones que evitaran, precisamente, la continuidad de transmitir hereditariamente elementos nocivos. Estos iban desde aspectos físicos, psicológicos y morales.

si les sobra para embriagarse; y así, en vez de progresar, retrograda y reacciona contra todo lo que sea civilización, disciplina moral y humanitarismo (1979 (1910), p. 236-237).

Según Uribe Uribe, el problema radicaba en el deterioro de la *raza*, pero también en el ambiente social de quien bebía asiduamente. No era solo la *raza* la que podía degenerar, a su vez lo podían hacer las costumbres, los valores y el núcleo familiar. Degeneración de la *raza* y entorno social estuvieron unidos en el proceso por el cual el alcohol corrompía a la *nación*. A pesar de esto, la preocupación primaria fue la relación entre degeneración y alcoholismo, la cual acaparaba el interés de la *nación*: “Toda la Nación ve con espanto los progresos crecientes [...] del alcoholismo, enemigo no solo de la vida y de la salud del individuo sino de la raza” (García 1915, p. 6).

Entonces, se consideró como un foco a atacar el hábito de consumir alcohol, lo que desembocaba en el peligroso alcoholismo:

Parece que hay un acuerdo unánime en que el peligro del alcohol está más en el hábito que en la dosis. Es decir que es más peligrosa una pequeña cantidad tomada a menudo, que una gran dosis en una sola vez. Sin que esto quiera decir que una sola borrachera no pueda tener una influencia al menos transitoria, sobre la salud del individuo y sobre su descendencia (Torres 1918, p. 14).

Estos *intelectuales-médicos* vieron en el consumo de bebidas alcohólicas uno de los orígenes del problema de la transmisión hereditaria de la degeneración de la *raza* que afectaba de forma directa el porvenir de la *nación*, ya que, si el pueblo consume este tipo de bebidas producirá una prole enferma.

A pesar de ello, ciertas bebidas alcohólicas eran consideradas más benignas sin ningún inconveniente o prejuicio, como el brandy, el vino y hasta el whisky (Llano y Campuzano, 1994). Los *intelectuales-médicos* consultados alzaron su voz en contra de ciertas bebidas fermentadas³¹: “[...] la necesidad higiénica de reglamentar oficialmente la fabricación de estas bebidas, ya tan de general consumo en nuestro país, para evitar, en cuanto sea posible, los efectos perniciosos a la salud” (Zerda 1889, p. 3). Planteamiento que recogió algunos años después el médico Carlos de Greiff: “Los licores producidos entre nosotros no ofrecen ninguna garantía, tanto por el poco aseo que se observa en las

³¹ Se debe entender por bebidas fermentadas, los productos embriagantes a base de caña de azúcar y de maíz, como el guarapo y la chica. Fue precisamente esta última la que acaparó y sintetizó la lucha antialcohólica, debido a su fácil adquisición, constante consumo y la forma antihigiénica de ser producida (Calvo; Saade 2002).

fábricas, como por la naturaleza de los aparatos destilatorios y el poco cuidado nulo casi siempre, que se pone en la depuración de los licores” (Greiff 1906, p. 64).

Pero fue una de estas bebidas, considerada como antihigiénica y propia de la región andina, la que más conflicto y rechazo generaba: la chicha. Llegando incluso a ubicar geográficamente su consumo y medirlo. En este caso, para regularla o suprimirla se tenía que saber en dónde se bebía, así su consumo fuese un asunto cultural (que era Cundinamarca)³² y determinar la cantidad de consumo de estas bebidas, “según las distintas regiones y zonas climáticas del país: en las zonas frías, en donde predomina la chicha, el consumo promedio anual era de 450.000 litros; en las templadas, en donde el guarapo era la bebida corriente, el promedio era de 135.000 litros por año” (Noguera 2003, p. 151-152).

Para los *intelectuales-médicos*, el problema con la chicha radicaba en tres razones. Primero, esta bebida alejaba del juicioso uso de la recta razón: “No hay duda de que, de todos los alcoholismos, el producido por la chicha es el más embrutecedor” (Pérez 1915, p. 288)³³. El embrutecimiento era visto como una especie de insensatez temporal que por lo general estaba acompañada de “una disminución de la capacidad respiratoria de la sangre, un debilitamiento de la nutrición y la producción de otros venenos como [...] el ácido acético³⁴” (Torres 1918, p. 16), lo que implicaba daños irreparables.

Segundo, se le atribuyó nombre a los efectos que generaba su consumo constante, el “chichismo”: “¿Qué origina el síndrome denominado *chichismo*? Evidentemente el uso y abuso de la chicha en Bogotá y en los pueblos circunvecinos” (Gómez 1914, p. 302). Describiendo incluso cómo se reflejaba esta nueva enfermedad:

[...] la inspección revela en ellos una piel gruesa, seca, dura, áspera, rasgada en todas direcciones por las uñas de las manos y de los pies, [...] efecto de la incuria y de la existencia de una rica hacienda de piojos. Sin contar con la mugre que semejante estado deja suponer, la piel de tan desventurados individuos tiene un aspecto característico, *sui generis*: en las partes laterales y posteriores del cuello, tercio inferior de la cara, posterior de los antebrazos, dorso de los pies, exceptuándose la parte protegida por las alpargatas, es negra, brillante, seca, sin descamación pronunciada; la de la cara tiene un color amarillo de oliva, con placas de efélides en las mejillas; en las narices es roja o violácea y algo

³² A esta conclusión llega tanto Liborio Zerda (1899) y López de Mesa (1915).

³³ A este respecto también se pronunció las editoriales de los periódicos *El Espectador*, junio 19 de 1920, N. 3117 y junio 21 de 1920, N. 3119; *El Siglo*, mayo 4 de 1920, N. 562.

³⁴ El ácido acético es el componente principal del vinagre; además, es el elemento que le da a éste su sabor fuerte y amargo; se caracteriza por ser un agente de fermentación.

vascular. La cabeza cubierta de abundante pelo grueso, seco, indómito, surcado por crecida prole de piojos (Gómez 1914, p. 305).

Su consumo fue considerado tan nocivo que se trató de asociar con un veneno, primero, por la forma como era procesada:

[...] es preciso establecer las condiciones de salubridad que la chicha debe tener para el consumo, como se hace con los alcoholes en las naciones del mundo europeo. Permitir el consumo de la chicha en las condiciones que hoy tiene, es permitir el envenenamiento de nuestra especie, a pesar de conocer hoy la causa de la toxicidad de esta bebida y los estragos que produce (Gómez 1914, p. 303).

Algunos llegaron hasta el punto de pensar que el consumo de la chicha iba a extinguir la especie:

[...] minando la especie humana hasta constituir su peligro máximo. Estamos en presencia de un enemigo capaz de efectuar un aniquilamiento de la especie, como lo acredita la rápida desaparición de los Pielos Rojas, polinesios y africanos tratados por el alcohol de la cristiana civilización europea. Ante él queda justificada toda medida de represión, como se justifica el destierro de los leprosos, la prisión perpetua de los criminales patológicos, el aislamiento social de los pervertidos. La moral lo autoriza, y la justicia humana no será cruel si redime las generaciones futuras, como lo manda el espíritu de conservación y la misma dignidad de la especie (López de Mesa 1915, p. 258).

Tercera razón por la cual la chicha era un problema: la extensa fermentación a que era sometida. “He dejado esta bebida para tratar de ella de una manera especial pues la chicha produce estragos en el organismo por la acción de dos sustancias distintas: el alcohol y una *tomaína* o veneno que resulta de su prolongada fermentación” (Torres 1918, p. 17-18). Esta forma de producción era perversa y totalmente antihigiénica por permitir la putrefacción del maíz:

Después de una exposición que hice en el segundo congreso científico Pan-Americano sobre los efectos de la chicha y sus analogías con la enfermedad llamada Pelagra, el delegado boliviano doctor Elias Sagarnaga, Director de higiene de la Paz, manifestó que la chicha era bebida muy usada en su país y tenida allí como inofensiva.

Investigando un poco más llegamos al conocimiento de que el método empleado en Bolivia no lleva el maíz hasta el estado de putrefacción a que se lleva aquí, estado éste dentro del cual se desarrolla la sustancia venenosa (Torres 1918, p. 18).

¿Qué se necesitaba para evitar estos impactos que generaba esta bebida tan particular en la *nación*? Hubo varias soluciones. La primera de ellas fue la creación de

impuestos a esta bebida. Fue Enrique Pérez quien propuso en la revista *Cultura* subir los impuestos a la chicha, ya que ésta generaba un gran daño a la sociedad. No entendía cómo otras bebidas menos consumidas tenían gravámenes costosos: “Entre nosotros se imponen altos gravámenes al brandy y otras bebidas de lujo, pero no tengo noticia de que se haya intentado siquiera establecer un impuesto sobre la chicha que convierta este licor en artículo caro para aquellos que lo usan y a quienes tanto mal hace [...]” (Pérez 1915, p. 288-289). A la par, este mismo miembro de los *intelectuales-médicos* proponía la creación de un instituto de reformas sociales que se encargara de: “[...] la organización de una junta de acción social que difunda en nuestro pueblo enseñanzas benéficas, a la par que sencillas, de moralidad, disciplina, energía, higiene, ahorro; y que abra la campaña antialcohólica” (Pérez 1915, p. 286). Esta reforma social buscaba la erradicación de las costumbres y hábitos considerados impropios y antihigiénicos.

Pensando en la supresión de estas costumbres y hábitos, la solución más llamativa fue buscar una bebida que reemplazara a la chicha y cuya elaboración y distribución implicara un proceso con tecnología y aparatos que la hicieran altamente higiénica y moderna. Simplemente, había que sustituir una por otra:

Tocóle el turno a nuestra sucia, tóxica y embrutecedora bebida popular, la chicha, que ya debiera haberse borrado del escalafón de nuestras bebidas, pero que, por omisión y falta de medios prácticos, continúa envenenando nuestras masas populares. *La manera de acabar con ella sería reemplazándola por otra bebida no tóxica, agradable, barata y nutritiva* (Fajardo 1918, p. 63. Énfasis agregado).

Esa “bebida no tóxica”, “agradable”, “nutritiva” e higiénica era la cerveza. Incluso el mismo Calixto Torres lo había previsto, en caso tal que la chicha fuera imposible de acabar o de reglamentar su fabricación: “Si no fuere posible, pues, acabar con la chicha al menos debería reglamentarse el método de su fabricación o aún fomentar otras bebidas como la cerveza que son infinitamente menos nocivas” (Torres 1918, p. 19)³⁵.

Empero de nada servía sustituir una bebida por otra si no había acompañamiento de la familia y el sacerdote, es decir, de la Iglesia católica:

La lucha [...] debe principiar dentro del medio familiar evitando el ejemplo y poniendo de presente los peligros y extenderse al medio social por la fundación de

³⁵ Hay que decir que la solución de reemplazar la chicha por la cerveza recibió mucha aceptación no solo por parte de los *intelectuales-médicos*, también por parte de la élite política y económica, hasta el punto de crear la cervecería más grande del país, Bavaria.

sociedades de propaganda antialcohólica que tanto bien han producido especialmente en las poblaciones pequeñas donde su acción es más necesaria y más eficaz.

Al cuidado de estas sociedades debe estar el fomento de pequeñas industrias, la fundación de bibliotecas y de diversiones baratas que alejen del pueblo el ocio y el aburrimiento que son las antesalas del alcoholismo.

Estas empresas pueden ser intentadas por iniciativa individual sobre todo de los curas párrocos quienes con su influencia indiscutible están en mejores condiciones para iniciar una labor efectiva (Torres 1918, p. 17).

Desde luego, no se trataba solo de enunciar causas, plantear reemplazos de bebidas, esperar la caridad cristiana o dar enseñanzas. Había que poner en práctica estas medidas y hacer que tocaran a las masas consumidoras. De esta forma, las reformas sociales, los impuestos y la cerveza serían la solución para luchar contra el alcoholismo y reemplazar la chicha como la bebida fermentada antihigiénica por excelencia; con esta disposición, se podían cambiar los hábitos destructivos y permitir que la *nación* marchara por la senda del progreso y la modernidad. Solo entonces estaría Colombia autorizada a decir: “Si a favor de nuestros esfuerzos [...] se logra disminuir, siquiera, las causas de degeneración de la raza, como la sífilis, el alcoholismo [...] habrá razón para decir que [se] ha hecho obra meritoria y patriótica” (Lobo 1914, p. 410).

Capítulo cuatro

Los intelectuales-médicos y la regeneración de la raza y la nación

“¿Existe hoy en nuestro país un estado de degeneración colectiva? ¿Somos, en otros términos, un agregado social en que los atributos de las razas originarias hayan marchado hacia un desarrollo progresivo, o bien ellos se han mantenido estacionarios o, por el contrario, la capacidad vital y productora de los progenitores ha sufrido una regresión en el decurso de nuestra existencia colectiva? ¿Desde un punto de vista estrictamente biológico, nuestro país y los países similares, analizados en el actual momento de su historia avanzan, se estacionan o retroceden?” (Jiménez 1920, p. 8).

Introducción

En el capítulo anterior examinamos la ruptura epistemológica asociada al enfoque de la medicina, y lo que ésta aportaba al análisis de temas sociales. Vimos cómo surgió y se consolidó el discurso de los *intelectuales-médicos* que categorizó a la mayoría de la población colombiana como racialmente degenerada. Este discurso, si bien no fue homogéneo y, por lo tanto, tuvo variantes y discontinuidades, fue contundente a la hora de diagnosticar los problemas de la *nación*: herencia, geografía, alcoholismo, chichismo, prostitución, sífilis, etc. Esto llevó a formular ideas y posturas catastróficas sobre la *nación* y sus habitantes.

Por consiguiente, la ruptura epistemológica propició un diagnóstico, la degeneración de la *raza*, que imponía la necesidad de soluciones; la más obvia era la inmigración. No obstante, el presente capítulo centrará su indagación en otra solución, menos explorada en trabajos previos, ésta fue la educación del cuerpo. El argumento central de este capítulo es que los *intelectuales-médicos* perfilaron una crítica al sistema educativo de la *nación* porque promovía la formación de cuerpos débiles y poco vigorosos y le daba prelación al conocimiento especulativo y memorístico. Esto, según los *intelectuales-médicos*, implicaba que un cuerpo carente de fuerza y energía continuaría en la cadena con la miseria que conllevaba la degeneración de la *raza*.

De esta forma, la educación del cuerpo tenía el potencial de lograr transformaciones físicas a partir de ejercicios. Así, el término educación del cuerpo incluye la educación física, prácticas higiénicas, el desarrollo físico, el aseo, la gimnasia y todas las actividades que implicaban algún tipo de ejercicio somático, de limpieza o de preocupación estética por lo corporal. Un intelectual de la época daría la siguiente definición al respecto: “[...] el arte de desarrollar, por un sistema conveniente de ejercicios, las fuerzas físicas [...] y de establecer, por este medio un armonioso equilibrio entre todas las facultades de su naturaleza” (Castellanos 1917, p. 265).

Al final, veremos que esta solución seguía contribuyendo a una de las viejas características del proyecto de *nación*: la inclusión de unos y la exclusión de muchos otros (Ruíz 2010, p.57).

1. Contexto de la educación colombiana

“[...] creo conveniente recalcar sobre lo que constituye la base de la cultura, o mejor, sobre las primeras iniciaciones del pulimiento individual. Es claro que si aspiramos a una sociedad selecta, en que haya pureza de costumbres, respeto por el ajeno derecho, cordialidad y franqueza en las relaciones, tolerancia y justicia para el prójimo, amor por la belleza y el bien, necesariamente hemos de empezar por inculcar cada una de esas ideas, a cada uno de los niños que concurren a la escuela” (Castro 1910, p. 396).

Con el final de la guerra de los Mil Días (1899-1902), la educación pública colombiana evidencia rasgos de pobreza, ausencia estudiantil y de profesores, así como de infraestructura. Su desarrollo era escaso. Problema serio que se tiene que combatir. Para esto la Ley 39, también conocida como Ley Uribe, por ser propuesta por el intelectual Antonio José Uribe, la cual se convirtió en orgánica, esto es, se decretó para todo el país, se instaura con el fin de combatir las enormes deficiencias que existen en el campo educativo, en especial en la escuela primaria, ya que la secundaria y gimnasios eran para las clases acomodadas. La ley

[...] pretendía organizar todos los problemas visibles de la instrucción, desde los planes, los programas y los métodos, hasta los maestros, su financiación, formación, organización, pasando por los niños, el ciudadano, los padres de familia, acercando de otro modo a la instrucción, entidades administrativas y políticas como el municipio, el departamento y la nación. Esta totalidad pública pretendía centralizar, organizar y modernizar la instrucción pública (Muñoz 2005, p. 138).

Esta ley postula a las escuelas primarias y, con ellas, a los niños como lo esenciales para el desarrollo e imaginación de la *nación*; es por esto que se empiezan a construir de forma masiva en algunas zonas del país escuelas primarias. Así se buscó erradicar el analfabetismo y la inasistencia a la escuela.

Este desarrollo educativo en el país fue acompañado por la Iglesia. El esfuerzo del gobierno de turno (1900-1904) y la Iglesia permitió que el sistema educativo colombiano se organizara y ordenara. Es por esto que la Ley 39 buscó, a través de disposiciones legales, defender y enriquecer el sistema educativo público de la *nación*. De allí se desprende que el gobierno orientó la modernización de la educación a un campo más técnico con la intención de que la *nación* fuera más productiva y moderna. En esta medida, lo moderno se empieza a presentar como una urgencia.

2. La educación física como ruptura epistemológica

“La educación física, y la escuela en general, debían preparar [...] para la lucha por la vida, lucha más intensa para una raza en proceso de degeneración” (Saéñz 1997, p. 57-58).

La propuesta de Spencer que más simpatizó a los *intelectuales-médicos* fue la de la evolución social por tener cierto carácter de saber moderno. Tenemos entonces un referente que obligatoriamente interferirá en los procesos educativos: crear ciudadanos modernos, esto es, y siguiendo a Foucault, cuerpos aptos para el trabajo y que, a su vez, fueran dóciles. Pues bien, si la lógica consistía en que primero había que imaginar la *nación*; entonces, la educación se convirtió en el transmisor de este anhelo.

Ingresar al “concierto de las naciones modernas” se convirtió en la necesidad de los *intelectuales-médicos*, pero para esto era necesario una cierta *gubernamentalidad*, es decir, aplicar herramientas de administración para crear una población que también fuera apta o estuviera a la altura de esta necesidad. Miremos qué dijo Miguel Jiménez López,

uno de los *intelectuales-médicos* más interesados en este tema: “Que aquí como en el mundo entero el fruto de los pueblos no es el pan, ni es el hierro, ni el oro; el verdadero fruto de los pueblos son los hombres. Queramos producir hombres y lo demás nos vendrá por añadidura” (Jiménez 1920, p. 3)

La propuesta de estos intelectuales, desde su campo de saber, fue la educación física como uno de los elementos educativos que ayudaría a este cometido. La imaginación de construir una *nación* moderna evidenció la necesidad de implementar elementos educativos; esto se buscó siguiendo los postulados del positivismo, pero aquella propuesta que llegó a la educación, los cuales consistieron, *grosso modo*:

Dicha educación, influida por la mirada evolucionista, giraría en torno a los siguientes principios pedagógicos:

1. En materia de educación se debe proceder de lo simple a lo complejo y de lo empírico a lo racional.
2. Todo proceso educativo debe propiciar el autodesarrollo del individuo: la habilidad, la inteligencia y la capacidad de adaptación a situaciones tecnológicas que plateaban con claridad como cualidades de los más aptos para sobrevivir.
3. Los currículos deben referirse muy estrechamente a las futuras actividades del individuo en su calidad de ciudadano y trabajador (Muñoz 2005, p. 136).

En este mismo sentido, con estos tres principios que hicieron parte del proceso educativo colombiano a principios del siglo XX y que fueron tomados del positivismo de corte spenceriano, nos encontramos con unos postulados que dejan ver la importancia, primero, del sistema capitalista; segundo, la necesidad de saberes modernos que estuvieran ligados con lo primero; tercero, lo que permite que podamos hablar de una educación positivista con rasgos biológicos. Precisamente, el positivismo de corte spenceriano contaba con los tres, es decir, era un saber moderno, de corte biologicista, que buscaba la implementación de una sociedad industrial moderna.

Con la introducción de la educación física como área que regeneraría la *raza* aparece también dos modelos escolares que buscan defender, precisamente, la educación

física como materia obligatoria y necesaria para el desarrollo y modernización de la *nación*: la escuela del examen³⁶ y la escuela defensiva³⁷.

La primera buscaba reconocer el atraso biológico de los habitantes de la *nación*. Para esto se hace necesario el examen, ya que éste era el elemento que posibilita la intervención de las falencias biológicas de los pobladores. Resulta fácil entonces determinar que la escuela del examen buscó evidenciar los males de la educación del país con el fin de suprimir los rasgos de atraso. Esta escuela ha sido vista por algunos intérpretes como una de las bases de la modernización de la *nación*.

La segunda, la escuela defensiva, se considera como una extensión de la escuela del examen. Esta escuela se caracteriza por tratar de llevar la intervención de la población a espacios que no solo fueran la educación. Por esto, las luchas que describí en el capítulo anterior, alcoholismo, sífilis, prostitución, etc., entrarían a hacer parte de esta escuela. Se podría decir que la consigna de esta escuela fue la protección de la *nación*.

En ambas escuelas, la educación física ocupó un lugar importante, ya que ésta trató de educar el cuerpo de los habitantes degenerados.

3. La regeneración de la *raza*: educación o inmigración

“Se ha dicho que a un país escaso de población le ocasiona tres ventajas principales el movimiento inmigratorio: la una consiste en añadir a los recursos monetarios una suma de oro y plata en efectivo, pues cada inmigrante lleva consigo aunque sea pequeña cantidad; en Estados Unidos se ha calculado a \$ 100 por cabeza, y en Argentina, donde los inmigrantes italianos y españoles van menos adinerados, a \$ 25 cada uno. La segunda -que es la mayor y primera ventaja- consiste en la suma de fuerza muscular aplicada a las producciones del país donde la inmigración arraiga: un notable perito en estas materias ha calculado que si de cien mil inmigrantes hay treinta mil que nada agregan a la fortuna común y setenta mil que trabajan

³⁶ “Hemos denominado Escuela del Examen a aquella centrada en la observación, la medición, la clasificación y la separación de los individuos, la cual individualizaba la mirada del maestro y del médico y buscaba normalizar a la infancia pobre mediante un régimen institucional de aislamiento, clasificación y disciplina adecuada” (Saénz 1997, p. 77).

³⁷ “La Escuela Defensiva [...] dirigía su mirada no al individuo, sino a la vida de la población; buscaba a partir de la escuela, masificar las estrategias de regulación de los procesos biológicos de la raza en su conjunto: nacimiento, procreación, alimentación, enfermedad colectiva y muerte” (Saénz 1997, p. 77).

eficazmente, la fuerza muscular de éstos representa para la producción del país un capital de cien millones de pesos. Como tercera ventaja se ha considerado el que la buena inmigración acrecienta en las grandes masas el número de elementos de orden” (Revista Cromos 1919, p. 126).

Los *intelectuales-médicos* estaban muy interesados en reformar el sistema educativo: “Una de las iniciativas más urgentes en nuestro país es la que entraña una reforma educativa sustancial [...]” (Jiménez 1915-1916, p. 500). La razón era simple:

Es innegable que el grado de adelanto a que puede llegar una Nación, se debe al mayor grado de instrucción y educación a que lleguen los individuos que la forman. De aquí que el Estado deba preocuparse seria y formalmente, si quiere su progreso, en que todos o por lo menos la gran generalidad de sus habitantes, sepan siquiera leer y escribir (Forero 1915, p. 661).

¿Cuáles eran los cambios que requería urgentemente el sistema educativo de la *nación*? Requería que se aplicara a los “defectuosos métodos educativos lo que en la actualidad se profesaba en el mundo civilizado en materia de educación física” (Jiménez 1915-1916, p. 486).

Esta exigencia, que encarnó principalmente el primer Jiménez³⁸, ya había aparecido por primera vez en el año 1870 cuando el gobierno colombiano emitió el decreto Orgánico de Instrucción Pública, solo que allí se pedía que los saberes de la calistenia se incluyeran en la educación de los niños (Pedraza 2011a, p. 218). Sin embargo, este decreto no logró ser puesto en práctica debido al azaroso entorno político que vivió la *nación* entre finales del siglo XIX y principios del XX:

Como la guerra lo destruyó todo, el Gobierno ha tenido también que emprender, con la eficaz colaboración de los Agentes departamentales, la ardua tarea de reconstruirlo y organizarlo todo, desde conseguir maestros, locales, muebles, textos y útiles, hasta expedir los reglamentos y redactar los programas de enseñanza, luchando con las por todo extremo difíciles circunstancias del Tesoro (Uribe 1904, p. 1).

³⁸ Se habla en este trabajo, especialmente en este capítulo, de un primer y un segundo Miguel Jiménez López, haciendo alusión a la ruptura de su pensamiento en lo que atañe a la forma de concebir la solución de la degeneración de la *raza* entre los años de 1913 a 1920. En el período de 1913-1917, este intelectual considera como posible solución las medidas educativas, seguidas de los preceptos higiénicos. Para 1918-1920, más o menos, este mismo intelectual tendrá una aproximación totalmente biológica del asunto; por lo tanto, su propuesta será la inmigración. No obstante, el primer período (1913-1917) será el que más nos interese, porque lo que desarrolló en él fue tenido en cuenta por algunos gobiernos de turno.

Solo hasta 1903 la idea de una reforma educativa se retomaría y se llevaría a la práctica. Dicha reforma consistía en que los saberes prácticos se introdujeran en el sistema educativo desde la primaria, subordinando los saberes especulativos y teóricos. Así lo señaló la ley 39 de 1903, también conocida como reforma Uribe:

Es obligación de los Gobiernos departamentales difundir en todo el territorio de su mando la Instrucción primaria, reglamentándola de modo que en el menor tiempo posible y de manera esencialmente práctica se enseñen las nociones elementales, principalmente las que habilitan para el ejercicio de la ciudadanía y preparan para el de la agricultura, la industria fabril y el comercio (Ley 39 de 1903. Citado por Ruíz 2010, p. 58).

El mismo creador de la ley 39, Antonio Uribe, un año más tarde lo expondría de forma más clara:

Que la instrucción primaria debe simplificarse, a fin de difundirla extensamente; que debe tender a preparar a los niños para el ejercicio de la ciudadanía, despertando y avivando en ellos el amor a la patria; que debe asimismo tender a prepararlos para la agricultura, la industria fabril y el comercio, y procurar que, por las enseñanzas religiosas y física, se formen caracteres nobles y hombres sanos y vigorosos (Uribe 1904, p. 2).

Luego de la instrucción primaria, los jóvenes debían ocuparse de labores técnicas: “Que la instrucción secundaria sea principalmente técnica, destinada [...] a preparar a los jóvenes que se dediquen a las carreras profesionales, que se relacionan con la industria” (Uribe 1904, p. 2). Si la educación se enfocaba, tanto en primaria como en secundaria, a las labores técnicas y prácticas, se estaría educando

[...] para la vida saludable, cosa que no necesita especial demostración [...].

Por consiguiente, una educación para la vida práctica ha de cultivar en el alumno la voluntad, el ánimo y el esfuerzo para trabajar con constancia, si no es que finalmente haya de resultar un carácter débil y destituido de recursos (Paulsen 1915, p. 649).

En conclusión: “La escuela educa para el trabajo y educa por medio del trabajo, y bien podemos afirmar que en esto estriba la mayor parte de su influjo educativo” (Paulsen 1915, p. 649). No obstante, esto de nada servía si no se empezaba desde la infancia y si en ésta no se inculcaban las actividades prácticas:

Las mismas razones y otras más poderosas existen para las nacionalidades en desarrollo. Estas requieren formarse para las actividades prácticas a fin de ir entrando,

gradualmente y en la medida de su expansión, a la vida industrial [...]. Este objeto no se puede llenar si desde la Escuela primaria no se abren los ojos ni se aplica el interés del niño hacia el trabajo y sus frutos y hacia los medios que el hombre tiene para producir obra útil y fecunda (Jiménez 1918, p. 292).

Así, iniciando el siglo XX se empieza a vislumbrar el interés por las áreas prácticas y la educación del cuerpo. No es exagerado decir que el crecimiento de la importancia del saber médico y biológico vino de la mano con el interés por el cuerpo y su educación, al tiempo que declina el peso de los saberes clásicos (filosofía, filología, teología, entre otros). Al respecto se pronunció una revista de pedagogía importante:

Las teorías [...] de la filosofía o del arte no pueden, indudablemente, ser enseñadas a los niños, pero la esencia de hábitos de higiene, de pensamientos justos y de benévolos procedimientos, pueden inculcárseles muy bien, y mi convicción es que pueden infundírseles más fácilmente habituándolos a moverse (“Sección pedagogía” 1903, p. 442).

Además:

Más útil es para un niño de diez años mover con agilidad y fuerza sus brazos y sus piernas y llevar arrogantemente el cuerpo, dar un salto, trepar, hurtar con seguridad el cuerpo a un golpe que le viene encima, que *saber* la Aritmética, la Gramática, etc. que son trabajo enorme que haya podido hundírsele en la memoria más que en el entendimiento (“Sección pedagogía” 1903, p. 117).

El abandono de la educación del cuerpo en el sistema educativo de la *nación* fue duramente criticado: “La educación, como hasta hoy se ha practicado en Colombia, es incompleta por carecer de un elemento esencial: la educación física” (Jiménez 1915-1916, p. 500). A inicios de siglo, Rafael Reyes, mientras ejercía la presidencia de la República de Colombia, tuvo claro los beneficios de implementar la educación del cuerpo en la escuela:

El Presidente de la República de Colombia,

Visto el acuerdo de la Junta Central de Higiene, sobre higiene en los colegios y escuelas, de 2 de Mayo de 1904, y

CONSIDERANDO:

1. Que es deber del Gobierno, no solamente atender y vigilar la cultura intelectual de los ciudadanos, sino propender de igual modo por el conveniente desarrollo físico, de acuerdo con los preceptos de la Higiene;
2. Que es en la escuela en donde puede y debe acostumbrarse a la población a practicar esos preceptos, indispensables para obtener tal resultado y, además, para evitar

el desarrollo de epidemias infecciosas, tan funestas en los países tropicales [...] (Reyes 1905, p. 25).

La Junta Central de Higiene también decretó la obligatoriedad de la educación del cuerpo: “A este propósito, la Junta Central de Higiene de Bogotá, en su Acuerdo número 13 de 1911, ha dispuesto en el artículo 20: “Los ejercicios físicos graduados y científicos son obligatorios en todo establecimiento de educación”” (Jiménez 1915-1916, p. 486).

Sin embargo, no se trataba solamente de una crítica al sistema de instrucción de la *nación* centrado en el olvido de la educación del cuerpo y en privilegiar los saberes especulativos, teóricos y poco prácticos. El tipo de educación que recibían los niños y jóvenes de la *nación* tenía unos problemas graves, que hacían que la *nación* estuviera atrasada y reprodujera la débil fisiología que estos habían heredado:

Reducidas facultades individuales, escasez de recursos, debilidad corporal, herencia, ejemplo, y por lo que hace a nuestro pueblo, la continua inquietud en que vivimos, la falta de orientación, la volubilidad de carácter, la carencia de estímulo, son factores más que suficientes para que la mayoría de los individuos que informan el alma nacional no toque en los lindes de una educación cumplida. Muy al contrario, que se ande en tal materia a la zaga de países de orden inferior al nuestro (Castro 1910, p. 397).

La reflexión de Miguel Jiménez López en esta primera época de su pensamiento se puede sumar a la de Castro, ya que estaba encaminada a mostrar que la educación contribuía a la debilidad física. La educación especulativa llevaba al descuido del cuerpo: “Hemos visto cuán grande error hay en mirar con indiferencia la educación física y cuán lamentables efectos resultan de ahí para toda la formación del hombre” (Jiménez 1913, p. 30).

Con el olvido de la educación del cuerpo, también se había dejado de lado el orden, casi que jerárquico, con el que se tenía que iniciar la educación. Este orden no era precisamente intelectual o especulativo:

Las capacidades intelectuales no pueden tener su desarrollo natural y completo sino cuando se les cultiva lenta y progresivamente y a su debido tiempo, esto es, después de que los sistemas orgánicos han alcanzado estabilidad y vigor. La evolución del hombre empieza por la vida nutritiva y se termina por la inteligencia. Pretender un orden inverso sería como exigir a una planta flores y frutos antes de que el tallo, las raíces y las hojas se hubieran construido. El arte, es cierto, llega en ocasiones, por medios que violentan la naturaleza, a obtener que un vegetal florezca y fructifique precozmente, cual, si dijéramos en su infancia, pero, tras este esfuerzo anormal e intenso de la vida, la planta queda herida de muerte; la savia y el vigor la abandonan para siempre y el fruto así obtenido es un

engendro raro, sin gérmenes de nuevas existencias. No es otra cosa lo que se hace con el hombre al emprender su educación por medio de una cultura intelectual precoz; se agotan a la vez sus fuerzas físicas y se compromete definitivamente el desarrollo normal de su inteligencia (Jiménez 1913, p. 30).

Con la ausencia de la educación del cuerpo en el sistema educativo tradicional se descuidaba la educación de la voluntad; es decir, el sistema educativo no solo contribuía a crear seres físicamente débiles, sino también seres con voluntad endeble:

Cuando las altas facultades han sido tempranamente cultivadas a expensas del vigor físico, *se pone todo lo necesario para obtener seres de una voluntad deficiente*. [...] El niño o el joven hecho desde muy temprano a servirse sin cesar de su inteligencia y *casi nunca de su voluntad* y de sus músculos, es un ser siempre débil y siempre consciente de su propia debilidad. Todo lo que allí se ha podido ganar en ideas se ha perdido en energías (Jiménez 1913, p. 30. Énfasis agregado).

Algunos años antes, otro intelectual de la misma corte, dirá: “Educar comprende hoy lo material y lo moral; en el orden material es el desarrollo de la fuerza muscular: educación física; en el orden moral es fuerza de voluntad inteligente y discreta: educación social” (Arboleda 1907, p. 4).

Hay “una voluntad que formar, y energías que encaminar hacia el bien” (Jiménez 1913, p. 30). El bien del que se habla estaba relacionado con la moral, ya que “[l]a integridad fisiológica parece ser un estado inseparable del equilibrio moral” (Jiménez 1913, p. 30). Para que la *nación* pudiera contar con ciudadanos idóneos, el sistema educativo tenía que ser completo; así, los *intelectuales-médicos* tenían claro que era importante y fundamental que no se olvidara la preocupación por el cuerpo:

[*m*]ens sana in corpore sano es un sabio y popular aforismo, síntesis de grandes verdades y que da la medida de toda la importancia que, tanto para el individuo como para las agrupaciones humanas, tienen el estudio y aplicación de los preceptos de la higiene [...]. *Sano será el espíritu en el cuerpo sano*, que tal es la estrecha y bella armonía de que el Creador informó la milagrosa dualidad de su más perfecta obra (González 1907, p. 373-375).

Pero había un orden de prioridad, y la atención estaba puesta en la educación del cuerpo: “Hoy es casi universalmente admitido que para alcanzar lo que los antiguos llamaban “un espíritu sano en un cuerpo sano” es absolutamente necesario algún género de educación física” (“Sección pedagogía” 1903, p. 441). La tarea consistía en preocuparse por la ejercitación del cuerpo para luego entrenar la mente.

El equilibrio se podía lograr con una educación centrada en un triple objetivo: “*la educación del cuerpo, de la inteligencia y de la voluntad*” (Jiménez 1913, p. 30). Éste era el orden justo y apropiado; y con él se deja claro que para una educación idónea era necesario e indispensable la combinación de lo teórico y especulativo con lo práctico y somático:

Si la falta de educación física es funesta para el desarrollo del cuerpo, no lo es menos para el de la inteligencia. Las facultades intelectuales no pueden tener su desenvolvimiento natural y completo sino cuando son cultivadas lentamente y a su debido tiempo, esto es, a medida que los sistemas orgánicos adquieren estabilidad y vigor. [...] Esta inversión del orden natural empobrece a la vez las fuerzas físicas y compromete hondamente la evolución de la inteligencia. Todos los grandes educacionistas han observado que aquellos niños cuyo intelecto es forzado desde la primera edad quedan por toda la vida en un estado imperfección mental. Son caracteres propios a estos intelectuales prematuros: la incapacidad de organizar nociones en un cuerpo de doctrina, las memorias parciales, el gusto de lo teórico y de lo vago, la aversión invencible por lo concreto, la inconsistencia de los juicios, la carencia de criterio propio. Todo esto deja ver cuán esencial es que vayan unidos y equilibrados el desarrollo y el del espíritu si se quiere que este último llegue a la plena posesión de todos los poderes (Jiménez 1915-1916, p. 490).

¿Cómo se llegó a la conclusión de que el cuerpo tenía que ser considerado como una parte indispensable de la educación? Aún más, ¿por qué la reflexión sobre la educación del cuerpo no desembocó en un materialismo de corte ateo y sensualista? Los saberes que sustentaron la Regeneración (1886-1930) estuvieron permeados por la religión católica, de allí que la educación enfatizara en un método especulativo, teórico y memorístico. En el momento en el que los *intelectuales-médicos* se convierten en piezas importantes para solucionar los problemas de la *nación*, los saberes tradicionales empiezan a ser criticados, pero en muchas ocasiones los “saberes modernos” tenían que aliarse con los tradicionales, llevando a cabo una “reconciliación epistémica”. Dicha reconciliación se encuentra en la petición que realizó un intelectual de la época a los institutores y profesores que posiblemente se fueran a encontrar con el dilema de lo pasado y lo nuevo:

Creo que el institutor contemporáneo puede encallar en uno de dos escollos.

Consiste el primero en hacer caso omiso de cuanto el género humano supo y practicó en todas las edades pretéritas, como si el arte de enseñar se hubiera descubierto en las últimas centurias. Eso equivale al propósito de levantar una cúpula sin cimientos ni paredes. Lo que hoy tenemos es desarrollo natural de lo que ha venido cumpliendo el género humano desde su aparición en la tierra. No pueden despreciarse los sistemas educadores griegos y romanos, que dieron por resultado aquellos hombres y aquellos

monumentos que aún nos asombran por su grandeza; ni la pedagogía cristiana que transformó el mundo, civilizándolo moralmente; ni las universidades de la edad media, no igualadas, en ciertos aspectos, por los institutos politécnicos actuales.

El otro escollo se encuentra en el desprecio de los adelantos novísimos, frutos de la razón y la experiencia, *nacidos en parte de los recientes descubrimientos en punto a ciencias físicas y naturales*. El maestro cristiano que descuida los progresos legítimos de nuestros días, priva a su enseñanza de medios eficacísimos, y cede a los pedagogos racionalistas una inmensa ventaja.

Aquí cabe la máxima tomista de que la virtud moral está en el justo medio entre contrarios vicios, de los cuales el uno peca por defecto, y por exceso el otro (Carrasquilla 1915, p. 664-665. Énfasis agregado).

Esta reconciliación también se podía rastrear en el vínculo que los intelectuales establecen entre la moral y el cuerpo: “*La educación física es la base sobre la cual debe edificarse la educación intelectual y la cultura moral*” (Jiménez 1915-1916, p. 487).

Junto a la educación era indispensable afrontar el problema de la degeneración de la raza con otra “actitud”, lo que se llamó *meliorismo*³⁹:

No estamos perdidos, ni mucho menos. Nuestra raza apenas ha empezado a formarse; de suerte que le falta por cumplir gran parte de su evolución, aquélla precisamente en que las especies, en virtud de una ley de vida, *eliminan las toxinas y defectos adquiridos por herencia*, para surgir al fin, después de una trayectoria de años o de siglos, en plena madurez de desarrollo, potentes y perfectas. Guardamos un gran potencial de energía de pueblo nuevo. Nuestros defectos del presente, si sabemos analizarlos y encauzarlos como es debido, serán las grandes cualidades del mañana [...].

Es el Meliorismo lo que propongo para remedio de nuestros males. No somos ni los más desgraciados ni los más felices de la tierra. Tenemos grandes defectos, pero también nos adornan grandes cualidades, y debemos eliminar los unos y acrecentar las otras, haciendo brotar nuevas. El Meliorismo nos servirá de guía (Castro 1915, p. 101-103. Énfasis agregado).

Según Alfonso Castro la personalidad heredada de los antepasados conduce a un triste pesimismo que altera el orden social porque genera aburrimiento y abruma la vida colectiva. Sin embargo, este sombrío análisis no era del todo negativo, ya que proponía que la *raza* estaba apenas en construcción.

En el rastreo y construcción del archivo que sustentó esta tesis se encontró que el único intelectual que hizo referencia a este concepto fue Alfonso Castro. No obstante, la significación y uso de este término tuvo enorme influencia en los análisis de los otros intelectuales mencionados en el presente trabajo, porque reflejaba un gran entusiasmo

³⁹ De esta misma forma, es importante aclarar que Castro-Gómez (2009) también utilizó a este *intelectual-médico* y su concepto para describir los procesos de modernización que vivió Bogotá a principios del siglo XX.

para afrontar los problemas de la *nación*⁴⁰. El *meliorismo* era ante todo una actitud: “[e]ntre el pesimismo y el optimismo hay un estado intermedio de inquietud, de lucha, de trabajo incesante, que considera este mundo no como un mal, ni como un bien perfecto, sino como algo bueno que admite perfecta mejoría. Es el *Meliorismo* [...]” (Castro 1915, p. 102). El meliorismo significaba acabar con el pesimismo y el decaimiento⁴¹:

Somos un pueblo triste. Nos corroen el malestar, la zozobra y la desconfianza. Desconocemos la gracia, y la sonrisa muy rara vez dulcifica nuestros rostros, hoscos y atediados casi siempre. Sin fe sólida, consciente y bien encauzada en el porvenir, somos los eternos predicadores de desastres, incapaces de una voz de aliento para quien sobresale, como pródigos en reproches contra el que pretende elevarse un codo por sobre la masa común [...].

Con tales elementos, es claro que nuestra alma no puede vivir en una atmósfera de alegría, ni abundar en el vigor, idealismo y confianza que ha menester el alma colectiva para la conquista del futuro. La poca seriedad en la ideación, la falta de ideales definidos, el empirismo grosero en todo campo y el desparrame constante de actividades, sin derrotero fijo, sin móvil preciso, por simple carencia de plan, son las resultantes de nuestra organización interior, que traen como efecto natural, un estado permanente de disgusto, origen de nuestra vida tediosa. Nada de raro tiene, por lo tanto, que nos domine el pesimismo, y éste, como base filosófica de un pueblo, lo conduce a la infecundidad y a la disolución. Por eso es necesario combatirlo sin descanso, persiguiéndolo hasta en los últimos estratos del organismo social. Y para ello debe estudiarse fríamente, en sus raíces y desarrollo, poniendo de manifiesto los vicios y defectos de que es genitor, por más que se resienta el orgullo patrio (Castro 1915, p. 55-57).

Como se expuso en el capítulo anterior, para afrontar la degeneración de la *raza*, la cura más llamativa era la inmigración. Los trabajos consultados en el “estado del arte” mostraron la importancia de la inmigración de hombres blancos, traídos de Europa (Helg 1989; Pedraza 1996-1997; Castro-Gómez 2007; Villegas 2007; Vega 2013), porque así habría una renovación racial. La inmigración constituía una cura biológica a un problema biológico. Así lo hizo saber Julio Blanco, al formular que la *nación* tiene que seguir el ejemplo de las especies vivas y fuertes, y así evitar su posible extinción:

[...] las naciones, como agregados vivos que son, necesitan, al igual que los individuos de las especies vivientes, buscar cruzamientos con otras que pueden darles vigor para fortalecerse y fructificar interiormente; de lo contrario les viene la extinción lenta, que es para las naciones la nulidad en la palestra de la civilización. Colombia tiene

⁴⁰ Este es el caso de los médicos Alfonso Castro, Luis López de Mesa, Luis Felipe Ángel, Alberto Coradine y Calixto Torres.

⁴¹ Se nota la influencia de las teorías de Francis Galton, pensador inglés que formuló, siguiendo la teoría de la evolución de su primo Charles Darwin, que la herencia y el atavismo tenían un papel determinante y crucial en la constitución genética de las personas, influyendo, por lo tanto, en su comportamiento y forma de pensar (Galton 1982).

una alternativa: o abandona la creencia de haber producido grandes hombres, y va a buscar estos, como manantial del sustento para su cultura, en Europa, y entonces vivirá; o sigue en esa creencia, y entonces se consumirá lentamente como el organismo que, por no cruzarse con las variedades más vigorosas de su especie, sucumbe al fin (Blanco 1918, p. 311-312).

Una *nación* en riesgo de extinguirse necesita una población apta para oponerse al peligro: la inmigración mejoraría las capacidades somáticas y psíquicas de los colombianos. Ante la ausencia de una población idónea, el recurso que quedó fue apelar al personal de Europa, es decir, la solución más popular entre los *intelectuales-médicos* fue la inmigración. Escuchemos:

Fundemos, pues, por medio de la herencia y de la procreación, algo distinto y digno de ser fijado por la educación. Formemos en nuestro fondo racial condiciones de vigor físico y moral, que no nos pueden venir sino de aquellos puntos del planeta donde la especie humana da sus mejores productos desde hace dos mil años. Sin abandonar un momento los dos factores importantísimos de la Educación y de la Higiene, ataquemos el mal en el origen; renovemos nuestra sangre, y habremos procedido con cordura y con acierto. [...]

Convenientemente seleccionada, una sana y numerosa inmigración es, vuelvo a decirlo, el primer elemento en nuestra regeneración. Ya lo habéis oído, la biología y la experiencia nos lo están demostrando. Nos ha tocado en suerte ser los centinelas avanzados de la familia humana en estas latitudes hostiles, donde nuestra raza está librando un combate de todos los instantes contra los elementos destructores de la especie. Es justo que contingentes frescos lleguen de tiempo en tiempo a reforzar a los viejos y agotados combatientes (Jiménez López 1920b, p. 74-75).

El segundo Miguel Jiménez López no cesó de esbozar sus contundentes análisis, todos tendientes a exponer las falencias fisiológicas de los colombianos. Incluso llevó esta argumentación a sus extremas consecuencias lógicas. En 1920, contrario a lo que había afirmado años antes, sostuvo que la higiene y la educación no son suficientes para solucionar el problema: “¿Podrán ser remedio suficiente para nuestra situación fisiológica y moral lo que se ha llamado "los recursos propios"; en dos palabras: educación e higiene? No lo creo. El mal es más profundo” (Jiménez 1920b, p. 73).

No todos los *intelectuales-médicos* pensaban de esta forma. Para Alfonso Castro, la solución tenía que empezar por la educación y la higiene; estos eran los elementos llamados a remediar el problema de la degeneración de la *raza*:

He sostenido [...] que los males innegables de nuestro país tienen remedio, y es hora de decir en qué consiste. Puede encerrarse en dos palabras, que están en los labios de todo el mundo y cuya significación por todos es entendida, pero no el alcance tan vasto

que poseen en las sendas inmensas que abren la vida. Me refiero a la educación y a la higiene (Castro 1920, p. 73)

Para el segundo Jiménez, en cambio, las medidas educativas e higiénicas eran externas a los hombres y, para empeorar el asunto, tenían que ser asumidas por una administración que estaba afectada por la misma degeneración biológica y las mismas fatalidades del clima. Se deja, así, el principal rango de responsabilidad, nuevamente, a la herencia: “En estas zonas y en estos climas, el ser humano nace, pues, físicamente débil, porque lo engendran seres débiles; y su debilidad se acentúa en el curso de la vida, porque lo rodean las mismas condiciones adversas que han originado la debilidad física ancestral” (Jiménez 1920b, p. 66-67).

La opción de la inmigración para la renovación de la sangre solo se podía dar por un tipo de personal muy específico:

Queda indicado con esto que el más deseable para regenerar nuestra población es un producto que reúna, en lo posible, estas condiciones: *raza blanca, talla y peso un poco superiores al término medio entre nosotros; dolicocefalo; de proporciones corporales armónicas; que en él domine un ángulo facial de ochenta y dos grados aproximadamente; de facciones proporcionadas para neutralizar nuestras tendencias al prognatismo y al excesivo desarrollo de los huesos males; temperamento sanguíneo-nervioso, que es especialmente apto para habitar las alturas y las localidades tórridas; de reconocidas dotes prácticas; metódico para las diferentes actividades; apto en trabajos manuales; de un gran desarrollo en su poder voluntario; poco emotivo; poco refinado; de viejos hábitos de trabajo; templado en sus arranques, por una larga disciplina de gobierno y de moral; raza en que el hogar y la institución de la familia conserven una organización sólida y respetada; apta y fuerte para la agricultura; sobria, económica y sufrida y constante en sus empresas* (Jiménez 1920a, p. 38-39. Énfasis agregado).

Así, pues, este segundo Miguel Jiménez López es quizás uno de los más radicales en proponer que la verdadera solución (está uno tentado a decir “la única”) estaba en la llegada de habitantes de Europa que, de forma hereditaria, comenzaran a resolver la degeneración de la *raza*:

La inmigración de sangre blanca, bien escogida y reglamentada como debe hacerse, es para los países en desarrollo, un elemento incomparable de población, de progreso, de producción y de estabilidad política y social. Una corriente de inmigración europea suficientemente numerosa iría ahogando poco a poco la sangre aborigen y la sangre negra, que son, en opinión de los sociólogos que nos han estudiado, un elemento permanente de atraso y de regresión en nuestro continente (Jiménez 1920b, p. 74-75).

La labor era precisamente que de generación en generación se fuera limpiando sanguíneamente a los “otros”⁴².

4. La regeneración de la *raza*: la higiene

“El desarrollo del cuerpo por medio del ejercicio entra a formar parte de la *Higiene*, que es el arte de conservar y mejorar la salud” (Anónimo 1905, p. 157).

La educación del cuerpo se empezó a identificar con la higiene. Así lo expresó uno de los pedagogos traídos de Europa para que interviniera en algunos procesos de instrucción educativa: “El primer efecto del ejercicio, el más indispensable, es el *efecto higiénico*” (Demeny 1905, p. 204). Tanto para los *intelectuales-médicos* como para los pedagogos y dirigentes políticos, la educación del cuerpo tenía que hacer parte de la higiene, así como de sus reglas y preceptos, en especial en cuanto a prácticas de limpieza, aseo y ejercicio para evitar enfermedades. De esta forma lo hizo notar, antes de dejar la presidencia, José Manuel Marroquín, en un reglamento para las escuelas:

Art. 77. En la educación física de los niños debe atenderse a dos cuestiones igualmente importante: preservar la salud del cuerpo y desarrollar su fuerza y actividad. [...]

2. La fuerza y la actividad del cuerpo se desarrollan no solamente por las favorables condiciones del trabajo de la Escuela, sino por los ejercicios corporales activos destinados a vigorizarlas [...]

La limpieza es necesaria, no solo para la pureza del aire, sino también para impedir el desarrollo de algunas enfermedades [...] (Marroquín 1910 (1904), p. 181).

Un año más tarde lo reafirmaría el presidente Rafael Reyes, con el decreto 188 de 1905, que planteaba la importancia de la educación del cuerpo, así como castigos para los docentes que se negaran a realizarla:

DECRETA:

[...] Art. 2. Será también obligatorio para los colegios y escuelas de la República sacar a los alumnos dos veces por semana, bajo la inmediata vigilancia de los maestros, a efectuar paseos a pie con la libertad necesaria para que los niños puedan practicar los ejercicios de carrera, salto y aquellos otros que sean convenientes para su desarrollo físico.

⁴² Una muestra de esto fue la campaña contra las enfermedades venéreas y la lucha antialcohólica; en donde también juega un papel importante las explicaciones hereditarias porque un sífilico o un borracho engendra hijos enfermos.

En los municipios en que la topografía del terreno lo permita, los paseos y los ejercicios se harán de preferencia en las cordilleras.

Art. 3. Por las Gobernaciones de los Departamentos se reglamentará la conveniente ejecución de este Decreto y se dictarán las medidas necesarias para su estricto cumplimiento, quedando facultados los Gobernadores para imponer los apremios que juzguen indispensables a los maestros que se negaren a cumplirlas [...] (Reyes 1905, p. 26).

Es importante analizar cómo fue concebida la higiene en la época de estudio, para que sea más claro por qué ésta se pensó en relación con la educación del cuerpo y la regeneración de la *raza*, y por qué este vínculo fue tan estrecho.

La higiene fue un discurso científico con muchos tintes “modernos”, “[l]a higiene se ha elevado al puesto de ciencia, con el descubrimiento del mundo microbiano, debido al genio de Pasteur” (Carrasquilla 1915, p. 668). El discurso higienista de principios del siglo XX en Colombia tuvo la intención de civilizar a una población sucia y enferma, por ello el aseo y la alimentación de los habitantes de Colombia era una de las preocupaciones principales de los *intelectuales-médicos*. Algunos llegaron a considerar estos factores como trascendentales en la degeneración de la *raza*: “Las leches alteradas; la abundancia o defectos de alimentación; la manera anticientífica de administrar los alimentos y el horror al baño y al jabón, son las causas más generales de los graves trastornos [de la raza]” (Castro 1915, p. 103-104).

Calixto Torres dirá poco después:

Estas causas de vencimiento [de la raza] residen [...] en la alimentación y en general en todo aquello que es considerado como factor de la evolución orgánica. Y como estas causas obran de distinta manera sobre los diferentes órganos y a su vez éstos reaccionan de modo diferente sobre aquéllos, sucederá que mientras unas pierden vigor otras se desarrollan (Torres 1920, p. 155).

Este tipo de preocupaciones facilitaron que la higiene se introdujera en la *nación* en el año 1886, seguida por la Ley 30 del mismo año, que creaba las “Juntas de Higiene en la capital de la República y en los Departamentos y Ciudades principales”⁴³:

[...] desde finales del siglo XIX y principios del XX, con la Ley 30 de 1886, la higiene se consolidó como un aparato útil en la profilaxis de las enfermedades que

⁴³ La Constitución de 1886 permitió que la sanidad en el país se pudiera organizar como un órgano del gobierno. Esto se dio gracias a la ley 30 de 1886 que creó este órgano, el cual asesoraba al gobierno sobre temas relacionados con medicina, enfermedades epidémicas, control sanitario de los puertos e higiene. Este órgano se llamó Junta Central de Higiene y estaba conformado por tres médicos y un secretario.

azotaban al país, especialmente por los tratados que se firmaron a principios del siglo XX en las conferencias sanitarias de Washington y París [...], los personajes que influyeron en mayor medida sobre el establecimiento de la higiene como órgano gubernamental se instituyeron en una especie de tecnocracia, pues al ser médicos utilizaron sus conocimientos especializados para hacerse imprescindibles a la hora de tomar decisiones en materia higiénica (Gutiérrez 2010, p. 76).

Este discurso se ocupó de la prevención de enfermedades y de su control. La higiene se fue ubicando en la *nación* como una “herramienta” indispensable para pensar su progreso y el de su población:

[se] me presenta ocasión propicia para informar al público, y con especialidad a las honorables Cámaras Legislativas, reunidas en la actualidad, sobre este importantísimo asunto de la *Higiene* [...] a fin de que se organice por medio de una ley, científicamente, como ha sucedido en Alemania, Francia, Inglaterra y en todo país civilizado que sabe que la higiene es la base del progreso de la nación, la prosperidad de la raza, la salud y alegría del pueblo y el fundamento de la comodidad y la riqueza (Solano 1918, p. 3).

La importancia de la higiene radicaba en que era fuente de progreso, civilización y “mejoramiento” de la *raza*. Por lo tanto, la primera definición de este término que parece pertinente a nuestros propósitos es la del médico Carlos de Greiff: “[la higiene] es, por tanto, un estudio de grande utilidad, una ciencia práctica. No solamente nos sirve para conservar la salud física; sirve, además, para perfeccionar las facultades mentales y, en muchos casos, tiene valor como medio curativo, siendo siempre poderoso auxiliar del tratamiento médico” (Greiff 1906, p. 18).

Es tanto una ciencia como una práctica; se ocupa de la salud física, mental y cumple en muchos casos con el objetivo de curar y ser compañera de la medicina “curativa”. Unas páginas más adelante, Carlos de Greiff complementó así su definición: “La ciencia que nos enseña a conservar el recto funcionamiento de esos órganos y aparatos, es decir, el arte de conservar la salud, constituye lo que se ha llamado Higiene, palabra griega que significa salud, cuya raíz quiere decir SANO” (Greiff 1906, p. 20). Un año más tarde este mismo intelectual agregó: “Se llama Higiene el conjunto de reglas y preceptos que debemos observar para conservar la salud y evitar las enfermedades” (Greiff 1907, p. 9). Las definiciones que nos brinda Carlos de Greiff nos muestran a la higiene como una ciencia que previene y a veces cura enfermedades.

Un segundo documento que define la higiene es el de la *Junta Central de Higiene* y de su revista, la *Revista de Higiene*. La importancia de la Junta radicaba en que no había

ningún punto relacionado con la salubridad que no haya sido estudiado por esta Junta desde su fundación hasta hoy, y que no hay asunto alguno de higiene [...] sobre el cual no exista alguna disposición terminante de esta corporación en beneficio de la sociedad, como puede verse en la *Revista de Higiene* (García 1907, p. 242).

La *Revista de Higiene* se convirtió en una de las voceras más importantes de las ideas de los *intelectuales-médicos*. La Junta, desde la voz de uno de sus miembros, definía a la higiene así: “La higiene es ante todo una educación [...]” (Lobo 1914, p. 409). En esta cita se asocia poderosamente a la higiene con el proceso educativo, pero para que ésta se hiciera de un lugar, debía luchar con ideas arraigadas propias de la falta de enseñanzas apropiadas:

[...] y como tal necesita [la higiene] penetrar profundamente en el cerebro de las colectividades, para que éstas se iluminen. Debe ser expuesta de un modo claro, persuasivo, que haga palpable el beneficio que de su ejecución reciben el individuo y la nación entera. [...] Hay que sembrar ideas y desarraigar preocupaciones [...] (Lobo 1914, p. 409).

Hay una última definición que conviene discutir. La encontramos en una cartilla de higiene: “La Higiene es el arte de conservar la salud. Enseña a evitar las enfermedades y a impedir su propagación cuando se presentan” (García 1917, p. 3). Esta definición, como la de Lobo, enfatiza en que la higiene es educación, pero al igual que la de Greiff, sugiere que su papel principal está en la prevención.

Justamente, el mismo énfasis en prevenir se encuentra en el médico Eduardo González, quien planteó, a principios del siglo XX, que la medicina tradicional había sido sustituida por una nueva medicina, la higiene que no busca curar, sino precisamente prevenir:

Ante la impotencia de la medicina curativa, la medicina preventiva y profiláctica, es decir, la higiene, es hoy el refugio de consuelo para la castigada humanidad. En presencia de las pavorosas devastaciones que la tuberculosis, la lepra, el sinnúmero de fiebres infecciosas y mil enfermedades más causan, la ciencia de curar inclina la cabeza y angustiada busca el auxilio de la ciencia de prevenir; y no debe parecernos hipócrita el imaginar que la medicina del futuro venga a ser casi en su totalidad la higiene. Ya la filosofía popular lo tiene consagrado en aquel su viejo apotegma: *más vale una onza de prevención que muchas libras de curación* (González 1907, p. 375).

Las definiciones que se dieron sobre la higiene nos sitúan en la inquietud por las enfermedades y su prevención, así como por la limpieza. Estas preocupaciones están relacionadas con la degeneración de la *raza*: El “olvido o la ignorancia de la higiene traen consigo las enfermedades, la miseria, *la degeneración de la raza* y, por consiguiente, la decadencia de los pueblos” (García 1917, p. 4. Énfasis agregado).

Sabemos bien que, para estos intelectuales, las condiciones físicas y corporales de la población colombiana eran deprimentes:

[...] si tanto nos acongoja la triste vislumbre de la extinción de nuestra Patria, esforcémonos por modificar favorablemente los organismos, vigorizando, al par que las inteligencias y las voluntades, los cuerpos; y sobre todo procuremos iniciar en las generaciones que empiezan eso que pudiéramos llamar la educación, la costumbre de la higiene, inculcando en los escolares las nociones científicas más primordiales por medio de una sabia y tiñosa vulgarización de esas nociones y de esas prácticas (González 1907, p. 377).

Recordemos brevemente lo que decía Miguel Jiménez López en 1915 al respecto:

Estas condiciones anómalas no hacen sino ir exagerándose a través de la adolescencia y de la juventud. Los resultados los vemos y los vimos de diario en los atributos físicos [...] que caracterizan a la parte cultivada de nuestra población. Ella representa en lo general el tipo de un desarrollo orgánico imperfecto. El sistema muscular y el esqueleto ofrecen una inferioridad manifiesta; la talla de los individuos jamás llega a ser lo que debiera; la capacidad torácica visiblemente reducida; los pulmones débiles y estrechos; todos los órganos, en suma, insuficientemente nutridos presentan un carácter de fragilidad que los pondría a cada momento a merced de todas las causas perturbadores. A los pocos días de la vida de escuela, el niño presenta ya ese aspecto mustio y apático del escolar fatigado (Jiménez 1915-1916, p. 488).

En definitiva, la población colombiana, empezando por su niñez, tenía rasgos de degeneración e imperfección, porque poseían cuerpos raquíuticos.

5. El resultado: regeneración de la *raza* y cuerpos bellos

“Hoy se presta grande atención a la educación física, y con razón sobrada. En una constitución raquíutica, en un cuerpo enfermizo no caben de ordinario los estudios profundos y tenaces, los esfuerzos varoniles” (Carrasquilla 1915, p. 667).

Como vimos anteriormente, la educación del cuerpo tenía que ser completa, ya que “[e]l hombre está hecho de tal modo que todas sus actividades, sean ellas inmateriales

u orgánicas, están estrechamente vinculadas” (Jiménez 1915-1916, p. 490). Es aquí en donde la imaginación de la *nación* se conecta con la educación del cuerpo, porque si la *nación* era pobre se debía a que su población también lo era somáticamente. Esto último fue notado por el médico Alfonso Castro: “La generalidad, la masa, la constituyen hombres de una mediocridad [...] física manifiesta” (Castro 1910, p. 397). Por ende, la vigorización de la población haría que la *nación* también se vigorizara. Para lograrlo era indispensable algún tipo de ejercicio físico:

El engrandecimiento y poderío de una nación son consecuencia natural y espontánea del mejoramiento de los asociados, y éste debe perseguirse no solo cultivando su mentalidad sino de igual manera su educación física, tanto por lo que en sí vale ella, procuradora de salud y de vigor material, como por lo que facilita y coadyuva eficazísimamente el desarrollo de la primera (González 1907, p. 375).

Éste también es el lugar en donde se reconoce la posibilidad de regeneración de la *raza*. Según el primer Miguel Jiménez López: “[...] *el abandono de la cultura física es la principal causa de degeneración* [...]” (Jiménez 1915-1916, p. 488). El postulado de que la *raza* podía regenerarse fue propuesto por Miguel Jiménez López en 1915; aunque se venía gestando desde 1913, consistía, *grosso modo*, en fomentar la mejora de las condiciones físicas de la *nación* y de su población.

Para regenerar la *raza* se tenía que empezar por la niñez. La primera infancia se robó la atención no solo de los *médicos-intelectuales*, sino también de los dirigentes de la *nación* y pedagogos, que veían en ella el futuro. Aunque importaba que los padres fueran alcohólicos, sufrieran de chichismo, que fueran asiduos visitantes de prostitutas o tuvieran sífilis; la educación del cuerpo también inquietó a estos intelectuales, aún más si ésta se daba en la primera infancia, ya que esto le generaría éxitos a largo plazo a la *nación*: “[...] si tanto nos acongoja la triste vislumbre de la extinción de nuestra Patria, esforcémonos por modificar favorablemente los organismos, vigorizando, al par que las inteligencias y las voluntades, los cuerpos; y sobre todo procuremos iniciar en las generaciones que empiezan [...]” (González 1907, p. 377).

Para esto era necesario ejercitar el cuerpo con cierta rutina de ejercicios “[...] ahora muchos padres se han convencido que en la época del crecimiento del niño es el momento de desarrollar aquellos músculos que sostendrán, fortalecerán y embellecerán el cuerpo, dando vigor al espíritu” (anónimo 1903, p. 441); por esto, se tomó a la gimnasia

como modelo: “En la gimnasia ideal deberían fortalecerse los pies y las piernas débiles, enderezar los espinazos encorvados, elevar y ensanchar los pechos pequeños, y hacer crecer simétrica y vigorosamente los cuerpos débiles. Que tal preparación es necesaria, lo está probando el corto número de criaturas sanas, simétricas y vigorosas” (“Sección pedagogía” 1903, p. 441). El corolario era sencillo: “La gimnasia es para el cuerpo lo que el estudio para el espíritu; a saber, el instrumento más poderoso de la educación física” (Castellanos 1917, p. 265). La gimnasia fue imaginada como un elemento que podía mejorar tanto el desempeño físico, moral, espiritual y las virtudes de los ciudadanos como de contribuir a la regeneración de la *raza*.

El objetivo de la regeneración de la *raza* era llegar a un cuerpo estéticamente bello y perfecto. Como se puede ver, el cuerpo y su estado se convirtieron en preocupación, hasta el punto que las reflexiones empezaron a interesarse por la estética corporal, llegando a considerar cómo debía ser el cuerpo perfecto y bello.

Un intelectual que presentó con claridad este objetivo es Alfonso Castro: “[u]n ideal de perfección física, no se alcanza si no se somete al cuerpo a un sin número de masajes y ejercicios” (Castro 1910, p. 396). Más adelante continuó: “Naturalmente el tipo del hombre perfecto, o del superhombre, como diría Federico Nietzsche, sería aquel que reuniera en sí las tres [...]: un cuerpo bello, vigoroso y ágil, animado por un espíritu de vasta comprensión y de excepcionales conocimientos [...].” (Castro 1910, p. 397). Este mismo intelectual unos años más tarde diría que:

Ante todo hay que hacer bellos y pujantes animales. Precisa, a este respecto, [...] es necesario propagar los juegos al aire libre y los deportes de todo género, incorporándolos de tal modo en la conciencia pública que, cuando se trate de juzgar un individuo, se tengan muy en cuenta sus dotes de deportistas y sus capacidades manuales, porque unas y otras contribuyen a formar el tipo de hombre civilizado (Castro 1920, p. 75).

Con base en consideraciones similares, el intelectual Juan Molina formuló una pregunta:

Ahora bien, ¿cómo podremos nosotros obtener ciudadanos vigorosos y esforzados si durante el período de su desarrollo físico -en su niñez y en su juventud- los mantenemos encerrados en edificios estrechos, ante unos pupitres mortificadores; si les regateamos un poco de descanso diario y unas pocas horas semanales; si no les proporcionamos ejercicios físicos durante sus cortos momentos de recreo? (Molina 1913, p. 179).

En efecto, la esencia de un cuerpo estéticamente bello era el movimiento:

El estado habitual de todo animal en desarrollo es el movimiento. La actividad muscular, propia a la primera época de la vida, prueba que la naturaleza se propone en este período obtener un desarrollo intenso de los órganos de locomoción y de las grandes funciones orgánicas.

El hombre no es una excepción a esta regla. La infancia, la adolescencia y la juventud son edades que reclaman ineludiblemente la actividad física como medio normal de desarrollo. [...]

Esto en definitiva será un obstáculo para la expansión de las facultades superiores: la inteligencia y la energía, fundamento de toda actuación humana (Jiménez 1915-1916, p. 487).

Un cuerpo estéticamente bello, esbelto, sano y fuerte necesita de una rutina de ejercicios con disciplina que no solo lo esculpan, sino que también lo conduzcan a la regeneración de la *raza*: “Como de la misma denominación se colige, educación física es la que al organismo se refiere y tiene por objeto hacerlo fuerte, sano, hermoso, para que pueda con gentileza pelear los combates de la existencia y volver por los fueros de la raza” (Castro 1910, p. 396). A una reflexión parecida, e incluso más directa, llegó un pedagogo traído de Europa para ayudar en algunas reformas educativas: “El cuerpo debe ser, no solamente sano, sino vigoroso, ágil y hermoso. Estas cualidades se adquieren mediante el ejercicio” (Gaultier 1912, p. 191).

¿Pero qué es un cuerpo estéticamente bello? Este mismo pedagogo nos dará una respuesta: “[...] la hermosura del cuerpo no es otra cosa que la garantía de una salud perfecta” (Gaultier 1912b, p. 208). En esta respuesta encontramos nuevamente la reflexión sobre el cuerpo y su relación con la higiene. Para estos intelectuales, la estética corporal también radicaba en cierto carácter propio de los hombres que sortean dificultades y no se rinden frente a ellas; la idea era que este carácter pudiera ir a la par con algunos avances de la *nación*:

El país necesita ferrocarriles, carreteras, industrias, gente extranjera, brazos y capital... Mas necesita también escuelas nacionales imbuidas de espíritu nuevo: escuelas que formen hombres realmente viriles, de carácter levantado y de inquebrantable voluntad, hombres de iniciativa y de estudio; prácticos sin vulgaridad utilitaria; optimistas por la fe en la acción, no ilusos que aguarden en un quietismo enfermizo que las cosas se hagan de por sí. (Caballero 1918, p. 224).

A esta petición se sumó Alfonso Castro:

No puede ser bien educado, ni engendrar productos sanos, quien no tiene un cuerpo fuerte y sano e ignora actos como los de cabalgar, nadar, hacer correrías a pie, trepar montañas, saltar, y una porción más a que está sometido el que aspira a desempeñar bien un papel en este mundo, especialmente en países como el nuestro, tan extensos y de naturaleza tan vigorosa, donde la gran mayoría, por razones de subsistencia, se verá en más de una ocasión sometida a rudos oficios (Castro 1920, p. 75).

Finalmente, era necesario que la educación del cuerpo y su relación con la higiene fueran concebidas e imaginadas para crear hombres “esbeltos” que contribuyeran a difundir dichas ideas entre su prole, pero también que fueran aptos para ejercer labores que solo el cuerpo fuerte, tonificado y enérgico lograría:

El pequeño ser que a la escuela vaya, quizá enclenque y enfermizo, de cuerpo débil y ánimo apocado, y allí a la vez que nutre su cerebro, fortifica sus músculos, amplía sus pulmones, oxigena su sangre y tonifica su tal vez dislocado sistema nervioso, adquiriendo el hábito de las prescripciones higiénicas e ilustrándose con las vulgarizaciones científicas sobre el particular, será más tarde el joven vigoroso y fuerte, de templada voluntad y placentero con ese bienestar que procura el equilibrio fisiológico; el emprendedor invencible sobre quien ya no tendrán maléfico poder los miasmas deletéreos que a nuestras ricas y feraces regiones hacen inabordables como celosos guardadores de sus dominios, ni a quien las dificultades y escaseces en el luchar por la vida no habrán de arredrar, y para quien el vicio jamás pose sus destructoras garras. Y puede que algún día sea el jefe de un hogar en donde las hermosas fructificaciones de ese espécimen sano de alma y de cuerpo sean magnífica ampliación de la obra iniciada en el liceo con aquel niño enclenque y enfermizo. Él será entonces el continuador de esas enseñanzas y de esos hábitos, el práctico propagandista de la gran labor (González 1907, p. 376).

Más allá de ser un “propagandista”, el hombre esbelto y bello que buscaban los *intelectuales-médicos* con la educación física, la gimnasia y la higiene, debía empezar por la primera infancia para llegar a tener un prototipo de fuerza y destreza que sirviera al país: “Los ejercicios gimnásticos desempeñan función importantísima en la educación [...]: permiten formar hombres ágiles y vigorosos, aptos más tarde para el servicio del país, desarrollando en ellos la fuerza muscular y la destreza en el uso de las diversas porciones del cuerpo humano” (Junta de Higiene p. 128).

En pocas palabras, un hombre apto para trabajar en áreas prácticas y así ser parte de una sociedad moderna e industrial. De esta forma, la educación física y la higiene contribuirían a formar ciudadanos aptos para trabajar en pro de la *nación*: “Ciudadanos vigorosos son causa del progreso y bienestar del pueblo; con ellos habrá brazos fuertes y robustos [...]. Nada hay que contribuyera a hacer una nación fuerte [...], como la salud y virtudes de los hombres” (Bejarano 1913, p. 43).

A modo de conclusión

La propuesta de la tesis fue mostrar las formas en que se configuró la imaginación de la *nación*, para lo cual se utilizaron los saberes médicos, convirtiéndolos en arquetipo, y al mismo tiempo deseando el progreso y la modernización. Así mismo, se señalaron los rasgos que caracterizaron este deseo en la construcción nacional de esta época, teniendo en cuenta el papel de los *intelectuales-médicos* como impulsores de esta forma de imaginar la *nación*.

Las ideas positivistas, especialmente las que propuso Spencer, sirvieron para que la élite intelectual latinoamericana, en general, y los *intelectuales-médicos* colombianos, en particular, hicieran un diagnóstico sobre la situación social, política, económica y hasta educativa de la región y del país. Si bien, este hallazgo es indiscutible, ya que fue incluso reseñado por uno de los *intelectuales-médicos* estudiados en esta tesis:

También es indiscutible que las ideas positivistas de Spencer no pueden ser apropiadas y desarrolladas en su conjunto, debido a que entraban en un “campo de lucha” con las ideas e intelectuales de la Regeneración. Es por esto que las ideas de Spencer sobre “el individualismo y la primacía en el contexto social de la supervivencia del más fuerte” (Muñoz 2005, p. 142) no consiguieron entrar con mucha fuerza en el contexto académico del momento.

De allí, se puede desprender, entonces, que la primera idea para solucionar el problema de la degeneración de la *raza*, la inmigración, no se llevara a cabo como sí se hizo en otros países de América Latina, ya que esta idea, precisamente, era de esta corte de pensamientos que expresaban el individualismo y la supremacía del más fuerte.

No obstante, los *intelectuales-médicos* estudiados se caracterizaron por comparar la sociedad con un organismo con vida; lo que llevó a que se postulara referencias como “sociedad enferma” o en “peligro” o “degenerada” o carente de “civilización”. Esto permitió que se buscara intervenir la educación como un elemento que ayudaría a la solución de los problemas, y al problema más grave: la degeneración de la *raza*, que acaecían en la *nación*.

También se puede desprender de esto último que el sistema educativo de la *nación* buscara la apropiación de saberes modernos, como el positivismo, porque se vio que desde aquél se podía encontrar una solución; claro está, esto generó que se intervinieran

los ciudadanos y, con ellos, sus cuerpos. El ejemplo claro fue la llegada al sistema educativo de la *nación* de la educación física, como materia obligatoria.

En la educación física se vio cómo la *gubernamentalidad* hizo su arribo, permitiendo que se gobernara la población colombiana, pero esto se hizo por ejemplo mediante la implementación de la educación física como materia obligatoria, la cual buscó ser la regeneradora de la *raza* a largo plazo. En esta medida, la educación física se instauró en las escuelas de la *nación* para que su población fuera competitiva en relación con el “concierto de las naciones modernas”.

Con esto podemos decir que el plan de modernizar a la *nación* fue llevado a cabo, pero con muchos obstáculos por los mismos intelectuales. Muchos de estos obstáculos se dieron en el “campo de lucha intelectual” en el que se ubicaron y desde donde construyeron una forma de imaginar tanto a la *nación* como a sus habitantes.

Esto tuvo una intención: buscar solución a los problemas que tenía la *nación*. Tuvo otra consecuencia: llegar a una postura sobre la *raza* que consistió en encontrarla culpable de los males que afecta a la *nación*; ya fuese con términos como herencia, chichismo, sífilis, etc. o con materias que involucraran exclusivamente al cuerpo, al final el culpable era el mismo: la *raza*.

Así, la problemática que se mostró a lo largo de estas páginas no fue exclusiva de Colombia. En América Latina y Europa también se vivió. Por lo tanto, la preocupación de los *intelectuales-médicos* siguió lineamientos que venían de todas partes del mundo, promoviendo estrategias que involucraban la regeneración de la *raza*.

No es de extrañar que en el período de interés de este trabajo se produjera una ruptura epistémica marcada por el quiebre entre los saberes humanistas con aquellos considerados “modernos”; esto iba a la par con el hecho de tomar como modelo civilizatorio a Europa. Los saberes modernos abrieron brechas entre los habitantes de Colombia: ciertos ciudadanos eran seres enfermos y carentes de condiciones físicas y mentales apropiadas para conducir a la *nación* por el camino del progreso y la modernización. Estos *intelectuales-médicos* categorizaron a la población en términos médicos (sifílico, alcohólico, incivilizado, entre otras), en la práctica, con connotaciones despectivas y peyorativas.

Esta forma de enunciación puede asociarse a nuevas maneras de exclusión. De hecho, la gran mayoría de la población no cumplía con las condiciones mínimas para

hacer parte de la *nación*. El ideal biológico contribuyó a imaginar la *nación* colombiana blanca, moderna y sin rastros ni de atraso ni mucho menos vestigios del pasado racial, y de todo lo que éste implicaba. Un ejemplo de esto está en las campañas contra las bebidas fermentadas, causantes de pobladores con bajas condiciones físicas, psíquicas y morales.

Los *intelectuales-médicos* concibieron a las personas afectadas por estos males en términos de “degeneración”. Los nuevos saberes imaginaban la *nación* desde una perspectiva “científica” y “moderna”. La científicidad fue invocada para diagnosticar biológicamente los males de la *raza*, igual que negar a aquellos que no cumplían ciertos requisitos raciales. Esta distinción entre los intelectuales y los “otros” se puso en obra mediante saberes alejados de los clásicos (filosofía, filología y teología), esos saberes que habían servido como amparo de distinción y creación de *nación* en la mayor parte del siglo XIX. Esta misma élite encontró en los nuevos saberes y en su ideal de *raza* la excusa perfecta para entablar el debate sobre la modernización de Colombia en aras de introducirla a la economía mundial (Palacio 2001, p. 252-253).

Los problemas raciales encontrados, sugerían que la *nación* estaba construida de forma incompleta. Un nuevo proyecto de *nación* debía convocar a los colombianos a reafirmar su sentido de pertenencia, porque “solo así es como se podría obtener cohesión nacional” (Blanco 1918, p. 310). El proyecto de estos intelectuales colombianos era más homogéneo y, por lo tanto, unívoco, por encima de la diversidad racial que ellos mismos enunciaron como un problema y un obstáculo: “[...] mezcla de razas distintas, cada una con caracteres propios, y sometido a múltiples y variadas influencias de clima, temperaturas, terrenos, alimentos, trabajos” (Castro 1917, p. 57).

Para estos *intelectuales-médicos* había cierta conexión entre la herencia y la salud de los habitantes de Colombia con el porvenir de la *nación*. Había que prevenir la degeneración de la *raza* ocasionada por la herencia: si nuestros antepasados no eran aptos para procrear, entonces sus hijos menos; y así sucesivamente. Esta cadena de corrupción corporal corría el riesgo de no romperse nunca: había que contrarrestar los mecanismos que determinaban la herencia.

Este contexto mostró un problema inherente a la imaginación de la *nación*: las condiciones físicas de las personas que la habitaban. Esta preocupación vinculó a Colombia al también ideal de modernización, el cual estuvo promovido por los intelectuales que poseían conocimientos sobre medicina, biología e higiene. Áreas que

estuvieron estrechamente ligadas a la solución de los problemas sociales de la *nación*, los cuales se asociaron a la construcción de la noción *raza*.

Se abrió, entonces, la reflexión sobre la degeneración de la *raza*, cuyo antecedente era la ruptura entre saberes como la filosofía-filología con la medicina-biología. La tarea era imaginar la *nación* desde “saberes prácticos”, positivos o “experimentales” como los que aportaban la medicina, la biología y la higiene, es decir, el imperativo fue partir del dominio de las ciencias consideradas “modernas”.

Ahora bien, si la biología, la medicina y, obviamente, la naturaleza tiene sus propias reglas, que son invariables, inmutables y objetivas; entonces, el ser humano solo puede acatarlas, entenderlas y someterse a ellas. Desde esta perspectiva, la población no es la culpable. Era necesario, pues, que se tomaran las medidas más convenientes para fortalecer la población y darle bases para convertirla en apta para afrontar la difícil tarea de industrializar a Colombia.

Esta tesis pretendió mostrar que la idea de regenerar la *raza* tuvo dos soluciones; la primera fue pensar la *nación* con el fin de que ésta ingresara a la modernización e industrialización, entonces, la masa poblacional debía ser reforzada. Solo así se podía solucionar el problema, ya que el cruce entre razas degeneradas, como ocurrió con la conquista, induciría más degeneración. Mejorar la *raza*, algo que implicaba un proceso de larga duración, perfeccionaría no solo la constitución biológica de los individuos sino de la *nación*. A los ojos de estos intelectuales, solo este proceso es el que garantizaría un paso hacia adelante, ya que cambiaría las costumbres y prácticas de los pobladores.

Siguiendo la lógica de estos intelectuales, se puede afirmar que el cruce ocurrido durante la conquista fue el inicio de la causa de los males de la *nación*; y, por lo tanto, todas las razas que habitaron el país, estuvieron biológicamente enfermas. Se puede concluir que, en su debido momento, el cruce de estas razas solo trajo enfermedad, decadencia y desórdenes psíquicos y físicos, los cuales se ven reflejados en la inestabilidad social, política e institucional que vivía el país. Había que “poblar” a Colombia con gente apta, la cual solucionaría el problema de forma definitiva, ya que la educación o la higiene no abordarían el problema en su esencia.

La segunda solución fue la educación del cuerpo, y se pensó como parte de la higiene, ya que ésta fue concebida como la prevención de enfermedades; así, una buena educación del cuerpo, sería una forma de prevenirlas. La educación del cuerpo cumplía

con una doble función, a saber, prevenir enfermedades y desarrollar organismos resistentes, es decir, mejorar somáticamente a los habitantes de la *nación*.

Esta educación recaía en tres campos de acción: 1. En la educación o en el sistema de instrucción de la *nación*, el cual había sido fuertemente criticado por tener pocos resultados en relación con sus objetivos de civilizar y educar. 2. En los ejercicios somáticos que se podían implementar en los quehaceres académicos diarios; en efecto, las expectativas se centraron en la educación física como factor esencial de la regeneración de la *raza* (Jiménez 1915-1916). 3. En la educación y los cuidados de la primera infancia. Al final, el resultado de estos esfuerzos sería un cuerpo “bello”, que significaba “sano” y “esbelto”. El ideal de perfección física se expresaba en el lenguaje de la filosofía clásica (griega) pero se la dotaba de un significado asociado al de la moderna medicina y los saberes científicos más recientes.

En el marco de las interpretaciones académicas sobre la relación entre *nación*, *intelectuales* y *raza*, se encontró un lugar común en la literatura: la inquietud constante por las condiciones morales, geográficas, territoriales y tropicales del país; así como la idea de traer personal de Europa como posible solución a la degeneración de la *raza*.

Por su parte, el concepto de *nación* partió del ideal que de ella tuvieron los *intelectuales-médicos*. No se buscó hacer una disertación sobre la imaginación de la *nación* durante el período de estudio; se buscó más bien resaltar la producción sobre la *nación* que no ha sido trabajada por la literatura de los *intelectuales-médicos*. En otros términos, el interés de esta tesis consistió en exponer cuál fue la idea de *nación* que propusieron estos intelectuales, lo cual implicó mostrar cómo pensaron la higiene, la *raza*, la población y la geografía de la *nación*.

En síntesis, en el período que va de 1900 a 1920, el problema de la degeneración de la *raza* expresó una serie de cambios y rupturas en aspectos que no se habían vivido en el siglo XIX. La imaginación de la *nación* encontró otra forma, igualmente crucial y radical, de exclusión del “otro”. Ese “otro” fue pensado como un ser que era necesario someter a una “estrategia higiénica” (Pedraza 2011b, p. 445). Estos intelectuales se creyeron con la potestad de caracterizar, conceptualizar, medicalizar y diagnosticar al “otro”, que sufría un proceso de degeneración de la *raza*. La propia población era la causante de los males que doblegaban a la *nación*, quienes también eran el principal obstáculo al progreso.

Así, la Colombia de principios del siglo XX experimentó una serie de transformaciones en ámbitos como la economía, la política, social e institucional. Estas transformaciones permitieron crear una coyuntura propicia para introducir la discusión sobre el desarrollo humano y material de la *nación*.

Lista de referencias

- Abellán, José Luis. 2005. “La regeneración como proyecto y su vinculación a América Latina”. *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina 1890 -1940*. Editado por Marta E. Casás Arzú y Manuel Pérez Ledesma. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Altamirano, Carlos. 2008. *Historia de los intelectuales en América Latina* . Tomo I. Madrid: AR. Katz.
- , 2010. *Historia de los intelectuales en América Latina* . Tomo II. Buenos Aires: AR. Katz.
- Álvarez, Florencio. 1905. *Profilaxis de las enfermedades venéreas. Tesis para el doctorado de Medicina y Cirugía* . Medellín: Imprenta de “El Espectador”.
- Anderson, Benedict. 2011. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* . México: Fondo de Cultura Económica.
- Ángel, Luis Felipe. 1920. “Discurso Pronunciado por el Doctor Luis Felipe Ángel de Ubaté en la Asamblea Departamental al discutirse en Segundo Debate el Proyecto de Ordenanza que Reglamenta la Prostitución y la Lucha Antivenérea”. *Repertorio de Medicina y Cirugía*. N. IX: 426-432.
- Bejarano, Jorge. 1913. *La educación física*. Tesis doctoral. Bogotá: Arboleda y Valencia.
- Berthelot, Marcelino. 1907. “Enfermedades de la emoción”. *Boletín de Medicina (Manizales)*. No. 6: 99-105.
- Blanco, Julio. 1918. “Nuestros problemas nacionales”. *Revista Cultura*. Vol. V, N. 29-30: 307-312.
- Bourdieu, Pierre. 2002. *Campo de poder, campo intelectual* . Montessor.
- Caballero, Agustín. 1918. “El gimnasio moderno”. *Revista Cultura*. Vol. V, No. 27-29: 224-228.
- Calvo, Óscar; Saade, Marta. 2002. *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología social y profilaxis* . Bogotá: Ministerio de Cultura.

- Carrasquilla, R. 1915. "Sobre educación moderna". *Instrucción Pública Antioqueña*. Vol. 6, N. 61: 664 -675.
- Castañeda, Sandra Lucía. 2003. "Génesis de la lucha disciplinaria: pugna por el control de una nueva nación colombiana, 1910 -1950". *Estudios Culturales Latinoamericanos. Retos desde y sobre la región andina*. Editado por Catherine Walsh. Ecuador: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Castellanos, Luis. 1917. "Cultura o educación física, intelectual y moral del niño". *Primer Congreso Pedagógico Nacional de Colombia* : 254-329.
- Castro, Alfonso. 1910. "Conferencia". *Alpha*. Vol. 5, No. 49-60: 396-402.g
- . 1912. "Lectura para el pueblo. Enfermedades venéreas". *Archivo histórico de Luis López de Mesa* : 1-24.
- . 1915. "Meliorismo". *Revista Cultura* . Vol. II, N. VIII: 55-61.
- . 1915. "Meliorismo (continuación)". *Revista Cultura*. Vol. II, N. VIII: 97-114.
- . 1920. *Degeneración colombiana* . Medellín: Litografía e imprenta J. L. Arango.
- Castro-Gómez, Santiago. 2005. *La Hybris del punto cero*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- . 2007. "¿Disciplinar o poblar? La intelectualidad colombiana frente a la biopolítica (1904 -1934)". *Revista Nómadas*. No. 26: 44-55.
- . 2009. *Tejidos Oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Comte, Augusto. 19 80. *Discurso sobre el espíritu positivo* . Buenos Aires: Orbis.
- Coradine, Alberto. 1915. "La voluntad de vivir". *Revista Cultura* . Vol. I, N. II: 75-82.
- Demeny, G. 1905. "Decreto Número 188 de 1905". *Revista de instrucción pública*. Vol. 16, N. 03: 204 -208.
- Fajardo, Benjamin. 1918. *Contribución al estudio del problema alcohólico* . Bogotá: Tipografía Minerva.

- Forero, Daniel. 1915. "Concurrencia a las escuelas". *Instrucción pública antioqueña*. Vol. 6, N. 61: 661-664.
- Foucault, Michel. 2007. Ensayos sobre biopolítica. Argentina: Paidós.
- García, Pablo. 1907. "Junta central de higiene". *Revista de Instrucción Pública*. Vol. 21, N. 01-06: 235-242.
- . 1915. "Exposición de la Junta Central de Higiene al Congreso Nacional de 1915". *Revista de Higiene (Bogotá)*. No. 93: 4-103.
- . 1917. *Cartilla de Higiene. Para las escuelas y las familias* . Bogotá: Arboleda y Valencia.
- García y Santos, F. 1902. "La degeneración de la raza por el alcohol". *Revista de la Instrucción Pública de Colombia* . Vol. 12, Núm. 71-72: 371-379.
- Galton, Francis. 1892. *Hereditary genius. An inquiry into its laws and consequences*. London: McMillan and Co .
- Gaultier, Paul. 1912a. "Educación verdadera. La educación del cuerpo " . *Avanti*. Vol. 01, No. 12: 191 -192.
- . 1912b. "Educación verdadera. La educación del cuerpo " . *Avanti*. Vol. 01, No. 13: 207-208.
- Giraldo, Alejandro. 2013. "Prostitución y sífilis en Medellín, Colombia, 1920-1950". *Pensar Historia*. N. 2: 7-24.
- Gómez, Josué. 1914. "Chichismo. Estudio general, clínico y anatomopatológico de los efectos de la chicha en la clase obrera". *Repertorio de Medicina y Cirugía* . V. 6, N. 5: 302-379.
- González, Eduardo. 1907. "Discurso". *Revista de instrucción pública* . Vol. 21, N. 4: 370-379.
- Gorbach, Frida. 2014. "Locura moral y degeneración: los caminos de la biopolítica. México a finales del siglo XIX". Hilderman Cardona Rodas y Zandra Predraza Gómez (eds.). *Al otro lado del cuerpo. Estudios biopolíticos en América Latina* . Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Greiff, Carlos De. 1906. *Fisiología e higiene al alcance de todos* . Medellín: Imprenta oficial.
- . 1907. *Conferencias de higiene en las escuelas de Medellín* . Medellín: Tipografía del Comercio.

- Grillo, Max. 1915. "Labor científica nacional". *Revista Cultura*. Vol. II, N. X: 277-282.
- Gutiérrez, María-Teresa. 2010. "Proceso de institucionalización de la higiene: estado, salubridad e higienismo en Colombia en la primera mitad del siglo XX". *Revista Estudios Socio-Jurídicos*. Vol. 12, N. 1: 73-97.
- Helg, Aline. 1989. "Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina". *Estudios Sociales*. N. 4: 38-53.
- Henderson, James. 2001. *Modernization in Colombia: the Laureano Gómez years, 1889-1965*. Florida: University of Florida.
- Herrera, Martha. 2013. *Educación al nuevo príncipe: ¿asunto racial o de ciudadanía?* Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Jaramillo, Jaime. 1996. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Jiménez, José. 2008. "Las ideas positivistas en la América Latina del siglo XX". *Via Iuris*, N. 5: 91-102.
- Jiménez, Miguel. 1913. "La importancia de la educación física en Colombia". *Revista Gráfico*: 30.
- . 1915-1916. "La educación física como factor esencial de la regeneración de nuestras razas". *Revista de Higiene*:486-500.
- . 1918. "Tres enseñanzas indispensables en la Escuela Moderna". *Revista Cultura* . Vol. V, N. 29-30: 288-306.
- . 1920. "El problema de la raza", el tiempo, mayo 23 de 1920.
- . 1920a. *Nuestras razas decaen. Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares* . (Memoria presentada ante el tercer congreso médico colombiano reunido en Cartagena en enero de 1918). Bogotá: Imprenta de Juan Casis.
- . 1920b, "Primera Conferencia". *Los problemas de la raza en Colombia* . Bogotá: Segundo Volumen de la Biblioteca de "Cultura".
- . 1920c, "Novena Conferencia". *Los problemas de la raza en Colombia* . Bogotá: Segundo Volumen de la Biblioteca de "Cultura".

- Junta de Higiene. "Gimnasia educativa o escolar". *Instrucción pública de Colombia*. Vol. 24, No. 3: 128 -134.
- Keucheyan, Razmig. 2013. *The Left Hemisphere. Mapping critical theory today*. London-Newyork: Verso.
- Laumonier, J. 1907. "La sífilis en el matrimonio". *Revista Médica (Bogotá)*. Vo. 27, N. 327: 376 -378.
- Llano, María y Campuzano, Marcela. 1994. *La chicha, una bebida fermentada a través de la historia* . Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Lobo, Manuel. 1914. "La higiene nacional y la prensa del país". *Revista de Higiene (Bogotá)*. Vol. 1, N. 92: 409-411.
- López de Mesa, Luis. 1915. "El problema del alcoholismo y su posible solución". *Revista Cultura*. Volumen II, Número X: 233 -264.
- . 1920a, "Segunda Conferencia". *Los problemas de la raza en Colombia* . Bogotá: Segundo Volumen de la Biblioteca de "Cultura".
- Luque, José Manuel. 1919. *Observaciones médico sociales sobre la sífilis y la prostitución*. Bogotá: Antena.
- Márquez, Jorge. 2005. *Ciudad, miasmas y microbios. La irrupción de la ciencia pasteriana en Antioquia* . Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Marroquín, José Manuel. 1910 (1904). *Reglamento para las escuelas* . Vol. 3, No. 24: 141-226.
- Mejía, Cipriano. 1920. *Contribución al estudio de la Profilaxis de las Enfermedades Venéreas*. Tesis para el doctorado de Medicina y Cirugía. Medellín: Tipografía Industrial.
- Muñoz, Catalina. 2001. "Más allá del problema racial: el determinismo geográfico y las "dolencias sociales"". *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Muñoz, Diego. 2005. "El evolucionismo social y la sociobiología e speculativa en los autores de la degeneración de la raza: raza y evolución en Colombia entre 1900 y 1940". *Revista educación y pedagogía* . Vol. 17, N. 42: 129-144.

- Myers, Jorge. 2008. “Los intelectuales latinoamericanos desde la colonia hasta el inicio del siglo XX”. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Madrid: Katz.
- Noguera, Carlos. 2003. *Medicina y política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Medellín: Fondo Editorial Universidad de EAFIT.
- Obregón, Diana. 1992. *Sociedades científicas en Colombia. La invención de una tradición 1859 -1936*. Bogotá: Banco de la República.
- . 2002. *Batallas contra la lepra: Estado, medicina y ciencia en Colombia*. Medellín: Banco de la República; Fondo Editori al Universidad EAFIT.
- Palacio, Luis. 2001. “El papel de la salud y la enfermedad en la conquista del territorio colombiano: 1850 -2000”. *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental de Colombia 1850 -1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-ICANH.
- Palacios, Marco. 1944. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875 - 1994*. Bogotá: Norma.
- Parra, Ricardo. 1910. “Profilaxis de la sífilis y enfermedades venéreas”. *Repertorio de Medicina y cirugía* . Vol. 1, N. 1-12: 629-654.
- Pedraza Gómez, Zandra. 1996-1997. “El debate eugenésico: Una visión de la modernidad en Colombia”. *Revista de Antropología y Arqueología* . Vol. IX, Nos. 1-2: 115-159.
- . 2011a. *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1990)*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- . 2011b. “Estrategia higiénica: movimiento y regeneración”. *Revista educación física y deportes* . Número 30-1: 445-456.
- Perelstein, B. 1952. *Positivismo y antipositivismo en la Argentina*. Buenos Aires: Procyon.
- Pérez, Enrique. 1915. “La reforma social en Colombia”. *Revista Cultura*. Volumen II, Número X: 284-293.
- Revista de Higiene. 1916. Resolución Número 146. Núm. 106 a 108: 37 -47.

- Reyes, Rafael. 1905. Decreto Número 188 de 1905. *Revista de instrucción pública*. Vol. 16, N. 01-06: 25-26.
- Robledo, Emilio. 1907a. “El médico en la sociedad moderna”. *Boletín de Medicina (Manizales)*. No. 6: 62-69.
- . 1907b. “El peligro venéreo”. *Boletín de Medicina (Manizales)*. No. 6: 75-99.
- . 1907c. *El peligro venéreo. Educación a los hijos* . Manizales: Imprenta el Renacimiento.
- Ruíz, Jorge. 2010. *La política del sport. Élités y deporte en la construcción de la nación colombiana, 1903 -1925*. Bogotá: La Carreta Editores; Pontificia Universidad Javeriana.
- Sáenz, Javier; Saldarriaga, Óscar y Ospina Armando. 1997. *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903 -1946*. V. 2. Medellín: Editorial U. de Antioquia / Colciencias.
- “Sección pedagogía”. 1905. *Revista de instrucción pública* . Vol. 16, N. 01-06: 157-160.
- Solano, Cenon. 1918. *Organización de la Higiene Pública* . Bogotá: Imprenta de El Siglo.
- Stromber, R. 1988. *Historia intelectual europea desde 1789* . Madrid: Debate.
- Torres, Calixto. 1918. *Cartilla higiene en las bebidas* . Medellín: Archivo histórico de Luis López de Mesa.
- . 1920. “Cuarta conferencia”. *Los problemas de la raza en Colombia* . Bogotá: Segundo Volumen de la Biblioteca de “Cultura”.
- Uribe, Antonio. 1904. “La reforma escolar y universitaria”. *Revista de Instrucción Pública* . Vol. 15. N. 01-02: 1-4.
- Uribe, Rafael. 1979. *Obras selectas*. Tomo I. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Vásquez, Alejandro. 1904. *Contribución al estudio de la patología y de la higiene*. Tesis. Medellín: Tipografía de San Antonio.
- Vega, Mauro. 2013. *Discursos sobre raza y nación en Colombia, 1880 -1930*. Cali: Universidad del Valle.

- Villegas, Álvaro. 2006. “La élite intelectual colombiana y la nación imaginada: raza, territorio y diversidad (1904-1940)”. *Revista Anuario Historia Regional y de las Fronteras* . Vol. 11, No. 1: 45 -71.
- . 2007. “Nación, intelectuales de elite y representaciones de degeneración y regeneración, Colombia, 1906 -1937”. *Revista Iberoamericana: América Latina-España-Portugal*. Vol. 7, Núm. 28: 7- 24.
- . 2008. “Nación y alteridad en Colombia: la población negra y la colonialidad del poder”. *Revista Colombiana de Antropología* . Vol. 44, Núm. 1: pp. 71-94.
- . 2010. “Pensar la nación: intelectuales colombianos, población y territorio, 1920-1940”. *Temas y tendencia de la historia intelectual en América Latina*. Editores: Álvaro Matute, Aimer Granados, Miguel Ángel Urrego. México: UNAM -Instituto de Investigación Histórica - Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Zea, Leopoldo. Sin fecha. “El positivismo”. En: *Pensamiento positivista latinoamericano*. P. IX-LIV. Venezuela: Biblioteca Ayacucho.
- Zerda, Liborio. 1889. “Estudio químico, patológico e higiénico de la chicha, bebida popular en Colombia”. *Anales de la instrucción pública en la República de Colombia*. V. XIV, N. 78: 3-36.
- Zuleta, Eduardo. 1904. “Discurso pronunciado por el doctor Eduardo Zuleta en la sesión solemne de la Academia de Medicina (20 de julio)”. *Anales de la Academia de Medicina* . N. 1-2: 6-15.